

CONTENT FOLLOW
Sandra Bree

NO MIRES TÚ,
QUE YA MIRO YO
SOCIAL LIKE
MEDIA

Serie Si yo lo llego a saber... 2



Selecta



No mires tú, que ya miro yo

SERIE

Si lo llego a saber 2

Sandra Bree

Selecta

Prólogo

Las rupturas nunca eran fáciles. Daba igual que fuese su primer amor o el segundo. Él solo sabía que había amado mucho y que el enorme y doloroso vacío que llenaba su corazón le asfixiaba.

En ese momento tan duro de su vida, no deseaba seguir sintiendo por ella todas esas cosas que habían vivido juntos. Pero pasear por el parque donde se habían besado, sentarse en el sofá en el que habían pasado horas viendo la televisión, contemplar los lugares en los que habían estado cuando todo eran risas y confidencias, e incluso acostarse en la cama, en la cual todavía seguía imaginándola, le provocaba un intenso malestar.

—Yo te amo —le había dicho ella entre lágrimas—. Pero necesito un tiempo para centrarme en mí misma.

—¿No puedes hacerlo estando conmigo?

La muchacha había negado con la cabeza. Él no soportaba ver que se hiciera la fuerte, y se lo estaba haciendo. Apenas era capaz de mirarlo a los ojos.

—Me duele tanto como a ti, aunque no lo creas.

—¿Por qué rompemos entonces, si nos amamos?

—Necesito pensar en mi futuro, en mi trabajo y en mi familia. Contigo a mi lado, no puedo.

—¡No lo entiendo! —Él también lloraba—. Si he hecho algo malo, dímelo. Te prometo cambiar.

De poco sirvieron las súplicas y los ruegos. Ella ya lo había decidido y no estaba dispuesta a dar marcha atrás.

Los días posteriores a esa conversación fueron los más dolorosos de su vida. Se sentía solo, traicionado, y sabía que nunca sería capaz de amar con la misma intensidad. No quería hacerlo de nuevo. Se negaba a volver a pasar por lo mismo.

Las esperanzas de una vida en común desaparecieron del todo y solo le quedó el deseo de dar marcha atrás en el tiempo y mejorar todo lo que había creído que hubiera sido la causa de aquella ruptura. Pero el tiempo no iba a girar a su antojo y, al cabo de unos meses, terminó por perder todo el contacto con ella.

No podía saber si la mujer a la que tanto había amado estaba bien o mal, o cómo le iba en la vida.

Aquello fue una página mal escrita de su verdadera y auténtica historia de amor. Por ese motivo, Hugo no quería enamorarse.

Le daba miedo el amor.

Capítulo 1

¿Una reforma integral podía durar cinco meses y hasta seis? ¡Había que ser gilipollas por haber recomendado a mi vecino de enfrente que llamase a Hugo!

No podía creer hasta dónde llegaba mi grado de imbecilidad. Pensando que estaba haciendo un favor doble, ahora tenía que joderme y ver al machito de las reformas todos los días.

Para colmo de males, Libertad, mi amiga, me había pedido que me portase bien con él y tuviera paciencia. ¿Cómo iba a hacer eso si a ese hombre le caía como el culo? Bueno, él a mí también. Donde las dan, las toman.

Conocí a Hugo en una discoteca. Me lo presentó Samuel, el marido de mi amiga. Yo estaba trabajando en un evento importante relacionado con las redes sociales y casi no le presté atención. Además, que él parecía estar interesado en Libertad.

La segunda vez que lo vi fue cuando vino a pintar el piso. Yo había hecho un directo en Instagram para enseñar a hacer la receta de un arroz, con tan mala suerte que quemé la cocina. Ahí intenté conocerlo un poco y ser amable, pero él, aparte de ser más seco que la alpargata de un beduino, parecía seguir interesado en mi amiga a pesar de saber que Samuel y ella estaban comenzando a salir. Fue justo en ese momento cuando me di cuenta de que yo no le gustaba ni un pelo. Quiero pensar que porque soy una mujer más inteligente que él y le acojono.

Creía que lo de que los hombres guapos eran estúpidos y creídos no era más que una leyenda urbana. Pero no. Hugo era el tío más prepotente de todo el planeta Tierra y parte del universo. Y no solo eso, si no que le acompañaba el adjetivo de chulo, borde y orgulloso.

En definitiva, no nos podíamos ni ver, y cuando alguna vez habíamos coincidido por las amistades que tenemos en común, los cuchillos han volado entre nosotros.

La paciencia no era una de mis mejores virtudes, por eso tenía la esperanza de poder evitarlo en todo lo posible. Lo malo es que, de todos mis defectos —lo reconozco, hay un montón—, uno de ellos era el de no poder callarme las cosas. Todo lo soltaba sin filtros y sin pensar. ¡Pues no me había ganado castigos ni nada en el internado, donde prácticamente me había criado! Siempre lo decía sor María, me perdía la boca. Y me seguía perdiendo, eso estaba claro.

—¿Cuándo empezaba Hugo con la obra? —preguntó Sara. Se terminaba de hacer un cacao y,

con la taza en una mano y un libro en la otra, se disponía a sentarse en el sofá a leer un poco.

Me encogí de hombros.

—No tengo ni idea. Creía que era hoy, pero aún no ha venido.

—¿Cómo sabes que no está en la casa ya?

De nuevo encogí los hombros. Lo sabía porque llevaba toda la mañana, desde que me había despertado, vigilando. Quizá por curiosidad, porque por otra cosa...

—Habríamos oído ruidos.

—Podíamos decirle que, si necesita algo, puede venir aquí para lo que sea.

—Que se busque la vida, y si quiere algo que lo pida. Yo paso de ofrecérselo.

—Ya, bueno, no estaba hablando de ti. Sé que ni siquiera le darías los buenos días.

—No entiendo que te guste Hugo.

—Me cae bien. Es un hombre muy educado.

Sacudí la cabeza con desdén. Sara sabía lo que yo pensaba de él y no hacía falta volver a repetírselo.

Mi amiga se sentó en el sofá y yo en una banqueta frente a la isla de la cocina. Abrí el portátil para ver las últimas tendencias y los comentarios de mis historias. En Instagram vi que tenía una solicitud en mensajes. A veces, cuando no eran seguidores, no me molestaba en mirarlas, ya que solía ser de gente que quería venderme algo, o que me avisaban de que me había tocado algún premio. Todo estafas.

Ese día lo miré. Se trataba de una declaración de amor de lo más extraña. La persona —no sabía decir si era hombre o mujer— decía que me conocía de las redes, que le parecía guapa y agradable y que, poco a poco, se había ido enamorando de mí. No encontré sentido a muchas de sus palabras. Las frases no estaban bien construidas.

Eliminé el mensaje de una. No me gustaba la gente que escribía sin sentido y sin expresar emociones sinceras. En fin, era una mierda de declaración.

Sara, que debía de estar mirándome, inquirió:

—¿Algún problema?

—Nada, lo de siempre. Un gilipollas que dice que su admiración por mí es infinita.

—¿Quién es?

—No lo sé. Es un mensaje de esos chorras. —Me levanté—. Me voy a dar una ducha y después paso por correos, que hay un par de paquetes para mí. Debían haberlo enviado, sin embargo, en vez de eso me han dejado el aviso.

—¿Pasas a la vuelta por el súper?

Miré el calendario que teníamos pegado en la puerta del frigorífico. Ahí estaban apuntados todos los trabajos repartidos que nos tocaba a hacer a cada una. Sabía que me tocaba a mí hacer la compra. Como era algo que odiaba, lo había olvidado.

Escuché ruidos en el portal. Justo en nuestra planta. Me estremecí de manera automática. Solo podían ser Hugo y su cuadrilla, que entraban en el piso de enfrente.

—Creo que ha llegado el imbécil —advertí.

Sara torció el gesto, pero no dijo nada, y yo me fui a preparar la ropa que iba a ponerme y después al baño.

Antes de meterme en la ducha me hice las cejas y me pasé la cuchilla por las piernas.

En el baño se escuchaban los ruidos de toda la casa, incluidos los de la calle, a pesar de que la única ventana que había se hallaba cerrada.

No sabía por qué me empeñaba en tratar de adivinar cuál era la voz de Hugo. Quería saber que él había llegado con su cuadrilla.

Abrí el grifo de la ducha, me terminé de desnudar y entré.

Quise hacer una lista en la cabeza con las cosas que nos faltaban y que tenía que comprar, sin embargo, mis pensamientos no dejaban de imaginar al machito de las reformas dando órdenes a sus trabajadores. No entendía por qué me obsesionaba con él y no podía sacarlo de mi mente. Era frustrante sentir que no quería pensar en él y era imposible no hacerlo.

Me aclaré el cabello y vertí sobre la cabeza medio bote de suavizante. Era el producto que más gastaba. Mi pelo era largo y tan rizado que manejarlo era lo más difícil del mundo. Tenerlo así era un incordio, por eso siempre iba recogido en un moño.

En el internado me llamaban leona. A Libertad, por el contrario, le encantaba. Le recordaba a una de sus princesas.

Me pasé el cepillo desenredando los nudos y en ese momento el agua dejó de brotar.

—¡Joder! —grité ofuscada.

Sara me escuchó desde el salón y acudió a ver qué me ocurría. Probó a abrir los grifos del lavabo.

—Han debido de cortar el agua en todo el bloque. Voy a comprobar si a los demás vecinos les ocurre lo mismo.

Esperé un buen rato metida en la ducha. A medida que me iba quedando helada, me embargó la mala leche.

Sara regresó justo cuando me cubría con una toalla.

—Paula, los de la obra han cortado el agua. Hugo dice que no tardarán más de media hora en volver a darla.

—¿No ha podido avisar antes? —gruñí.

—Dice que dejaron ayer una nota informativa en el tablón del portal.

Yo siempre iba directa al ascensor sin mirar nada más, y Sara tampoco lo había visto.

—¿Qué cojones hago yo ahora con todo el suavizante en la cabeza?

Con la mano limpié el vaho del espejo y me miré. Parecía que me había lamido una vaca.

No podía estar así. Apreté con más fuerza la toalla en torno a mi cuerpo. La ira bullía en mi interior, y lo hizo hasta tal punto que, sin pararme a pensar en el aspecto que llevaba, me planté delante de la puerta de la casa en la que Hugo estaba trabajando. Se escuchaban golpes de martillo.

Uno de los trabajadores me vio y se detuvo un instante a mirarme con la boca abierta, después desapareció y, al poco, asomó el dueño de mis problemas, con su cara de pocos amigos, observándome de arriba abajo.

Capítulo 2

—¿Quieres algo?

Paula agrandó los ojos.

—Estoy de paso —contestó con sarcasmo—. Abre la llave general del agua.

Hugo suspiró.

—Todavía no puedo. Tenemos que conectar algunas cañerías. —Con el mentón, señaló sus pies—. Deberías calzarte. —Se acababa de dar cuenta de que ella apenas le llegaba a los hombros. Era la primera vez que la veía sin zapatos, sin maquillar y con el pelo suelto. No se parecía en nada a la mujer arrogante que conocía.

—¿No te enteras de que no puedo esperar? —Ella, con las manos en las caderas, le increpó—: ¡Mira mi cabeza!

Hugo lo hizo, pero después de observar cómo la toalla se tensaba sobre los pechos, con el consiguiente peligro de soltarse en cualquier momento.

—No te va a suceder nada por tenerlo así unos minutos más. —¿Es que acaso nunca había tenido el pelo mojado durante un rato?—. Abajo hay un cartel que dice que hoy cortábamos el agua.

—¡Yo no he visto nada!

—Ese no es mi problema. —Se encogió de hombros—. Vas a tener que esperar. —Tras él escuchó varios murmullos. Sin darse la vuelta, adivinó que algunos de sus compañeros espiaban a la morena que se enfrentaba a él semidesnuda—. Cuanto más me entretengas, más tarde acabaré de conectarlo.

Paula respiró enojada, apretando los dientes con fuerza. Sin decir una palabra, regresó a su casa.

—¿Quién era? —preguntó alguien.

—Una vecina que se ha quedado a medias en la ducha. Al parecer no sabe leer. ¿Pusisteis el aviso abajo?

—Sí. Lo hice yo mismo ayer.

Sabía que Paula iba a ir a buscarle las cosquillas con todas las excusas del mundo. ¿No tenía

nada mejor que hacer que intentar provocarlo todo el tiempo? Se había propuesto evitar encontrarse con ella lo menos posible, pero Paula no parecía que tuviera las mismas intenciones.

Le agradecía que lo hubiera recomendado para efectuar esa reforma. El trabajo siempre le venía bien a pesar de que no podía quejarse. Le salían bastantes obras y, de hecho, podía haber ido a otro lugar. Pero Sara, la compañera de Paula le agradaba. No significaba que le gustase en plan de ligue. Las pelirrojas no le llamaban mucho la atención, empero esa chica era alguien con quien se podía charlar de todo. Le había comentado que leía mucho y que también le gustaba escribir. Por el contrario, Paula le parecía una mujer demasiado insoportable. Una caprichosa que en todo momento se comportaba como una diva. Se sentía importante por trabajar en las redes sociales diciendo lo que, para él, no eran más que tonterías. No entendía que tuviera tantos seguidores interesados en lo que hacía o comentaba. ¡Era una ridícula! Había entrado varias veces a ver sus historias y no le encontraba sentido a nada.

Escuchó música. Uno de sus empleados había encendido la radio. Habían comenzado a trabajar por el baño y picaban los suelos. Lo importante era restablecer el caudal del agua lo más pronto posible. Aunque tendría que cortarla varias veces más durante esos días. Cuando ocurriera, pensaba asegurarse personalmente de avisar a Sara para que no les pillase por sorpresa de nuevo.

La aparición de Paula la había esperado. Lo que no, fue que se presentara con una toalla enana que mostraba casi toda la longitud de sus piernas, sus hombros y la mitad de sus pechos. Le importaba un pimiento lo que la gente pensase de ella. Sonrió con malicia. Se le tenía que haber desprendido la toalla, por tonta.

—Quien solo se ríe, de sus pecados se acuerda. —La voz de su compañero le devolvió a la realidad.

—Sí, debe de ser eso —contestó.

Entre su cuadrilla tenían bastante confianza, pero no tanta como para que él les hablase de la engreída de Paula. Ni siquiera les había dicho a lo que se dedicaba para que no la buscaran por internet, ni vieses sus chorradas. Más que nada porque no iban a dejar de hablar de ella durante la reforma.

—Estaba maciza la morena, aunque no me queda claro qué llevaba en el pelo.

—Alguna mascarilla de las que usan las tías —intervino otro—. Parecían babas de caracol.

Hugo solo se había fijado en que, por primera vez, no llevaba el pelo recogido, pero no en que tuviese algo puesto, aparte de la humedad. Eso sí, que no le preguntasen por el color de la toalla. Era verde musgo, como el color de los ojos de su dueña.

Al final conectaron el agua y Hugo envió a uno de los empleados a que avisara a las chicas.

Un poco más tarde arrastraba un saco de escombros al rellano para que lo bajasen en el ascensor cuando, por el rabillo del ojo, vio salir a Paula. Iba vestida con camisa de cuadros rojos y vaqueros y se había hecho dos moñetes en la cabeza similar a las antenas de un insecto.

Si ella no le decía nada, él tampoco pensaba a hacerlo. Fingiría no haberla visto.

—Hasta luego —dijo ella sin mirarlo, caminando hacia la escalera.
—Hasta luego —respondió él, no muy seguro de que lo hubiera escuchado.

La oficina de correos no quedaba muy lejos y fui dando un paseo. Necesitaba serenar mi ánimo tras el incidente de la ducha. Por lo menos podía decir que me había peinado con mucha facilidad y que el olor de la crema suavizante se había adherido muy bien al cuero cabelludo.

Tras esperar una fila de una decena de personas, al final recogí dos paquetes. En algunas ocasiones me avisaban de lo que mandaban, en otras no, y muchas veces no sabía lo que esperar.

Uno de los paquetes era de tamaño medio grande, y para llevarlo bien debía usar las dos manos, por lo que el otro, que era más pequeño, iba colocado encima.

No podía pasar por el súper sin dejar primero en casa mi carga. Eso significaba que, tal vez, quizá, volviera a ver a Hugo. Me daba palo que pensara que yo era la que no hacía más que pasar por delante de él para verlo. No era verdad. O puede que sí. Sabía que mi presencia le ponía de mal humor, y yo era de esas personas a las que les gustaba pinchar a los demás. Estaba en mi naturaleza rebelde sacar de sus casillas a los que me caían mal. A veces hasta a los que me caían bien. No podía evitarlo.

Subí a mi planta en ascensor y, aunque la puerta de los albañiles estaba abierta, no vi a nadie. Desde el interior llegaban ruidos, voces y música.

Entré en mi casa y dejé los paquetes sobre la isla de la cocina. Sara estaba de limpieza, se acercó y preguntó:

—¿Qué son?

—No lo sé. Creo que el grande es un spa para pies.

—Eso tengo que probarlo yo. ¿Y el pequeño?

Me encogí de hombros.

—Ni idea. Ábrelo. Voy a echarme un zumo, que vengo con una sed horrorosa. No sabía que tenía que cargar con todo esto desde correos. No pesa, pero es incómodo.

Sara lo sacó de la caja marrón. Tenía otra, apenas un poco más grande que un móvil. Le dio varias vueltas para tratar de adivinar qué contenía.

—¿Y? —pregunté con las cejas alzadas.

—No sabría decirte. Viene en chino o en japonés. —Con destreza la abrió y sacó un aparato que ninguna de las dos habíamos visto en la vida—. Parece una especie de batidora.

Intrigada, dejé el zumo sobre la mesa.

—Me da la impresión de que debe ser algo facial. Puede que sirva para quitar los puntos negros o masajear las mejillas.

—¿Tú crees?

Asentí. Era un artefacto de unos quince o veinte centímetros de largo en tono violeta brillante.

Uno de los extremos era obvio que servía para sujetarlo. El otro acababa en una especie de almohadilla para auriculares, pero algo más grande. Me recordaba a la ventosa de un pulpo. Se lo cogí de la mano y pulsé un interruptor pequeño. El único que había. Al encenderlo, vibró ligeramente. Lo pasé por mi brazo.

—¡Anda, parece que succiona! Es un aspirador pequeñito que sirve para quitar las pieles muertas.

—¿Será para usar después del spa de pies?

—Sí —respondí toda convencida. Se lo volví a entregar y saqué las instrucciones. Es verdad que venía en un idioma extraño para nosotras—. En cuanto pueda, hago un directo. Tendré que pintarme las uñas para que en cámara se vean bonitos. Estoy deseando probarlo.

—Yo también. —Paula lo pasó por su mejilla—. Tiene como pulsaciones. Es agradable. Da gustito. Debemos buscar el nombre en castellano. ¿Cómo quieren que publicites esto si no te dicen el nombre?

—Lo llamamos succionador de piel y no me complico la vida. —Terminé de beber el zumo y guardé el brik en la nevera—. Miraré qué esmalte me queda mejor.

Capítulo 3

Hugo era incapaz de rechazar un café recién hecho y el olor que desprendía el que acababa de hacer Sara, que cuando había abierto la puerta para llamarle, se había esparcido por la planta, mucho menos.

—Espero que no le importe a tu amiga.

—No, qué va, no te preocupes. Ella no va a decir nada.

Hugo pasó al salón. En realidad, también era cocina y comedor, ya que todo se encontraba en la misma estancia.

—No me preocupo, el café es uno de mis grandes vicios y daría la vida por un sorbo.

—¿Cómo lo quieres?

—¿Podría ser solo y con hielo? —Sara asintió. Había preparado un par de tazas sobre la mesa pequeña junto a un succionador de clítoris, que estaba allí como el que tenía un cenicero.

Él lo miró extrañado.

—¿Esto es para acompañar al café? —bromeó. Junto al sillón, en el suelo, había un barreño con una forma muy peculiar.

Sara lo observó sobre el hombro mientras sacaba del congelador la cubitera.

—Todo eso es de Paula. Dentro de un rato se pondrá a anunciarlo en las redes. Lo probará para que todos conozcan su uso.

Hugo se atragantó con su propia saliva y carraspeó. De solo imaginar a Paula con el *satisfacer* delante de las cámaras, sintió una erección repentina.

—¡Coño! ¡Esto no puedo perdérmelo!

—No sabía que te interesaban estas cosas.

—No mucho. ¡Pero, joder! Ver a Paula probándolo no tiene desperdicio. Esto puede ser... —Iba a decir excitante, sin embargo, prefirió cambiarlo por divertido. ¡Desde luego a esa mujer le faltaba un hervor! ¿Qué quería, que todos los acosadores de la zona llamaran a su puerta?

—Oye, no te rías. A lo mejor quita todas las pieles muertas de los pies.

—No estoy hablando del spa, estoy hablando de esto. —Hugo señaló el succionador.

—Yo también. —Sara se acercó con la cafetera—. Es para después del spa. Todo sea que se

cortocircuite y Paula pierda los dedos.

Hugo pestañeó estupefacto.

—No estoy entendiendo nada.

La pelirroja frunció el ceño.

—Es que es un producto nuevo, y encima las instrucciones vienen en otro idioma. Pero esto — tomó el aparato como quien coge un micrófono y lo encendió, lo puso sobre el brazo de Hugo para que notase sus efectos— es para una limpieza profunda de la piel.

Ella lo decía con tanta seguridad que él estuvo a punto de creerla. Pero no. Hugo sabía lo que era un *satisfacer* porque se lo habían regalado a la novia de un compañero para hacerle una broma.

—¿Quieres decir que Paula se lo va a pasar por los pies después del spa?

Sara asintió.

—Por las piernas también.

Hugo soltó una carcajada.

—Va a ser digno de verlo.

—¿No será que tú ya conoces el producto y sabes para qué sirve?

Él sacudió la cabeza muy solemne.

—No, no, para nada —mintió como un bellaco. Esa tarde tendría las risas aseguradas en el salón de su casa. Era capaz de pagar por ver la cara que pondría Paula cuando alguno de sus seguidores le dijese para qué valía realmente aquel cacharro.

Estaba alucinado, aunque seguro que no iba a ser el único que se quedase con la boca abierta.

Mientras terminaba de tomarse el café, Paula salió de su cuarto cargando con un trípode, un aro de luz y varias cosas más. Vio a Hugo y le saludó con un escueto *hola*. Iba descalza y sus uñas estaban pintadas de naranja fosforito.

—¿A qué hora lo vas a subir a las redes? —le preguntó él.

Paula lo contempló por unos instantes con ojos sorprendidos.

—No me sigues, de modo que puede que no te salte el aviso.

Hugo sacó su teléfono y comenzó a seguirla por todos los sitios. Tenía que asegurarse de ver el video entero.

—No te importa que lo haga, ¿verdad?

Ella, toda soberbia, negó con la cabeza.

—Para mí, mejor. Lo subiré a partir de las siete más o menos, que es cuando hay mayor visibilidad. —Sí, sí, la visibilidad era lo importante, pensó Hugo. Casi le dio pena saber el gran ridículo que iba a hacer la pobre—. Tal vez aprendas algunas cosas. —Lo estropeó ella al decir esas últimas palabras con retintín.

¡Ni pena, ni cojones!

—Estoy seguro de que sí. Todos aprenderemos algo nuevo hoy.

Tenía tantas ganas de llegar a casa que a las seis en punto les dijo a los hombres de su

cuadrilla que cortaran con todo y se marchasen.

De camino a su apartamento paró para comprar una bolsa de pipas y unas cervezas. De haber sido sábado habría llamado a Samuel para compartir unas risas, pero él daba clases de kárate entre diario y no podía anularlas si no era de un día para otro.

Se dio una ducha rápida, se puso el pantalón holgado de algodón que usaba para estar en casa y unos calcetines. Nunca llevaba camisetas en verano si no esperaba visita.

Abrió el envase de las pipas y cogió una ensaladera de plástico, que colocó sobre su regazo, estirando las piernas con los pies sobre la mesa y con el ordenador encendido, el cual estaba vinculado al teléfono.

Esperó impaciente al video de Paula. Era tal su emoción por verla que no pudo evitar que alguna risilla escapase de sus labios. Estaba siendo malo y lo sabía, pero la culpa había sido de ella por decir, con la prepotencia que la caracterizaba y que rayaba en el desdén, que tal vez él aprendiera alguna cosa.

A las siete justas entró una notificación en el móvil y, acto seguido, en el portátil. *Paula está transmitiendo en directo.*

Hugo sonrió y cliqueó el botón del ratón. El enlace le llevó directamente al rostro de la morena, que saludaba al tiempo que movía la cabeza junto a sus moñetes de un modo muy gracioso.

—La jodida está buena —susurró para sí, escuchándola con atención.

La primera parte no le interesó mucho, a pesar de que ella hablaba con soltura y desparpajo. Paula utilizó el spa soltando algún gemidito de placer y varios ruidos que para nada eran desagradables. También respondía comentarios que le escribían sus seguidores.

Otra vez le dieron ganas de advertirle de lo que iba a hacer, aunque también sabía que podía ser inútil ya que ella, con tal de llevarle la contraria, haría caso omiso de sus sugerencias y pondría más empeño en hacerlo a propósito.

—...una vez que hayamos finalizado nuestro spa y nos sequemos bien los piecitos, usaremos el nuevo artilugio para masajear y retirar las pieles muertas.

Y allí estaba ella, pasándose el succionador de clítoris con alegría, por entre los dedos de los pies, el empeine, la planta y los tobillos. ¡Olé ella!

Hugo se partía de la risa, sobre todo cuando en un comentario alguien escribió:

—Paula ¿estás segura de que eso sirve para eso? —Y caritas de risas.

—A mí me parece otra cosa.

—Eso es un Mambo Satisfyer. A ver si te vamos a tener que contar lo que es.

Paula miró muy fija a la cámara y se mordió el labio inferior, pensativa. Hugo no pudo evitar excitarse con ese gesto, y reírse, sobre todo reírse.

—¿Me dais un minuto, mis *followers*? Están llamando a la puerta.

Ella desapareció de la pantalla y Hugo se tronchó de la risa. Apostaba a que estaba buscando la información por el teléfono de su amiga.

Al poco tiempo asomó ella con una gran sonrisa y las mejillas sonrosadas como los fresones en primavera.

—Estoy aquí otra vez y tengo que contaros que es cierto, os he mentado. Esto —mostró el succionador agitándolo igual que Machín con sus maracas— no es para los pies, aunque a mí... me los ha dejado estupendamente. —Giñó un ojo a la cámara sin que la sonrisa abandonara su cara—. No me seáis viciosos, pero si tenéis uno, disfrutadlo. Ya sabéis, si os ha gustado mi video, dadle un *like*.

Esta vez Hugo sí que se lo dio mientras decía:

—No serás tú, Paulita, quien venga a enseñarme algo a mí.

—Él lo sabía! ¡Lo sabía y no me ha dicho nada! —No me veía la cara, pero mis ojos debían lanzar llamaradas de fuego.

—No te preocupes, Paula, has sabido salir muy bien del paso.

—He sido rápida pensando. Pero Hugo... —Con rabia pronuncié su nombre—. Lo ha hecho aposta para burlarse de mí. Es un asqueroso gorrino. —En esta ocasión Sara no podía defenderlo. Ella también había estado presente cuando él se había mostrado tan interesado por la emisión del video—. Óyeme bien, esto no se va a quedar así. Voy a vengarme de él.

—No creo que sea lo correcto.

—¿Él a mí sí me puede putear?

—No voy a escusarlo de ninguna manera, aunque si tú no le hablastes como si tuvieras un látigo en la lengua y lo golpearas con él cada vez que abres la boca...

—No, si me lo tendré merecido.

—Paula, ¿por qué no piensas primero en quién te ha mandado ese regalo tan pecaminoso?

—Ahora te parece pecaminoso, sin embargo, esta tarde bien que te daba gustito en los pómulos.

Sara enrojeció. Yo me eché a reír al recordar cómo pasábamos el *satisfacer* por la cara y los brazos. Y eso no había sido nada comparado con el pedazo de masaje que me había dado en los pies delante de cientos de seguidores.

Me conformaba con que hubieran pasado una buena tarde y les hubiese hecho reír. Eso sí, la vergüenza que había pasado al descubrir la verdad no me la quitaba nadie.

—Ahora, hablando en serio.

—Estoy hablando en serio —repliqué—. Pienso vengarme de él.

—¿Quién te ha mandado el juguetito?

Esa era otra. Yo no había hablado con nadie sobre ese aparato. En primer lugar, me hubiera negado, porque todas las amigas que había dejado en el internado de monjas me habían visto y sor María seguro que tenía algo que decirme. En segundo lugar, porque esas cosas no se podían

probar delante de tantas miradas ávidas.

Sara llevaba razón. ¿Quién me había mandado el succionador y con qué intención? Bueno, la intención era que lo usara donde debía hacerlo. Tal vez alguien pensaba que estaba desesperada por el sexo. Hugo seguro que no. Habría sido muy ruin por su parte. Además, que no me lo hubiese mandado por correo como si fuese una postal navideña ni se habría puesto como loco a seguirme en las redes.

Capítulo 4

Al día siguiente, mientras buscaba la manera de vengarme de Hugo, volvió a entrarme otro mensaje del admirador del día anterior. O del acosador, como advertía una vocecita en mi cabeza. En esta ocasión, la declaración pretendía ser sutil o poética, aunque me dijera que deseaba probar los valles y las hendiduras de mi cuerpo.

Me ofendió bastante.

También decía que algún día saborearía el lago salado que escondía bajo algodones y licras.

Dos hostias iba a ganarse en caso de que me lo echara a la cara. Pensaba enseñarle poéticamente cómo podía quedarse sin dientes.

—Di que tienes pareja —dijo Sara muy seria—. O no contestes, bloquéalo.

—Se abrirá otra cuenta, voy a decirle que tengo novio. Sí.

Escribí el mensaje y lo envié con la esperanza de que no volviese a molestarme más. Sin embargo, su respuesta fue hablarme del *satisfacer* que me había enviado por correo.

Me preocupé de verdad. Ciertamente no tenía ningún problema en dar mi dirección de casa, pues era donde recibía mis paquetes. Pero una cosa era eso, y otra que cualquiera pudiera enviarme lo que le diese la gana.

—Es un regalo de mal gusto, déjame en paz y no vuelvas a escribirme.

Después de esto, siguió contestando, pero no abrí ningún comentario más. Y eso que me costó no hacerlo, ya que yo entraba muy pronto al trapo.

Traté de olvidarme del tema y concentrarme en los golpes de martillo que venían de la casa de al lado.

—¿Le vas a decir algo? —preguntó Sara. Se refería a Hugo.

—Sí, aún no sé el qué, pero fue su culpa que yo hiciera el ridículo ayer. Pienso devolverle el favor.

—¿Por qué no lo dejas estar y lo tomas como una broma?

—Ya me gustaría, pero es superior a mis fuerzas. Si yo fuera un pájaro, le cagaría encima.

—El perdón es la venganza más dulce, y tú eres buena persona.

—Sara, Hugo necesita una caricia. ¿No te das cuenta?

—Exacto. A eso me refiero.

—En la cabeza con un hacha, y yo voy a encargarme de dársela.

Mi amiga se encogió de hombros, suspiró y no insistió más en el tema. Por mi parte, cogí un libro que había recibido la semana anterior. Se trataba de *La mini dieta*. En la portada se veía una imagen de una pechuga de pollo a la plancha.

La primera receta se trataba de un desayuno de cóctel de frutas con miel. Me apunté los ingredientes para comprar en el súper y hacer un directo sobre ella.

Llamé a Libertad, que por las mañanas no daba clases de baile, y le pedí que me acompañara para que me fuese grabando en la tienda. Ella ya no tenía necesidad de ayudarme ahora que se había marchado del apartamento, sin embargo, lo seguía haciendo siempre que podía.

En la tienda, compramos manzanas, kiwis, fresas, melocotones, miel y un par de limones para hacer zumo. Nos faltaron los piñones, que por su precio debían llevar música o los acababan de abrir en el almacén. A cambio, cogí nueces, que eran más baratas. Tampoco compré semillas de sésamo, me sentaban fatal y las expulsaba enteras por el lado más oscuro de mi cuerpo.

—La receta ya no va a ser igual —comentaba Libertad entrando conmigo en el ascensor.

Mi mala suerte fue encontrarme a Hugo nada más pisar la planta. Él llevaba un mono de trabajo blanco sacado de las mangas, anudado a la cadera. La camiseta del mismo color se ajustaba a su cuerpo y me sorprendió ver que tenía los brazos bastante musculados. Hugo era un tío muy fibroso y, por su altura —era largo el condenado—, parecía más delgado. Poseía un pelo negro como el carbón y la piel estaba muy bronceada.

Si había algo que yo tenía muy claro, era que por muy guapo y atractivo que fuera, para mí seguía siendo un chulo gilipollas.

—¡Hola, Hugo!

—¿Qué tal, Libertad? No has venido a darte un masaje de pies, ¿verdad?

Solté un par de: «ja, ja» con sorna.

—Podías habérselo dicho —le recriminó mi amiga, toda dulzura y candor.

Él curvó las cejas haciéndose el sorprendido. El canalla reía con disimulo.

—Paula dijo que iba a aprender algunas cositas y tenía razón. En mi ignorancia nunca hubiera esperado que un *satisfacer* se usará para quitar... ¿Cómo era? ¿Piel muerta?

Le encaré alzando el mentón.

—¿Te gustó verme hacer el ridículo?

—Me encantó, no voy a negarlo. ¿O no viste que di un me gusta a tu historia?

—No me pasó desapercibido.

—Siendo sincero, me habría gustado ver cómo lo usabas de la manera que realmente se tiene que usar.

Si mis ojos hubieran sido fuego, lo habría achicharrado en ese momento.

—¿Quieres que te lo regale? A lo mejor alguna de tus novias le da más uso que yo.

—No lo creo. Hasta la fecha ninguna ha tenido problemas conmigo.

¿¡Cómo podía ser tan... prepotente?! Si no hubiera sido más alto y más fuerte que yo, me habría lanzado a morderle la cara y arrancarle un buen trozo.

—Bueno, venga. —Libertad se puso en medio—. Haya paz. Parecéis niños pequeños luchando por ver quién es más inteligente de los dos.

Hugo amplió una sonrisa que yo le hubiera borrado con gusto de un puñetazo.

—Libertad, eso es obvio, ¿no? —contestó.

Se estaba riendo de mí, y me enervaba. Su chulería era detestable. Respiré hondo tratando de tranquilizarme.

—Si eres tan listo, sabrás lo que es un Escape. —Me miró intrigado—. Es un juego donde tienes que ir atravesando salas, buscando pistas...

—Sé lo que es, ¿por qué? ¿Quieres invitarme a alguno?

Asentí.

—Me han pedido que vaya a uno para publicitarlo. Puedo hablar de ello, pero no grabar en el interior, y podemos ir hasta seis personas.

—Apuesto a que, si fuera un juego de supervivencia, morirías la primera.

Apreté los puños con fuerza resistiéndome a que alguno de ellos saliera disparado contra su boca.

—Me apunto. —Libertad me empujó con su cuerpo para que entrara en casa.

—Yo también —contestó Hugo—, cuenta conmigo.

En realidad, no sabía por qué lo había invitado, pues eso significaba verlo el fin de semana. ¡Como si no tuviera bastante con tenerlo todos los días puerta con puerta!

Capítulo 5

El sábado por la tarde nos presentamos seis en el Escape room —también llamado sala de escape o cuarto de escape—, Samuel, Quique, Hugo, mis dos amigas y yo.

Se trataba de un juego de aventura físico y mental que consistía en encerrar a un grupo de jugadores en una habitación donde debían solucionar rompecabezas y enigmas para resolver una historia y salir antes de que finalizase el tiempo.

El *game master* nos dijo que, por norma, daban una hora para terminarlo, pero él nos añadió media hora más, creo que al vernos intuyó que no íbamos a salir de allí ni aunque nos pusieran las pistas en bandeja.

Yo iba superconcentrada. Quería demostrar a Hugo que no era ninguna imbécil y estaba dispuesta a descubrir más indicios que los demás. Pero una cosa era querer y otra diferente era conseguirlo.

Estaba muy nerviosa y deseando comenzar cuanto antes.

Dejamos todas nuestras pertenencias, incluidos los móviles, en una taquilla. Había dos, pero solo utilizamos una, a pesar de que casi tuvimos que meterlo todo a presión. Fue ahí cuando me di cuenta de que no era la única que estaba alterada.

—¿Preparada para demostrar tu inteligencia?

Hugo era quien me había hablado y le regalé una mueca de desdén.

—Seguro que más que tú, sí.

—Ya lo veremos.

Pensando en cómo podía machacarlo y vengarme de él, no presté mucha atención al *game master*, que empezó a contarnos una historia. Cacé al vuelo que íbamos a entrar en una pirámide y que debíamos averiguar qué le había pasado a un arqueólogo que había entrado delante de nosotros.

—Una pregunta. —Sara alzó la mano y todos la miramos—. ¿Esto es seguro? Vamos incomunicados y estamos poniendo nuestras vidas en manos de unos desconocidos.

Samuel sacudió la cabeza, sonriendo, para nada preocupado.

—Sara, nosotros estamos aquí y no vamos a dejar que os pase nada. Quique estuvo echando

un vistazo antes de venir para saber a qué nos enfrentábamos y todo es legal.

Agarré la mano de mi amiga.

—Este suspense puede venirte bien para algunas de tus novelas: GRUPO MUERE ASESINADO SIN DEJAR NINGUNA HUELLA. —Libertad me regañó con la mirada—. ¡Estaba bromeando!

—Quién sabe, quizá nos encontremos al arqueólogo muerto.

Miré a Hugo, que era quien lo había dicho y me sonrió. No había esperado que por una vez se pusiera de mi parte.

—Se le dará un entierro cristiano —respondió el *game master* sin nada de expresión en su cara. Se había metido muy bien en su papel o Sara llevaba razón y era un psicópata que nos quería encerrar de por vida—. Adelante.

En el interior reinaba la penumbra. Por si acaso, dejé que todos entraran antes que yo, o eso pensaba, porque sin darme cuenta me detuve en la puerta y sentí que alguien me empujaba con suavidad. Era Hugo, que se había quedado detrás de mí.

—No te puedes escapar todavía —susurró junto a mi oído.

Un escalofrío antinatural recorrió mi cuerpo. No estaba segura de si era por la emoción de adentrarme en un sitio desconocido y bastante tenebroso o, por el contrario, fueron sus dedos sobre mi cintura.

Libertad, dando saltos como un colibrí detrás de Samuel, preguntó:

—¿Qué hacemos ahora?

Observé las paredes de piedra escritas con símbolos egipcios. Los suelos, bajo una fina capa de arena, también eran de piedra. Sentí que realmente me había trasladado al antiguo Egipto y, por alguna razón, pensé en momias.

Cuando vi una puerta que estaba como escondida entre tanto jeroglífico se lo dije a Samuel, situado junto a ella. Él y Quique la empujaron y, al no conseguir nada, se alejaron. Hugo y yo, por hacer alguna otra cosa, también probamos a abrirla.

—Habrá que buscar —escuché que decía Sara.

Todos estuvimos de acuerdo, sin embargo, nos quedamos en el centro de la habitación quietos como estatuas, observando y esperando que un rayo divino nos iluminase. Estábamos tan perdidos como lo podía estar un daltónico armando el cubo de Rubik.

Hugo y Samuel fueron los primeros en ponerse en movimiento y se dirigieron hacia algo que había en el suelo, al lado de unas vasijas antiguas.

—¡Aquí hay una bolsa de tela!

—Abridla —dije acercándome a ellos.

Hugo me miró sobre el hombro.

—Lo haríamos si no tuviese un candado.

—Tiene que haber alguna manera. —Quique se abrió paso entre nosotros y el resto del grupo lo siguió, de modo que volvimos a formar un bloque de cuerpos tan apretados que

imposibilitamos que el pobre se pudiera mover con soltura—. Busquemos números o flechas.

Como Hugo estaba tan callado y pensativo, traté de aportar alguna idea, como interpretar los jeroglíficos. Ideas absurdas y disparatadas, lo reconozco.

—¿Entiendes los símbolos? —me preguntó arqueando las cejas cuando comencé a soltar todo lo que se me iba ocurriendo.

—No, pero no debe de ser tan difícil.

—Teniendo en cuenta que lo que dices no tiene sentido, es mejor que no nos líes más.

Ignorándolo, me dirigí a los demás, aunque cada uno parecía ir a su bola.

—Tiene que haber una palanca escondida. Lo pone justo en el dibujo que hay sobre la puerta.

—Se trataba de una especie de garrota y una pirámide.

—Tienes razón. —Libertad me ayudó a buscarla, aunque sin mucho éxito.

La voz del *game master* resonó en la sala a través de un altavoz.

—Ese jeroglífico se llama Ajeta y representa el amanecer y el horizonte. ¡Imaginación al poder! Pero estáis fríos, fríos.

—¿Qué quieres decir? —pregunté mirando al techo. Tenía la sensación de que Dios nos acababa de hablar. Sin embargo, no llegó ninguna respuesta del Más Allá.

Hugo me contestó.

—Para que lo entiendas, dice que no te inventes las cosas.

Comencé a enfadarme con él, había estado tranquila y tolerante desde que le había visto para no crear malos rollos, pero él no parecía ver el peligro que había en mí. Existía y era muy real.

Atravesamos la primera sala y no supe muy bien cómo. Sin embargo, nos vinimos arriba y nos animamos.

De nuevo volvimos a pegarnos los unos a los otros, como los papeles de las magdalenas.

—No tenéis la necesidad de estar todos juntos —advirtió el *game master* por los altavoces, mezclando su voz con una melodía siniestra que rebotaba en las paredes.

Nos separamos y deambulamos como pollos sin cabeza —alguien dijo que parecíamos los Fraggles, que eran unos muñecos que protagonizaban una serie infantil en la década de los ochenta—. Pero en cuanto Sara descubrió una nueva pista, allí que fuimos todos a meter las narices como jugadores de rugby planeando nuestro siguiente ataque. Si alguno de nosotros hubiera tenido piojos, aquello hubiera sido una locura.

En algunos momentos el juego era divertido, aunque hacía calor y la luz iba descendiendo de intensidad.

—Vamos a dividirnos otra vez —dijo Samuel.

Le obedecemos. No sabíamos qué hacer ni dónde ir, pero había dicho que nos separáramos y lo hicimos.

—¡Madre mía, si nuestra vida dependiese de esto, estaríamos muertos! —exclamé recordando las palabras de Hugo.

Empezamos a encontrar más candados, unos con números, otros con letras, otros con números

y letras. En uno de ellos llegué a poner la fecha de mi cumpleaños. ¡Ya me diréis para qué! Todo era un sinsentido. Descifrábamos los símbolos como nos daba la gana y nos inventábamos las pistas.

Logramos atravesar unas cuantas salas y a todos nos llamó la atención una cajita que tenía un interruptor. Uno a uno lo apretamos a ver si pasaba algo. Y no solo una vez, sino unas cuantas. No parecía servir para nada.

Sara se machacó un dedo con una caja y Quique, enseguida, fue a preocuparse por ella.

—¿Por qué hay un interruptor en una pirámide? —insistí, confundida—. A ver si eso no va a tener nada que ver con el juego.

Hugo me observó sacudiendo la cabeza.

—Todo lo que hay aquí tiene algo que ver.

—¿Eso porque lo dices tú?

Él expulsó el aire con fuerza por la boca y me fulminó con sus ojos oscuros.

—A ver si en vez de meterte conmigo todo el tiempo, encuentras algo por ahí, bonita.

Señalé un rincón.

—Ahí hay una puerta.

—Con un candado y una cadena. —Abrió las palmas de las manos—. Eso ya lo hemos visto todos, di algo que se nos haya pasado por alto.

Me crucé de brazos y levanté los ojos al techo, di un pequeño botecito e indiqué hacia arriba, descruzando los brazos de nuevo.

—¡Hay números!

—Es cierto. —Hugo los miró con sorpresa y yo sonreí presuntuosa—. Vamos a probarlos en los candados.

No pudimos ir a uno diferente, no. Había siete por lo menos, no obstante, enfilamos hacia el que teníamos enfrente, Hugo y yo, y de repente todo el grupo estaba encima de nosotros.

Cuando verdaderamente debimos apretar el interruptor de la cajita, el que no servía para nada, el *game master*, cansado de nuestra torpeza, nos lo recordó. Conseguimos una pista más.

Al final llegamos a otro sitio más grande después de arrastrarnos como serpientes por uno de los pasadizos. Encontramos la Mesa del Arqueólogo y nos colocamos alrededor de ella. Todos, menos Libertad, que cuando se sentía estresada, bailaba y hacía estiramientos. La miré a ver si yo también me relajaba. Éramos personas sin ninguna medida en cuanto a oxígeno se refería y se me pasó por la cabeza que morir asfixiado debía ser horroroso.

—¿Esto para que servirá?

Sobre la mesa había una especie de ficha redonda y Sara comenzó a moverla en círculos. Me eché a reír y yo también apoyé mis dedos en el objeto. Susurré:

—Amigos unidos para invocar, espíritus prestos a escuchar.

Todos nos tuvimos que reír por narices, ya que el juego se nos estaba yendo de las manos y estábamos perdiendo la olla.

—¡Dios del amor hermoso! —exclamó Sara—. ¡Vamos a morir aquí dentro y no puedo parar de reír!

Hasta Hugo reía, lo que me dejó totalmente alucinada. Le había visto hacerlo más veces, pero en aquel momento le encontré guapísimo. Aparté con rapidez la vista de él intentando centrar el rumbo de mis pensamientos en otras cosas.

—Necesitamos una llave para salir —dijo alguien—, es la que hemos encontrado tres habitaciones más atrás, ¿quién la tenía?

Libertad alzó una mano, despacio, casi con miedo.

—Yo creí que no servía y la dejé donde estaba.

Todos la contemplamos con ojos desorbitados. Menos mal que Quique se ofreció a recogerla. Estuvo a punto de dejarse la cabeza en el pasadizo a su regreso. Esta vez fue Sara quien se preocupó por él y, con dulzura, observó si se había hecho algo. Puedo asegurar y aseguro que no le vio gran cosa porque no había casi nada de luz. Sin embargo, en la salida se podía apreciar el bulto de su frente.

—¡Hemos ganado! —gritó Samuel al ver la luz al final del túnel.

—¿Dónde está el arqueólogo? —quise saber, sin estar convencida de que lo hubiéramos conseguido.

—Con lo que hemos tardado, al hombre le ha dado tiempo a salir solo —respondió Hugo.

—¡Lo importante es que hemos salido! —Libertad disfrutaba del triunfo junto a Samuel.

—Sí —contestó el *game master* que nos esperaba en el pasillo—. Lleváis más de dos horas y tres cuartos, dentro. —Me estrechó la mano, con cara de no querer volver a invitarme nunca más—. No me hagas spoiler, por favor.

Asentí al tiempo que pensaba que el Escape no era peligroso, pero si nos hubiera llegado a dar diez minutos más, habríamos acabado en urgencias con un dedo roto, una conmoción cerebral e inanición —mi estómago rugía como un dinosaurio.

—Hay ciertas partes de tu trabajo que no están tan mal, después de todo —me dijo Hugo con ojos chispeantes.

Era maravilloso verlo relajado, aunque seguía siendo un grano en el culo. Me sonrió y le devolví el gesto. Él no lo vio porque en ese preciso instante se puso a conversar con Samuel de la experiencia que acabamos de vivir.

—¿A quién sonríes? —me preguntó Sara arqueando las cejas.

Me recompuse enseguida y sacudí la cabeza.

—A nadie. Pensaba que es una pena que no pudiera grabarlo.

Capítulo 6

—¡Sara! ¡Que no tengo pestañas!

—¿¡Cómo no vas a tener pestañas?! ¡No digas bobadas!

—¡Que no las tengo! —Me acerqué a ella para que me mirase bien.

Abrió los ojos estupefacta.

—¡No tienes! Pero ¿qué has hecho? —chilló.

—Anoche me probé unas postizas y hoy, al darme cuenta, se habían esfumado.

Sara se llevó las manos a la cabeza.

—¡Tía! Como diría Libertad, ¡qué tragedia más grande!

—¿Ahora qué hago sin ellas? ¿Crecen? ¡Dime que crecen, por favor!

—No estoy muy segura. Es posible que sí, porque es pelo, pero... —Se encogió de hombros sin terminar la frase.

—¡Madre mía! ¿Por qué me echaría pegamento de uñas?

—¿¡Cómo?! —

—Es que no tenía de pestañas. —Me contemplé en el espejo. ¡Dios, era horrorosa!—. ¡Parezco un alíen!

—Píntalas.

—¿Dónde? ¿En el parpado y voy todo el rato con los ojos cerrados?

—Ponte gafas, lo disimularás mejor. Yo voy a mirar en internet si dicen algo de que vuelvan a crecer. Por cierto, no quiero asustarte, pero también te falta un trozo de ceja.

—No, eso lo he hecho yo. Está de moda, es el efecto *eyebrow-slit*.

—Pues pareces un código de barras.

—Lo sé, no me ha quedado tan bien como pensaba.

Seguí a Sara hasta su dormitorio e, impaciente, esperé a que tecleara mi problema.

—Las pestañas pueden volver a crecer siempre que no haya muerto el folículo piloso. Tardan entre cuatro y ocho semanas.

—¿Cómo puedo saber si se ha muerto?

—Ni idea.

—¿Sabes lo que es el folículo? Mírame de nuevo a ver si se ha muerto.

—¡Yo cómo voy a saber eso! Mira, tranquilízate. Aquí dice que hasta en los casos más raros, crecen.

Suspiré aliviada. Estábamos en agosto, para octubre más o menos volvería a ser yo misma.

—¿Tú crees que se me nota mucho?

Ella respondió sin mirarme a los ojos.

—No tanto.

—No hace falta que mientas.

—Si lo sabes, ¿para qué preguntas? Sí, se te nota. Tal vez no que te falten las pestañas, pero hay algo... raro... ahí.

—¡Fantástico! Iba a hacer un video contando nuestra experiencia en el Escape y ya no puedo hacerlo.

—¿Por qué?

—Ovivo, los seguidores estarán más atentos a mi cara que a lo que les diga.

Sara se incorporó de la silla del escritorio.

—Disfrázate de Cleopatra o de algo que tenga que ver con la temática. Pensarán que es parte de la trama.

Fruncí el ceño, pensativa. Llevaba razón.

Era raro. Ese día Hugo se fue a su apartamento sin haberse cruzado ni una sola vez con Paula. Ni siquiera la había visto cuando había ido en la sobremesa a tomar café con Sara. Lo que la pelirroja sí que le dijo era que aquella tarde iba a hacer un video hablando sobre el Escape.

Tenía curiosidad por saber qué decía. Conociéndola, sería capaz de adjudicarse todo el protagonismo y afirmar que gracias a ella estaban todos vivitos y coleando.

Esa tarde también compró pipas. Después de lo del succionador de clítoris no se perdía ninguno de sus directos. No sabía por qué lo hacía, ya que era incapaz de admitir que le gustaba verla. Deseaba que se confundiese y que volviera a hacer de nuevo el ridículo porque, aunque ella no lo sintiera así, lo había hecho, y bien.

Samuel llamó por teléfono un poco antes de emitirse el video para avisarle por si no se había enterado.

—Me lo dijo Sara.

—A ver qué cuenta, es capaz de hacer spoiler y que el dueño nos demande. Además, esperó que no suba ninguna foto nuestra.

—Espero que no, de todos modos, te puedo asegurar que yo no saldría. La he visto varias veces recortarme la cabeza o sacarme del objetivo.

—Es una lástima que os llevéis tan mal. Haríais buena pareja.

Hugo se estremeció con disgusto y dejó los ojos en blanco.

—Paula y yo no pegamos ni con cola, es más extraña que un perro verde. Además, siempre está a la gresca conmigo.

—A ti te gusta.

Con velocidad bajó los pies de la mesa e irguió la espalda.

—¿Ella?

—¡No! Las broncas que tenéis. Anda que no disfrutas, se te nota en la cara.

Aliviado, asintió.

—Es cierto, me encanta verla furiosa, pero solo porque me divierte.

—Es una gran chica. Bastante inocente, aunque crea que lo sabe todo.

—Es una bocazas. Muchas veces calladita estaría más guapa.

Samuel se echó a reír.

—Libertad me contó lo de su aparatito para masajear pies y he visto el video hace un rato.

—Como si lo viera, has alucinado, ¿verdad?

Samuel volvió a reír.

—Me han contado que tú lo sabías. ¿Por qué no le advertiste?

Hugo suspiró.

—Te prometo que iba a hacerlo, pero de repente ella se me puso muy subidita, en plan gallito, y pensé, que la jodan.

—Cuando quiere puede sacar de quicio a cualquiera.

—¿Hoy no tienes clases?

—Sí. Tuve que retrasar una, por lo que estaré más o menos media hora sin hacer nada. Mira, te dejo que llega mi princesa para hacerme compañía.

Ambos colgaron.

Desde que Samuel se había casado, la vida de Hugo había cambiado un poco. No solo porque salieran menos los fines de semana en plan de buscar ligues, sino que, al llegar Libertad, esta había arrastrado a sus amigas y el grupo se había ampliado.

Saltó la notificación y se acomodó de nuevo con los pies sobre la mesa.

Arqueó las cejas al ver a Paula. Supo que era ella por su voz, ya que iba vestida de momia y apenas se le veían las ranuras de los ojos.

Al principio le sorprendió un poco, pero después le pareció divertido. Era mediados de agosto, con un calor de más de treinta y seis grados, y le constaba que en casa de ellas no había aire acondicionado. Había que echarle huevos para cubrirse por entero con papel higiénico e intentar no morir de un golpe de calor, por no decir que no entendía la necesidad de disfrazarse de momia para promocionar algo que cambiaba de escenario después de cierto tiempo.

Se negó a admitir que le hubiera gustado ver su cara; la sonrisa pícaro y divertida que pintaba sus labios, o sus morros apretujados al dirigirse a él; los ojos chispeantes y furiosos y la barbilla pequeña y desafiante que no hacía más que provocarle.

Estaba terminando de cubrir el interior del ascensor con papeles y cartones cuando el repartidor de flores entró en él.

—No voy a tardar mucho —avisó Hugo partiendo la cinta americana con los dientes para colocar el último trozo.

Subieron juntos a la misma planta. El mozo cargaba con un enorme ramo de gerberas y margaritas. Llamó a la puerta de la vivienda de las chicas.

Paula fue quien abrió.

—¿Es para nosotras?

El repartidor se encogió de hombros.

—En la tarjeta dice Paula.

—Soy yo. ¿Quién lo envía?

—No lo sé, puede mirar la nota si quiere.

Ella lo hizo.

Hugo la espió sobre el hombro. Encontraba algo extraño en ella que no sabía identificar. Tenía el cabello recogido sobre la coronilla y llevaba un pijama corto rojo y negro.

—No quiero el ramo. —Paula volvió a meter la nota en el sobre y dio un paso atrás, dispuesta a cerrar la puerta.

—Señorita, tengo que dejarlo aquí. Ya está pagado y no puedo devolverlo.

—Le quitas la tarjeta y se lo das a tu novia.

—No puedo hacer eso.

El chico insistía en dárselo, sin embargo, Paula no hacía ninguna intención de cogerlo.

Hugo se acercó unos pasos.

—¿Ocurre algo?

Ella lo miró unos segundos y enseguida deslizó la mirada sobre el suelo.

—No quiero esas flores. No me gusta la persona que las envía.

—¿Algún admirador?

Ella sacudió la cabeza.

—Eso dice, pero no lo es.

Por más que Hugo la miraba no adivinaba el motivo de encontrarla tan rara. Otras veces la había visto sin maquillar y no era como ese día.

—¿Tienes los ojos mal?

—¿Qué te importa?

—Yo antes tenía mucha conjuntivitis y usaba mucho la manzanilla para lavármelos. —Paula lo miró apretando los dientes con fuerza—. De acuerdo, no te digo nada. —Hugo se volvió hacia la casa que reformaba.

La escuchó decirle al repartidor:

—Si no te las llevas, las dejas donde te dé la gana.

—Quita la tarjeta —advirtió Hugo—. En ella va la dirección y alguien podría volver a traértelas. —Sin esperar a ver qué hacía, se adentró, desapareciendo de su vista, pero no muy lejos para poder seguir escuchándola.

No entendía por qué hacía eso cuando ni siquiera debía importarle quién le enviaba aquel ramo de flores. Por su contenido no era uno de los más caros, sino todo lo contrario.

—No voy a cogerlo —insistía Paula.

—Lo dejo aquí en la puerta y luego, si quiere, lo tira —respondió el muchacho.

De repente se oyeron pasos fuertes, el chirriar de la ventana del portal que daba a la calle y un «A tomar por culo las flores» de Paula.

Capítulo 7

—Paula, tal vez deberías denunciarle.

—Acabo de decirle que deje de mandarme regalos y que he tirado su ramo de flores a la basura, que mi novio es muy celoso y no le gusta que me envíen regalos tan personales.

—¿Qué te ha contestado?

—No sé, le he vuelto a bloquear.

—Estoy empezando a asustarme con todo esto, ¿qué tal si se presenta aquí?

Sentí un escalofrío de miedo. El acosador era un hombre porque el muy tarado me había enviado una foto polla como si a mí me interesara descubrir sus proporciones.

—Si vuelve a escribirme algo por cualquier lado, le diré que voy a denunciarle, espero que eso le asuste. —Me miré en el espejo deseando descubrir indicios de mis pestañas—. ¿Sabes que me ha preguntado Hugo? —Sara negó—. Que si tengo conjuntivitis.

—En verdad se te nota algo raro, pero si no te fijas bien, no mucho.

Sonreí con ironía.

—Me ha mirado solo una vez y se ha dado cuenta de que me pasa algo, de modo que, aunque no lo quiera reconocer, notarse, se nota.

Me saltó una notificación en el móvil. De nuevo era ese hombre con otra cuenta falsa.

—¿Es él? —preguntó Sara.

Asentí.

—Dice que no tengo novio porque me vigila.

—¡Paula, por Dios, hay que llamar a la policía!

—Llevas razón, voy a ver si me informan de lo que tengo que hacer.

—Podrías decirle a Hugo que se haga pasar por tu novio.

—¡¿Qué dices?! A él precisamente, no. Prefiero decírselo a Quique o a Julián.

—Lo decía porque Hugo está más cerca. Si ese tipo está vigilando, lo habrá visto entrar en el portal más de una vez. Además, parece más fuerte que los otros dos.

Sonreí, esta vez divertida.

—Lo que pasa es que no quieres que meta a Quique en algún lío porque te gusta.

Sara se sonrojó tanto que no podía diferenciar bien qué era su cara y qué su cabello.

—A mí Quique no me gusta.

—Pues parece todo lo contrario cuando estáis juntos. El día que se dio el golpe en la cabeza lo mirabas como si fuese un cachorrillo.

—¡No seas tonta! —exclamó más colorada todavía—. Quique me cae bien y le tengo afecto, nada más.

—Te desagrada que salga con Julián, ¿verdad?

Sara me esquivó la mirada y negó con la cabeza.

—Son amigos.

—Ya, de los que se van a ligar siempre que pueden. —Me encogí de hombros—. De todas maneras, no sé cómo puede gustarte el tío, es más aburrido que ver crecer la hierba.

—No lo es. Quique es inteligente y responsable...

—Sara, él se siente atraído por otra clase de chicas, puede que contigo hable mucho y esas cosas, pero te ve solo como una amiga.

Ella bajó la mirada y, arrastrando los pies, fue hasta el sofá, donde se dejó caer desinflada.

—No quiero ser nada más.

Me senté a su lado, arrepentida de lo que le había dicho.

—Escucha, puede que yo me confunda. —Sara no contestó—. Se lo diría a Hugo, pero él no va a querer.

—Puedo hacerlo yo, o Libertad que convenza a Samuel para que lo haga. Con Hugo sería mucho más fácil. Además, solo tendríamos que llamar a la puerta de enfrente para que saliera rápido si lo necesitamos.

Por cercanía y todo eso, era el mejor candidato, eso no podía discutirlo.

—Va a ser muy complicado que los dos finjamos que tenemos algo cuando nos llevamos como dos gallos de pelea enfrentados.

—El día del Escape room no discutisteis tanto.

—Bueno, eso que tú vieras, estuve a un tris de darle con la vasija en la cabeza cuando no mirabais.

—Piénsatelo, Paula, por favor. Ese tío me está dando un miedo de narices.

—Como se le ocurra acercarse a mí, le doy una patada en los cojones que le quitó el carnet de padre para toda la vida.

Sara me miró como si no me creyera, no me extrañaba. Me conocía muy bien. Yo podía ser muy contestona y hacerme la valiente, pero en realidad era una cagada cuando alguien me amedrentaba.

—Vale, háblale tú —dije resignada—. No creo que acepte.

—Si no lo hace, se lo diremos a Quique, te lo prometo.

La propuesta de Sara le dejó loco, en primer lugar, porque tenía que haber sido Paula quien fuera a contárselo y, en segundo, porque no sabía cómo se le había ocurrido pensar en él, se lo podía haber dicho a Samuel, o a cualquier otro.

—Fui yo quien se lo sugirió —admitió Sara. Se encontraba bastante preocupada por su amiga—. Por el tema de cercanía, como tú ahora estás aquí, me pareció lo más indicado.

—Lo que es extraño es que ella esté de acuerdo.

—Trata de disimularlo, pero sé que está asustada, y yo también, la verdad.

—¿Es el mismo tío que envió las flores?

—Sí, también le envió el... la cosa esa, lo que parece un micrófono.

—¿Lo conoce en persona?

—No, bueno, sus genitales, sí. El muy guarro le mandó una foto.

—Menudo cerdo —musitó apretando los dientes.

—Lo peor es que no se cree lo del novio porque dice que la vigila.

—¡Joder, creo que esto debería denunciarlo a la policía!

—Sí, y lo ha hecho. —Se encogió de hombros—. Pero como todavía no saben quién es, nos han advertido que tengamos cuidado.

—Estas cosas de las redes sociales nunca han sido buenas.

Sara volvió a encogerse de hombros.

—Gracias a ellas nosotras tres pudimos independizarnos, algo bueno tendrán, ¿no?

De mala gana Hugo tuvo que estar de acuerdo con ella. Se frotó la barbilla.

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Salir y entrar con ella para que nos vean juntos?

La chica asintió.

—Sería bueno que también Paula te presentara como su novio en algunos de sus vídeos.

—¿Salir yo en las redes? —inquirió atónito y con bastante desagrado.

—Es lo mejor.

—Me lo voy a tener que pensar.

—No tenemos mucho tiempo, Hugo.

Él dijo con fastidio:

—Una cosa es dejarme ver con ella en la calle o en algún lado tomándonos algo, pero en las redes... Yo también tengo una vida aparte de estar currando todo el día, ¿sabes?

Sara lo contempló con incertidumbre.

—¿Tienes novia?

—No, ni la tengo, ni la quiero. —Todavía recordaba el dolor y el sufrimiento de aquello que alguna vez había pensado que iba a ser para siempre y le había destrozado el corazón—. Estoy bien así, te lo aseguro, no me pierdo nada. Mira, esa es una de las pocas cosas en las que coincido con Quique.

—¿Tampoco quiere novia? —preguntó curiosa—. ¿Acaso él y Julián están...? Ya sabes, liados.

Hugo se echó a reír mientras sacudía la cabeza.

—No, ellos solo son amigos que van repartiéndose a las tías que se encuentran.

—No parecen tan ligones.

—Eso es porque no los conoces bien. De todos modos, es que ni a ti ni a Paula os van a entrar nunca.

—¿No somos su tipo?

—Ya no solo es por eso, es porque sois sus amigas. Quique te aprecia un montón, y si mezclara las cosas y no salieran bien, perdería a alguien bueno, y es más que obvio que él no quiere perderte.

—Lo entiendo —respondió—. A mí me pasaría lo mismo, su amistad es mucho más valiosa.

Hugo no la creyó al ver la decepción en su cara, pero no quería meterse en berenjenales y prefirió seguir hablando de lo que en verdad le interesaba.

—¿Por qué eres tú quien me pide el favor en vez de ella?

—Paula está segura de que te vas a negar.

—Es lo que debería hacer, total, ni siquiera nos llevamos bien.

—Pero, Hugo, no tenemos muchas más opciones. Samuel está recién casado y no le vamos a poner en este compromiso. Aparte de eso, te hemos elegido a ti porque en cualquier momento puedes acercarte a nosotras y nosotras a ti.

Se quedó pensativo admitiendo que tenía lógica lo que ella decía.

—De acuerdo, pero lo de las redes sociales, no. Puede hablar de mí y decir que me adora con locura, pero no le presto mi imagen. —Sara lo miró vacilante—. Al menos no por ahora. Vamos a ver si podemos hacer que desista de su obsesión por Paula de alguna manera.

—¡Gracias!, ¡gracias! —Lo abrazó con fuerza.

Hugo se quedó inmóvil unos segundos y, con timidez, le palmeó el hombro con suavidad. No estaba acostumbrado a las muestras de afecto femenino si no era cuando compartían sexo.

—Espero que Paula sepa reconocer lo que voy a hacer por ella y aparte su antipatía hacia mí hasta que se solucione todo. —Sara asintió, aunque no parecía muy convencida—. Estoy pidiendo mucho, ¿verdad?

—Es lo justo.

—¡Hombre que sí!

—Deberéis tener paciencia los dos.

—Un poco difícil, pero te aseguro, Sara, que pondré todo lo que pueda de mi parte. Lo que sí voy a necesitar es que ella me cuente todo de ese tío. Si le manda más mensajes o si la llama... Tengo que ir con cuidado, no sea que me quieran asesinar para quitarme del medio.

—¡Hugo, no digas eso que me da miedo!

—A mí también, no te creas. —Su miedo no tenía nada que ver con el acosador, pensaba más bien en cómo iba a hacer para soportar hacerse pasar por el novio de Paula sin que llegara la sangre al río—. ¿Dónde está ella?

Sara enrojeció.

—En su dormitorio.

Hugo se levantó del sofá y caminó hacia la habitación, llamó a la puerta y entró sin esperar contestación. Paula estaba sentada sobre la cama y lo miró.

—Has estado escuchando lo que he hablado con Sara, ¿verdad?

Ella arqueó las cejas haciéndose la sorprendida. Su actitud no le engañó, no tenía el móvil cerca, ni ningún libro que pudiera estar leyendo. Nada con lo que pudiera simular estar haciendo algo.

—¿Sobre qué?

Hugo apoyó un hombro en el quicio de la puerta.

—No te hagas la tonta, esto me gusta tan poco como a ti.

—Vale, tienes razón, lo he escuchado todo.

Esperó a que ella le diese las gracias, sin embargo, no hizo ni siquiera el amago. Con un suspiro, Hugo observó el cuarto mientras se acercaba la ventana. Daba a una de las vías principales. Una calle ancha adornada con árboles y farolas.

—Si te vigilan, puede estar mirando hacia aquí ahora mismo. —Puso los brazos en la repisa y sacó la cabeza fuera. El poco aire que corría era calentorro—. ¿Por qué no vienes a mirar un rato conmigo?, nos verá juntos.

Paula fue sin ganas y él se apartó un poco para que cupiesen los dos.

—Tampoco te preocupes mucho —siguió diciendo Hugo—. Esta gente es muy valiente por teléfono, luego, en cambio, te los echas a la cara y les falta tiempo para cagarse las patas abajo. —Paula no dijo nada. Él la miró de refilón y frunció el ceño—. ¿Dónde están tus pestañas?

Rápidamente ella le dio la espalda y se alejó.

—No sé de qué hablas.

—A ver, mírame —pidió. Ella sacudió la cabeza, negándose a hacerlo—. ¿Te las has quitado aposta, como la mitad de la ceja?

—¡Que no! Ha sido un accidente.

Hugo no insistió más.

—Bueno, si ese tipo está por aquí ya me ha visto, voy a seguir currando. —Antes de salir del dormitorio se detuvo para decir—: Si quieres, salimos después a dar una vuelta corta a la manzana, ¿o tenías pensado hacer algo esta tarde?

—No, no tenía pensado nada.

Vio que ella tragaba con esfuerzo.

—Ese tipo va a cansarse pronto, ya lo verás.

—Lo espero por nuestro bien, si no voy a acabar desquiciada.

Hugo no supo cómo interpretar su respuesta.

—O yo termino suicidándome. Nos vemos después.

Salió del dormitorio y se despidió de Sara. Se dijo que si hacía ese favor era por su amistad

con Samuel y con el resto del grupo, y deseaba no tener que arrepentirse nunca de ayudar a la engreída *influencer*.

Capítulo 8

Estaba enfadada y rabiosa por aquella situación y esperaba que todo aquello no tardará en acabar. Me llevaban los demonios que fuese precisamente Hugo quien me ayudara y, sobre todo, tener que hacernos pasar por novios cuando ninguno de los dos nos soportábamos.

Después de que él hubiera salido de mi dormitorio, contemplé la calle a través de la ventana, deteniéndome en todas las personas que veía. Alguno podía ser mi acosador.

Me giré al sentir que alguien abría la puerta. Sara se quedó mirándome desde el hueco.

—¿Qué tal ha ido?

Se me escapó un gruñido.

—Luego vamos a salir juntos a dar una vuelta. ¿Nos acompañas?

—No, mejor es que os vean solos.

—No tengo ni idea de lo que hablar con él, va a ser raro que esto funcione sin tener nada en común el uno con el otro.

Hablaba en serio, Hugo no era un hombre que conversara mucho. Tampoco le imaginaba paseando por ahí con una mujer en plan romántico.

—Ya se os ocurrirá algo.

Sabía que cuanto más pronto comenzáramos con esa mentira, antes terminaría mi problema. Seguro que Hugo lo estaba deseando igual que yo, lo malo de aquella farsa era que nunca había estado con un hombre. ¿Bastaba con pasear uno al lado del otro o debíamos cogernos las manos para hacerlo más creíble?

La sola imagen de Hugo y mía agarraditos como dos enamorados me provocaba risa, no de la divertida, sino de las que sientes al ver a dos personas hacer el ridículo.

Sí, por eso estaba enfadada, no sabía cómo reaccionar.

Me vestí despacio, unos vaqueros ajustados, una camiseta de delgadas líneas rojas horizontales sobre un fondo blanco y un moño bien apretado para que no se me escaparan los pelos.

Cuando dejé de escuchar los golpes del martillo en casa de los vecinos, mi corazón empezó a latir tan salvaje que sentí las pulsaciones en la garganta. Respiré hondo con la mano sobre el pecho, intentando bajar el ritmo de los latidos. No me estaba resultando muy efectivo, ya que

todo mi cuerpo parecía estar cargado de electricidad.

—¿Te hago una valeriana?

Sacudí la cabeza.

—Solo estoy un poco revuelta.

—Estás cagada, ¿verdad?

—Un poco sí, tengo miedo de que se presente ante nosotros, monte un escándalo o quiera hacer daño a Hugo, que no tiene culpa de nada. No sé si he hecho bien en pedirle ayuda.

—Muy valiente o muy estúpida tiene que ser esa persona para acercarse a vosotros.

—Tienes razón, pero no puedo evitar sentirme así. —Respiré hondo. Conversar con ella conseguía tranquilizarme.

Llamaron a la puerta.

—Es Hugo, ¿estás bien, Paula?

Afirmé con la cabeza, pero tenía un frío impropio del mes de agosto.

Ella fue a abrir, regresó al salón con Hugo.

—¿Lista? —preguntó él mirándome de arriba abajo.

Saqué del bolso las gafas de sol.

—Si le vemos y viene en busca de nosotros, llamamos a la policía o le ignoramos y venimos a casa.

Él frunció el ceño.

—Tú, tranquila por eso. Piensa que soy tu novio y que voy a defenderte.

—¡Es que no quiero que me defiendas! Llegado el caso, puedo hacerlo yo misma. Lo que me interesa es que sepa que no le he mentido y que tengo novio y que lo último que voy a hacer es irme con él o engañarte.

—Ah. Vale, —contestó tranquilamente—. Pero no me pidas que me quede callado o me aparte si viene a provocarme.

Eso era lo que más temía. Volví a respirar hondo y asentí.

Entramos en el ascensor sin hablar, no me atreví a mirarlo, aunque sabía que él me estaba observando a mí.

—Ah, Paula —dijo al llegar al vestíbulo—, tampoco va a ser mucho tiempo, podemos fingir que nos llevamos bien mientras vamos juntos. Supongo que eso sabrás hacerlo.

—Fingir se me da bastante bien, de lo contrario ya te habría metido mi *satisfacer* por algún lado.

—¿Todavía me la guardas?

—Soy una persona rencorosa.

—Ya veo, tendré cuidado.

Abrió la puerta del portal para que saliese. Nada más pisar la calle me agarró la cintura con su brazo. Sentí un pequeño escalofrío y di un botecito, sobresaltada.

—Tranquila —susurró junto a mi oído.

Lo miré de soslayo.

—¿Te paso también yo el brazo por la espalda?

—Como tú veas, no voy a darte calambre, ni nada.

—Puede que me contagies tu mal genio.

—Tú no eres la alegría de la huerta que digamos, parece que vas a un funeral, relájate un poco. ¿Cómo iba a hacerlo si él me estaba tocando?

—No estoy acostumbrada a ir tan... cerca de nadie. No estoy cómoda, tengo que buscar tu paso para adaptarme. —Le rodeé la cintura, y como mi mano se resbalaba todo el rato a la cadera, enganché el pulgar en la presilla de su pantalón.

—¿Nunca has ido con nadie por la calle así?

Al parecer él sí porque lo veía muy suelto.

—No, nunca.

—¿Y con los tíos que sales?, ¿vais de la mano o cada uno por su lado?

—Yo paso de los tíos, no me interesan.

—¿Eres más de chirilas?

—No sé. —No estaba entendiendo nada—. ¿De qué estamos hablando?

Él levantó la comisura del labio en una sonrisa.

—Nada, tampoco esperaba que me contestaras a ello.

—Aunque nos hagamos pasar por novios, tampoco es necesario que sepamos los gustos de cada uno. A mí me da igual lo que tú hagas.

—Que sí, que sí, que lo he preguntado por lo que has dicho antes, pero que no tiene nada de importancia.

¿Cuándo había hablado yo de comida si había empezado él con lo de las chirilas? No merecía la pena discutir por eso, aunque me quedé con las ganas.

Paseamos mirando bien al resto de la gente. Todos los hombres me parecían sospechosos.

—Hugo, no quiero que te sientas obligado a hacer esto; si estás saliendo con alguien y yo te puedo perjudicar, podemos dejarlo.

Se carcajeó.

—¿Ya estamos rompiendo? Pues pronto, no llevamos ni diez minutos andando.

—Sabes que no me refiero a eso —contesté haciéndome la molesta, aunque no pude evitar reírme, también—. ¿Entonces no sales con nadie? —insistí.

—Lo que se dice salir, no, no quiero una relación seria, se pasa mal.

Lo miré de reojo, por su rostro apostaba a que le había sucedido algo. No pregunté, sabía que, de hacerlo, me iba a decir que me metiese en mis asuntos. O a soltarme alguna de sus paridas. Allá él, no era problema mío.

—¿Tenemos que ir todo el tiempo, abrazados?, ¿no podemos ir de la mano? Me sudan hasta las gomas de las bragas.

—¡De verdad! —Me soltó quejándose. Colocó mi palma junto a la suya, entrelazando los

dedos—. Qué fina eres.

—¡Hace calor!

—Vamos a sentarnos en una terraza y nos tomamos algo. —Me dirigió a una que tenía un toldo rojo y nos acomodamos en una de las mesas—. ¿Qué quieres beber?

—Limonada muy fría.

Llegó el camarero y Hugo se encargó de pedir. Nos habíamos sentado uno frente al otro.

—¿De qué podemos hablar? —pregunté—. Es para no estar todo el tiempo callados.

Se encogió de hombros.

—¿Sara y tú os conocéis del internado?

—Y Liber. Ella llegó más tarde que nosotras, Sara entró siendo un bebé y yo, con seis años más o menos.

—¿Sabes algo de tu familia?

—No tengo. De mis padres no me acuerdo. Sé que había una tía que fue quien me dejó allí. Nunca supe nada más de ella y tampoco me ha importado. Mi familia es Sara y las monjas que me cuidaron, aunque a esas hay que echarles de comer aparte.

—¿Eran malas?

—No. —Sacudí la cabeza—. Siempre se han portado bien conmigo, solo que yo era muy revoltosa. No podía parar quieta en ningún lado y mis ideas no es que fueran brillantes. Las hice rabiar mucho. —Al recordarlo, sonreí—. Demasiada paciencia tuvieron conmigo.

—Vaya, no puedo imaginar lo que es vivir en un sitio así.

—Como es lo único que he conocido, pues no tengo nada con lo que comparar. Deseaba como loca salir de allí y hacer lo que quisiera sin que nadie me vigilara, pero a veces... —Hice una pausa, invadida por la nostalgia. Últimamente me pasaba mucho—. Me gustaría estar allí otra vez. Parece una tontería, pero lo echo de menos.

Hugo me miraba fijamente, pero en cuanto nuestros ojos se cruzaron, los apartó.

El camarero nos sirvió las bebidas y unas patatas fritas.

—Espera. —Coloqué los vasos y el aperitivo juntos—. Voy a sacarle una foto para subirlo a las redes.

Él se apartó del encuadre y tomé una imagen. Pensaba escribir: «Pasando una tarde con mi novio»

—¿No te cansas de publicar tu vida?

—Me gusta. ¿Por qué te dedicas a las reformas?, ¿tu familia también se dedica a esto?

—No, lo hago porque siempre me ha gustado mejorar los sitios y cambiar cosas viejas por nuevas. Hubiera preferido ser arquitecto, pero no era un buen estudiante. Al principio me hice un grado en diseño de interiores y lo uní con la albañilería.

—¿Has hecho muchas cosas en tu casa?

—He querido hacerlo. —Negó con la cabeza—. Me falta tiempo para ello.

Por inercia, mis ojos se desviaron hacia alguien que había detrás de él, al otro lado de la

carretera. Sentí un escalofrío que me apretaba la nuca. Hugo estaba a punto de volverse para seguir mi mirada, pero alargué el brazo sobre la mesa, deteniéndolo.

—No te gires ahora, hay alguien que nos observa y no quita la vista de nosotros.

—¿Dónde está?

—Al lado del quiosco de prensa.

Él estiró su brazo y con los dedos sujetó mi barbilla. Al principio me descolocó su actitud, pero al moverme la cara con suavidad, descubrí que trataba de observar en el reflejo de mis gafas.

Para ser un albañil, tenía las manos bastante suaves.

—Puede ser él —me dijo—. Finge que me estás tomando una foto y asegúrate de que lo sacas. Con manos temblorosas, le obedecí.

—Ya está.

—Ahora, levántate, inclínate hacia mí y me das un beso.

Tragué saliva.

—¿Por qué tengo que besarte yo a ti? Puedes besarme tú a mí.

—Paula, es tu acosador, no es el mío. Bastante hago con que estoy aquí, ¿no?

Hugo sonrió con sorna, provocándome. Sé que pensaba que no me atrevía a hacerlo, y la verdad es que me costaba. ¿Qué podía pasar por un beso? Suspiré y me puse en pie.

—Mírame a mí —me dijo—. No lo mires a él.

—¿Cómo sabes dónde tengo los ojos, si llevo las gafas?

—No son tan oscuras y puedo verlos.

Volví a soltar un suspiro, esta vez agitado, no sabía si tenía miedo del tipo que nos vigilaba o de besar a Hugo.

—Vamos, no te voy a morder.

—Para ti es fácil —murmuré acercando mi cara a la suya.

Antes de que nuestros labios se juntasen Hugo me subió las gafas y las colocó sobre mi cabeza en forma de diadema.

Fruncí el ceño.

—No quiero que me hagas daño. —Con su mano puesta sobre mi nuca, me empujó hacia él hasta que las bocas quedaron unidas.

En el instante de tocar sus labios, me olvidé del acosador y de todo. Hugo olía muy bien y también sabía muy bien. Su boca era cálida, aterciopelada. No supe lo que él hacía, pero su lengua se abrió paso y tocó la mía. Sufrí una especie de descarga eléctrica. Yo no sabía besar y no sabía si yo también tenía que acariciarle a él con la lengua o debía dejarle espacio para que recorriera todo.

Hugo se apartó un poco y clavó sus ojos en los míos.

—¿Sigue estando ahí?

Estaba confundida por lo agradable que había sido el beso. Enseguida recordé por qué lo

habíamos hecho y busqué al hombre con disimulo.

—No lo veo, creo que se ha marchado.

Hugo me soltó, cogió su vaso de cerveza y le dio un sorbo.

Nerviosa, regresé a mi sitio y me puse las gafas de nuevo, como si se trataran de un escudo. Era la primera vez que besaba a un hombre y, aunque había visto películas y escenas, no imaginaba que fuese así, que el contacto fuera tan profundo.

Miré a Hugo tratando de averiguar qué había sentido él. Mi corazón latía con prisa y me sentía avergonzada. Él, en cambio, seguía bebiendo tan tranquilo como si no hubiera pasado nada. Apostaba a que había dado muchos besos y estaba acostumbrado.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Te has quedado sin palabras?

—Pues sí —admití. No sabía qué decir ni qué pensar. Tenía que fingir que me no me había alterado, aunque en el fondo me había gustado mucho. Estaba más nerviosa que cuando había salido de casa con él. Miré a mi alrededor—. ¿Crees que era él?

—Puede ser. —Con el mentón señaló mi teléfono que estaba sobre la mesa—. Ahora tenemos su imagen, si lo volvemos a ver cerca de nosotros, sabremos que sí.

Tenía razón. Busqué la fotografía y la amplié. Era un chico joven, de no más de veinticinco años, que vestía un pantalón vaquero, deportivas y una camiseta negra. Era fuerte, aunque no obeso. Tenía el pelo castaño peinado con la raya en medio. No era feo, pero tampoco era guapo.

Se lo enseñé a Hugo y él lo observó durante largos segundos, me devolvió el teléfono.

—Recórtame a mí y así lo tienes más cerca.

—Eso pensaba hacer. —Hugo salía en primer plano y no miraba a la cámara. Guardé el móvil en el bolso—. Luego lo hago, cuando llegue a casa.

Capítulo 9

Si el acosador de Paula era el tipo que ella había fotografiado, no parecía muy peligroso. Por su aspecto tenía pinta de ir a un gimnasio. No era muy alto y poseía cara de bobo.

Hugo no estaba muy seguro de que realmente fuese él. Paula salía en muchas aplicaciones y podía ser alguien que la reconocía. Aun así, se había quedado con su cara y debían andar con pies de plomo.

Pagó la consumición a pesar de que ella protestó.

—Encima de que me estás haciendo un favor, por lo menos deja yo que colabore con algo —le dijo.

—Me has besado, de modo que estamos en paz.

Ella sacudió la cabeza.

—No quería hacerlo, han sido las circunstancias. De haberlo pensado mejor, te habría mordido en la lengua.

—Menos mal que no. —Conociéndola, ella habría sido muy capaz de hacerlo—. Tendré cuidado la próxima vez.

—Espero que no haya próxima vez y que sea ese hombre el que me amenaza. Si es él, ¿qué hago? ¿Llevo la imagen a la policía?

—Sí, pero primero necesitamos confirmar que lo sea. No se puede ir acusando a la gente sin pruebas. Ahora tendrías que fijarte bien si lo ves en otros sitios y procurar no acercarte.

La acompañó hasta su casa y él se fue a la suya. Estaba satisfecho porque, aunque no quería tener nada que ver con ella, se había llevado un beso de regalo. Un beso bastante agradable. No había esperado eso de Paula, y estaba seguro de que al día siguiente ella ni se acordaría.

Hugo también pensaba olvidarlo y no darle importancia. No quería que las cosas cambiaran entre ellos, o sea, se llevaban mal y deseaba que siguiesen así. Paula era una estúpida y cuando se le pasara el miedo continuaría siendo una estúpida, igual que siempre.

Hugo llegó a casa, se dio una ducha y se hizo algo de cenar. Después empezó a mirar la tele y, tras hacer zapping un rato, la apagó. Estaba tan cansado que no podía concentrarse en nada. Además, no sabía por qué no podía quitarse ese beso de la cabeza. Había estado tan seguro de

que ella iba a replicar y no iba a hacerlo que le había dejado sorprendido.

Recordó a Cristina. La chica que fue su primer amor. Se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no pensaba en ella y creía que en ese momento lo hacía porque Paula le había preguntado si salía con alguien.

Cristina había sido muy especial. Al principio ella había querido que siguieran viéndose como amigos, pero era duro escuchar su voz, leer sus mensajes, verla, sabiendo que no lo quería como hombre.

Quiso olvidarla, y lo más fácil para Hugo fue odiarla. La imaginaba riéndose de él en brazos de un nuevo amante. Compartiendo con otras personas sus secretos, sus temores, sus dudas. Por suerte, Hugo tuvo gente a su alrededor apoyándole. Gente que le escuchaba y que le hacía salir de casa para no tener que pensar en ella.

Cristina volvió a buscarle un par de meses después, llorando, arrepentida por lo que había hecho, y él estuvo a punto de sucumbir. Seguía amándola una barbaridad, pero tampoco quiso volver a pasar por lo mismo por mucho que le dijese que no iba a dejarle nunca. Aunque su corazón había deseado creerla, su cabeza le advirtió que no confiase. Una segunda ruptura iba a ser mucho peor que la primera. Y si en la primera había tenido que acudir a un psicólogo y tomar pastillas para la ansiedad y para dormir, en la siguiente solo le quedaba suicidarse por no poder vivir sin ella.

En aquella ocasión Hugo se había hecho el fuerte. Ni siquiera supo de dónde había sacado la valentía para responderle que no iban a volver.

Le dio mucha pena verla suplicar declarando que se había confundido. En su interior, Hugo aquel día lloraba también e impedía que las lágrimas alcanzan sus ojos. Solo había sido capaz de pensar en que ya se había hecho a la idea de que todo lo que habían planeado juntos era algo del pasado que nunca se iba a cumplir. Y no se cumplió.

Evitó volver a encontrarse con Cristina. No quería saber nada de lo que hacía, ni saber si todavía pensaba en él, ni si había encontrado otro nuevo amor. La borró de su vida. Y aunque en algunas ocasiones no había podido evitar recordarla, ya no le dolía tanto. Ya no le dolía en absoluto.

Después de aquello no volvió a enamorarse nunca más. Tenía amigas con las que se enrollaba de vez en cuando. Pocas veces eran las mismas y con ninguna compartía sus sentimientos. Se había vuelto muy cauto. Ni siquiera Samuel, al que consideraba su mejor amigo, lo sabía. Todo aquello había quedado atrás y había sido un capítulo pasado de su vida que no le gustaba compartir.

Esa noche tardó en quedarse dormido con la sensación de que algo que había muerto en su interior estaba despertando, y no le gustaba nada.

Esa mañana me desperté por unos gritos y no por los golpes de martillo de los últimos días.

—¿Qué pasa? —le pregunté a Sara que estaba desayunando en la isla.

—No lo sé, pero Hugo está muy cabreado.

—Él nació cabreado.

—Anda, no digas eso que te está ayudando.

—Una cosa no tiene que ver con la otra, además, que tampoco le va a pasar nada por hacer algo bueno. El que sale ganando es él. Ayer me manoseó y me besó.

—Caminar agarrados no es lo que tú dices, aunque yo le hubiera dado solo la mano, y lo del beso, imagino que es para hacer más creíble la historia. Pero tú ya habías besado alguna vez. ¿No?

—No.

—¿Dijiste que sí, incluso animaste a Liber a que le hiciera eso a Samuel cuando eran novios!

—¿A chupársela? —Sara asintió—. Es lo que se suele hacer. Eso no significa que yo lo haya hecho, solo le di un consejo.

—Pero dijiste...

—Nunca que haya estado con alguien, entiendo de sexo, pero no porque lo haya probado.

Me miraba como si no me creyera.

—¿Has estado dándonos consejos sobre este tema cuando tú no has hecho nada? —Afirmé con la cabeza—. ¡Ya te vale, Paula!

—A Liber no le fue tan mal, y eso que ella era de las de «virgen hasta el altar».

—¿Y tú?

—Yo no, pero de momento tampoco me interesa nadie. —Hugo apareció en mi mente y lo aparté al instante—. Mucho menos ahora con lo del acosador y todo esto.

—¿No lo puedo creer! —exclamó—. ¿Hugo es el primer hombre al que besas?

—Sí, pero que esto no salga de aquí, no quiero que se vaya chuleando por ahí.

Se echó a reír en mi cara.

—¡Estás es como una cabra, tía! Te besas con la persona que peor te cae del mundo.

—No me lo recuerdes. Además, Hugo no me cae tan mal, soy yo la que no le caigo bien a él.

Me sobresalté al escuchar otro estallido de cólera en casa de los vecinos.

Sara se levantó de la banqueta.

—Voy a mirar por la mirilla, a ver si logro...

—No mires tú, que ya miro yo —dije adelantándome a ella con rapidez.

Enfrente tenían la puerta abierta, sin embargo, no había nadie a la vista.

—¡He dicho que la tubería está torcida y que no podemos cerrar todavía! ¿Esta mañana estoy hablando con las paredes o qué? ¡Volved a picar otra vez!

De repente, Hugo apareció en mi radar y dejé de respirar. Estaba tan enfadado que hasta yo misma sabía que aquel no era el momento ni de saludarlo.

Sara me agarró del brazo, haciendo que me volviese hacia ella, esperaba que le contase lo que

estaba pasando, me encogí de hombros.

—No sé, no puedo verlo bien, dice algo de unas tuberías. —Volví a la mirilla en el preciso instante en el que Hugo miraba. Di varios pasos atrás arrastrando a Sara.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Creo que me ha visto —susurré.

—¿Cómo te va a ver a través de la puerta?

Las dos brincamos al sentir el timbre y guardamos silencio.

—Yo no voy a abrir. —Enfilé directa al salón.

Sara tardó en ir a ver qué era lo que Hugo quería y guardé silencio para poder escuchar, pero solo oía murmullos ininteligibles.

—¿Qué te ha dicho? —Quise saber nada más ella regresó.

—Me ha preguntado que si has vuelto a saber algo de ese tipo. Le he dicho que te acabas de levantar y que aún no te ha dado tiempo a mirar el teléfono, ni a conversar conmigo.

—Ah, vale. ¿De su mosqueo no te ha dicho nada?

—No, ni le he preguntado.

Me puse el desayuno y, después de echarme azúcar en el café, cogí el teléfono para ponerme al día con las redes sociales y contestar comentarios. Muchos de mis seguidores me felicitaron por pasar la tarde con mi novio. No había ningún mensaje del acosador y me sentí más tranquila.

—¿Qué tienes pensado hacer hoy? —inquirió Sara regresando a su sitio en la isla.

—Me han invitado a una inauguración de una tienda de complementos. Liber va a venir conmigo para grabar, podrías acompañarnos tú también. Tienen cosas bastante chulas, y así me preparas un guion para hacer un directo más tarde.

—Vale, no tengo nada que hacer.

—¿Has enviado ya tu manuscrito a la editorial?

—No he tenido tiempo —negó.

Esperé a que me contase una excusa creíble de por qué no lo había hecho; que yo supiera, tiempo había tenido de sobra. Como guardaba silencio, proseguí:

—Esta semana tengo que ir a correos. Prepáramelo y yo te lo mando.

—Lo que ocurre es que lo he vuelto a leer y no es lo suficientemente bueno.

Imaginaba que se trataba de algo así.

—Esto es mejor que te lo diga un profesional, ¿qué puede pasar si te lo rechazan? —Al ver que ella no contestaba, respondí yo misma—. Nada, seguirás escribiendo igual y yo te ayudaré a autopublicarlo.

—No quiero enviar una mierda.

—Una vez leí una frase de un señor muy famoso, Winston Churchill, que decía: «El éxito es pasar de un fracaso a otro sin perder el entusiasmo».

Me miró pestañeando con sorpresa.

—¿Desde cuándo lees tú esas cosas?

—Seguramente, algún día haciendo el tonto con el móvil. Las frases que me gustan se me quedan en la cabeza. De todas formas, no me cambies de conversación y prepáralo.

No vi a Sara muy convencida, pero yo estaba empeñada en darle el empujoncito que le faltaba.

Capítulo 10

Más tarde, volvieron a llamar a la puerta y Sara fue a abrir. Se trataba de un paquete que venía a mi nombre.

—No espero nada, al menos no me han avisado de que me mandaban algo.

Era una caja mediana que mi amiga puso sobre la mesa pequeña. Me acerqué con curiosidad a ver qué era lo que contenía. No encontraba remitente y empecé a sospechar que la persona que lo enviaba podía ser el acosador.

Retiré la cinta adhesiva y abrí las solapas. Metido entre un montón de papeles de periódicos había un cojín rojo con el diseño de mi cara.

Sara formó con los labios una mueca de incredulidad.

—Es un poco... horroroso.

—Más feo que un ojo sin pestañas. —De forma automática, me toqué el mío por si acaso ya me había crecido algo. Todavía no tenía nada.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Guardarlo y, en cuanto pasen unos días, quemarlo. ¿Para qué quiero eso?

Sara agitó la cabeza.

—Te mandan cada cosa más extraña...

Cerré la caja y la llevé a mi dormitorio. Por el momento la dejé en el suelo, a los pies de una silla, hasta que pudiera deshacerme de ella. Si al menos hubiera salido agraciada en la imagen, me habría parecido divertido. Sin embargo, era como si alguien hubiera tomado una captura de alguno de mis vídeos y me hubiera pillado con la boca abierta.

Tal vez estaba pensando mal y me lo enviaba una persona que hacía cojines personalizados para que los publicitara. Si era así, le tenía que decir que me mandara otro donde saliera más favorecida y que no estuviera tan sucio, porque ese tenía unas manchas blancas sobre mi cara, como si se hubiera derramado parte de yogur natural. Pensé que la gente no tenía cuidado con nada.

Liber apareció un poco antes de que estuviéramos listas y nos tuvo que esperar. Para entretenerla, le hablé del horrible cojín y ella se empeñó en verlo.

—Qué asco. Esto no parece yogur —dijo muy seria, arrugando la nariz—. Tiene pinta de ser mocos. —Lo soltó rápido en la caja—. Esto es otra cosa.

—¿El qué?

—Espera.

Salió de mi dormitorio. Me daba envidia la elegancia con la que caminaba, se notaba a la legua que era bailarina.

Al cabo de un rato volvió seguida de Hugo que, sin mirarme, directamente fue a ver el cojín que Liber le mostraba. Él no lo tocó y afirmó con la cabeza.

—¿Qué es? —insistí, intrigada. ¿Podía ser alguna sustancia que sirviera para drogar a las personas si apoyaban la cabeza sobre el cojín?

—Es semen. Alguien se ha corrido encima.

Estupefacta, ahogué una exclamación. El corazón me retumbaba en el pecho y creía que iba a desmayarme.

—Hay que llevarlo a la policía —sentenció Libertad.

Confundida, la miré.

—Ahora no tenemos tiempo, luego cuando vengamos...

—Si no tienes tiempo, te lo buscas. —Hugo seguía enfadado y lo pagaba conmigo—. Esto es algo demasiado serio e importante. Si no se pone remedio ahora, puede pasar algo muy grave.

Había escuchado las noticias y la verdad es que daban mucho miedo. Estaban pasando infinidad de cosas malas últimamente. Liber debió de notar que me había puesto en modo pánico en ese momento y respondió:

—Tampoco hay que asustarla.

—No pretendo hacerlo, solo quiero que se dé cuenta. —Hugo me miró. Sus ojos oscuros se hallaban fríos como glaciares—. No deberías aceptar ningún paquete de nadie, si no sabes quién te lo manda.

Intenté defenderme.

—Yo creía que...

—¡Si no te pone quién es o de dónde viene, lo rechazas!

Me estaba dando una orden y a mí no me gustaba que nadie me mandara. Pensaba en contestarle que yo hacía lo que me daba la gana, pero me mordí la lengua porque sabía que llevaba razón y que Liber estaba apoyando cada una de sus palabras.

—De acuerdo, lo llevo a la comisaría. Seguro que va a ser una pérdida de tiempo.

—Eso que están haciendo es acoso. Acoso de carácter sexual —afirmó Hugo.

Continuaba hablándome mal, como si yo fuera gilipollas y no entendiera.

—Oye, no te enojés conmigo, que no tengo la culpa de que alguien me persiga.

Él pareció pensar en mis palabras y, sin dejar de taladrarme con la vista, sacudió la cabeza y fue hacia la puerta.

—Me cambio y vengo enseguida, te acompaño a comisaría.

No me dio tiempo a replicar, aunque tampoco pretendía hacerlo. Me iba a sentir más segura si él me acompañaba.

Liber me tocó el hombro con suavidad.

—¿Quieres que vayamos nosotras también?

—No, prefiero que acudáis a la inauguración. Espero que no tardemos mucho.

Ella me envolvió en sus brazos.

—Verás como todo se soluciona rápido.

Traté de fingir que no sentía miedo.

—No hay más que imbéciles por el mundo, y a mí me ha tocado el mayor de todos, ojalá lo atropellase un tren o le cayera un misil.

Hugo no estaba teniendo un día bueno, apenas había podido dormir esa noche y se encontraba muy cansado. Para colmo, había faltado uno de los fontaneros y el compañero había colocado la tubería torcida. A eso tenía que sumarle el paquete que le habían entregado a Paula.

Con ella no estaba enfadado, aunque pareciese eso al hablarle. Lo que sucedía era que, a sus empleados, de una manera u otra, podía controlarlos. Sin embargo, al payaso que se había obsesionado con Paula, era más difícil, sobre todo cuando ni siquiera tenía claro que se tratara del tipo que ella había fotografiado.

Salió al rellano de la escalera donde ella ya lo esperaba con la caja en las manos. Era una mujer muy terca, aun así, vio por la manera de apretar los dientes y la tensión de su mandíbula, que estaba aterrada. No podía ver sus ojos, ya que los llevaba protegidos tras las gafas de sol.

Le quitó la caja de las manos y cargó con ella.

—Gracias —le dijo Paula arrastrando las palabras—. Sé que hoy estoy interrumpiendo tu trabajo.

Él comenzaba a asombrarse de lo deprisa que pasaba de mostrarse altanera a actuar de forma dócil y sumisa, y al contrario.

—No tienes que dármelas, solo espero que no nos entretengamos mucho.

—Y yo, no puedo estar perdiendo el tiempo de esta manera. Voy a pedir un taxi.

—No lo hagas. Hoy me he traído el coche.

Hugo maldijo en silencio. Había olvidado por unos minutos que no había podido traer el suyo porque lo tenía en el taller y su hermana, durante unos días, le había prestado el que usaba ella, y no se sentía orgulloso de conducirlo.

Salieron a la calle y, con la cabeza, señaló la dirección donde lo tenía aparcado. Comparado con lo que estaba acostumbrado a llevar, el de su hermana era un minúsculo utilitario de un color azul eléctrico.

Paula caminaba a su lado y, de repente, aligeró el paso y se dirigió a uno de los que estaban

junto a la acera. Se detuvo al lado de un monovolumen negro y lo esperó con los brazos cruzados.

El coche estaba muy bien, era una máquina impresionante. A Hugo le habría gustado que fuese de él. Seguro que a ella le habría impresionado, aunque fuera incapaz de decírselo. Qué pena que Paula tuviese las gafas puestas. Pues él sabía que iba a perderse el chasco que se iba a llevar cuando le abriese la puerta del Fiat que había detrás.

Pasó junto a ella y continuó andando un poco más.

—¿Por qué te paras ahí? —preguntó sin mirarla. Abrió el Fiat con el mando y metió la caja en el asiento trasero. Era demasiado pequeño para él y estuvo a punto de darse con la cabeza en el techo.

Ella se espabiló y se acercó con paso lento.

—¿Este es tu coche?

—¿No te gusta?

—Te queda un poco... chiquitito.

—Es más fácil de aparcar.

No tenía que darle ninguna clase de explicación. Se subió frente al volante y acomodó las piernas. Esa mañana había tenido que echar todo el asiento hacia atrás para poder ir más o menos cómodo.

Ella soltó una carcajada suave.

—Casi tocas con la cabeza en el techo. Será por eso por lo que, siempre que te veo, estás despeinado.

La miró de soslayo, pasándose una mano sobre el pelo para arrastrar los mechones hacia atrás.

—Puede ser, pero yo no me quito las pestañas.

A Hugo le había molestado que insinuara que nunca se peinaba porque era mentira. Era posible que no estuviera todo el tiempo retocándose como Julián y Quique, pero todas las mañanas, después de ducharse, se pasaba un cepillo.

—No pienso volver a repetir que fue un accidente. De todos modos, gracias por recordarme lo desagradable que eres cuando quieres.

Quiso decirle que había sido ella la que había empezado, pero se encogió de hombros.

—De nada.

—Si estás enfadado, no lo pagues conmigo —le dijo, cerrando la puerta.

Paula tiró hacia abajo del cinturón de seguridad, pero se había quedado enganchado y no podía. Él la ayudó, ya que veía que lo hacía con tanta fuerza que podría romperlo.

Al principio tampoco pudo y se inclinó sobre ella para ver por qué no bajaba. Al hacerlo, su cara se colocó a pocos centímetros de la de Paula. Un aroma fresco inundó sus fosas nasales. Oía muy bien. De pronto se dio cuenta de que ella había dejado de respirar.

—¿Te pongo nerviosa?

— No —respondió rápido. Su aliento golpeó la cara masculina.

Con disimulo, Hugo deslizó los ojos sobre sus labios y recordó el beso del día anterior deseando que volviera a suceder de nuevo. Estaba seguro de que él lo iba a disfrutar mucho más ese día y no estaría pensando en el tipo que había tenido detrás de ellos todo el tiempo.

Ella parecía impacientarse y se empezó a remover en el asiento. El cinturón se aflojó y al final él pudo bajarlo.

No tardaron mucho en llegar a comisaría. Había bastante gente y les hicieron esperar. Se sentaron juntos, en silencio casi todo el tiempo, mirando a la gente que iba y venía. Muy cerca había dos jovencitas que no les quitaban la vista de encima y tampoco paraban de murmurar entre ellas. Una se levantó y se acercó:

—¿Eres Paula? ¿La *instagramer*?

Paula las miró por encima de sus gafas de sol, asintió y de pronto la otra chica comenzó a decirle que era su fan y que la veía todos los días. La joven que continuaba sentada se levantó también y las tres se pusieron a charlar.

A Hugo no le interesaba lo que decían, pero no podía evitar escucharlas.

—¿Él es tu novio? —preguntó una.

Paula tardó unos segundos en responder.

—Sí, es Hugo, mi chico. No se deja convencer para salir en algunos de mis vídeos.

—¿Por qué? —Las fans lo miraron curiosas.

—Prefiero proteger mi identidad —contestó el obligándose a sonreírlas.

—¿Podemos hacernos un *selfie* con vosotros?

Sin remedio y por educación, Hugo se levantó y sacudió la cabeza.

—Yo os hago la foto —les dijo sin darles opción. Una de ellas le entregó su móvil preparado. Las tres se juntaron y posaron con una sonrisa—. ¿No te quitas las gafas, Paula, amor?

Ella le dedicó una mueca y negó con la cabeza.

—Cariño, sabes que tengo conjuntivitis. Saldría horrible.

—¿Tú, horrible? —Se mofó—. Eso es imposible. Eres la reina de las cámaras.

A pesar de los cristales oscuros, sabía que ella le estaba lanzando afiladas dagas con la vista. Sonrió y disparó varias veces. Le entregó el móvil a su dueña, que rápidamente observó las fotografías.

—No olvidéis etiquetarme —les recordó Paula—. Yo prometo enviaros un saludo.

Las chicas les preguntaron qué estaban haciendo allí pero, por suerte, un agente salió a llamarlos y se despidieron.

La policía buscó la denuncia de Paula y se quedaron con la caja. No tardaron mucho en despacharles, pues no parecía que se estuvieran tomando muy en serio aquel asunto. Hugo salió un poco decepcionado.

—No va a servir de nada —repitió ella.

—Supongo que en el laboratorio podrán analizar el semen. —Quiso animarla un poco.

—¿Y con qué lo van a comparar? ¿Con muestras de violadores?

—No lo sé, yo también lo veo difícil, pero vamos a dejar que trabajen ellos. De momento, no salgas sola a ningún sitio.

—Le diré a Sara que me acompañe siempre.

—Yo iré contigo cuando no esté ocupado.

Ella suspiró hondo.

—Gracias —contestó con voz temblorosa.

Capítulo 11

La tienda tenía gente dentro y en los alrededores. En las puertas de doble hoja hacían fila para pasar.

Hugo había querido saber si Paula estaba segura de querer entrar y ella había respondido afirmativamente.

—No puedo dejar de hacer mi trabajo por culpa de ese obseso. El alquiler y la comida sale de todo esto.

Él la tomó de la mano y la guio hacia la entrada, al tiempo que buscaba entre los rostros la cara del tipo de la fotografía.

—¡Paula!, ¡Paula! —Una mujer de traje de falda y chaqueta se abrió paso hasta ellos. Parte de los que esperaban se volvieron a mirarlos—. Pasad por aquí, por favor.

—Ya te puedes marchar, Hugo. Líber y Sara estarán dentro.

—Sí, ellas están aquí —afirmó la recién llegada, besando las mejillas de Paula—. ¡Qué alegría que hayas podido venir! Él puede quedarse, si quiere.

—Lo que ocurre es que mi novio está muy ocupado y yo le he quitado mucho tiempo hoy.

—Me quedo —soltó Hugo de sopetón, desafiándola. Quedaba poco para terminar la jornada en el piso y, mientras llegaba y aparcaba, sus empleados ya se habrían ido.

—Es posible que te aburras. —Paula lo miraba atenta.

—¡No, por Dios! ¿Cómo se va a aburrir? —La mujer pareció ofenderse un poco.

No era para menos, pues era la dueña de la tienda, según le dijo a Hugo un poco más tarde. La joven se encogió de hombros, elevó el mentón y pasó a interior del local tirando ligeramente de él, como si se hubiera olvidado de que iban de la mano. Una vez en el interior se acercaron otras personas a saludarla y ella lo presentó como su novio.

Hugo se alejó un poco de todos fingiendo mirar los productos expuestos. En realidad, no apartaba su atención de Paula y de los que la rodeaban. Le sorprendía la manera tan natural que tenía ella para desenvolverse y cómo la gran mayoría revoloteaba a su lado mostrándole objetos o, simplemente, charlando.

Sara se encontraba observando un marco de fotos cuando le descubrió.

—¡Has venido!

—Quería saber un poco más del mundo en el que se mueve Paula. ¿Siempre tiene tanta gente a su lado?

—En los eventos y en situaciones como ahora, sí.

—Yo pensaba que a estas cosas no venían tantos hombres. —Más teniendo en cuenta que aquella tienda poseía muchos toques femeninos; carteras y bolsos de mujeres. Pañuelos y guantes. Sombreros, figuritas de cristal y porcelana. Y las típicas tarjetas de «a la mejor madre, amiga, hermana, novia...»

—No me seas machista, Hugo.

—Te prometo que no lo soy. —Cogió una diminuta caja de música en forma de corazón—. Toma, te la regalo. ¿En qué color la quieres? ¿Celeste o Rosa?

Sara sonrió.

—Deberías comprársela a Paula.

—¿Por qué? —Buscó a la *influencer* con la mirada—. Seguro que ella tiene de todo, además... —Bajó la voz—. Tampoco le va a sentar mal que te lo regale a ti, después de todo, no estamos saliendo en serio y no quiero que se haga falsas ilusiones.

—Por favor, Paula no se ilusionaría contigo. Vamos, no lo haría con ningún hombre en este momento.

—¿Con ninguno? —preguntó irónico.

—Mírala. —Ambos contemplaron a la joven morena que hablaba delante de la cámara de Libertad, exponiendo los objetos que veía—. Es feliz así, solo necesita un móvil.

—Y un guardaespaldas —murmuró él, volviendo la vista hacia la caja de música—. Ten.

Sara aceptó su regalo con una sonrisa agradecida.

La dueña de la tienda se les acercó con un par de copas de vino blanco y les entregó una a cada uno.

—¿Qué os parece el local? —Quiso saber, con los ojos clavados en él.

Fue Sara quien respondió:

—Es muy bonito, seguro que tienes mucho éxito.

—Eso es lo que más deseo.

—Me tienes que cobrar esa caja. —Hugo señaló a las manos de Sara con un gesto de cabeza.

—No te preocupes, tómallo como un obsequio —expresó de un modo tan seductor que ni Sara ni él lo pasaron por alto.

—No puedo aceptarlo porque soy yo quien va a regalarlo. —Su tono de voz, aunque amable, no dejó de llevar un matiz seco.

—Como quieras, pásate luego por caja, que te haga un descuento, a eso no puedes negarte. Permíteme que te enseñe algunas cosas. —Enganchó el brazo en el que Hugo no sostenía su bebida y empezó a llevarle por el local.

Sara, sintiéndose desplazada, se apartó de ellos y siguió admirando otros objetos. No entendía

por qué Paula y él se llevaban tan mal cuando Hugo era tan buena persona, además de guapo. A las pruebas se remitía, viendo cómo la dueña de la tienda tonteaba con él aun sabiendo que Paula lo había presentado como su novio.

Quiso sacarse esos pensamientos de la cabeza, pero dado que ya había pasado varias veces por los mismos sitios contemplando las mismas cosas, le resultó difícil. El flash de la cámara de Libertad llamó su atención. Paula ya no era el centro de su objetivo, sino ella.

—¿Has dejado de grabar?

—Sí, nuestra famosa ha ido a ver qué le cuenta esa mujer a Hugo.

Sara los descubrió cerca de dos dependientas que atendían detrás del mostrador. La dueña había soltado a Hugo para hablar con otra persona.

—¿Has visto algo que te guste? —le preguntó Paula a Hugo, arrebatándole la copa de vino de la mano para beberla ella de un trago.

—Pudiera ser —respondió él—. ¿Por qué has hecho eso?

Paula dejó la pieza de cristal en cualquier lado y lo cogió del brazo, igual que había hecho antes la otra mujer.

—Debes conducir y es mi vida y la de mis amigas lo que está en tus manos.

Hugo, resignado, levantó la vista al techo dejando los ojos en blanco por unos segundos.

—¿Nos vamos ya? —Volvió a mirarla, no pudiendo evitar la tensión de su mandíbula. No soportaba cuando Paula se volvía tan borde con él.

—Un poco más, amor. ¿No me digas que he interrumpido algo con... esa?

—¿Celosa?

—En absoluto, pero no me gusta que prestes atención a otras cuando se supone que estamos enamorados.

Hugo frunció el ceño.

—¡Estás celosa!

—¡Que no! Solo pretendo que no me dejes en ridículo.

Él aceptó su explicación. Lo cierto es que la llegada de Paula le había causado un gran alivio, ya que la dueña no dejaba de insinuársele y, aunque él no hacía ascos a ninguna, no estaba allí para eso.

—Hugo, se te queda en cinco con cincuenta. —La mujer extendió la mano hacia él.

—Sí, ahora mismo —contestó queriendo sacar su cartera del bolsillo. Una tarea complicada cuando Paula no lo soltaba.

—¿Que has comprado?

—Una cosa, ¿me podrías devolver el brazo?

Ella accedió hasta que sacó la cartera y la tarjeta, tras devolvérsela la dueña y guardarlo de

nuevo, Paula volvió a apoderarse de él, esta vez cogiendo su mano.

—Dime qué has comprado —insistió, observándolo de arriba abajo, tratando de descubrir si lo llevaba encima.

—Le he hecho un regalo a Sara.

Paula enmudeció unos segundos, pero rápidamente se recompuso.

—Espero que sea algo bonito.

—Ya te lo enseñaré luego. —Hugo la acercó a él rodeando su cintura hasta que sus cuerpos quedaron aplastados por completo—. ¿Has visto al hombre de ayer por aquí?

Ella se estremeció y comenzó a respirar rápido.

—No. —Tragó saliva—. ¿Lo has visto tú? ¿Y por qué me aprietas tanto? Me estás comprimiendo las tetas.

Hugo pestañeó con sorpresa; echándose a reír aflojó el abrazo, sin soltarla.

—Tu sinceridad me lleva por la calle de la amargura.

Paula sonrió de medio lado.

—Creo que estás aprovechándote de la situación.

—Algo tendré que ganarme. ¿Otro beso, tal vez?

Ella comprimió los labios.

—No —contestó alargando la vocal durante unos segundos—. Los que nos están viendo así, ya adivinan que estamos juntos, y los que no, pensarán que me estás secuestrando. No hace falta que intercambiamos fluidos salivares.

Él soltó una carcajada.

—No estuvo tan mal y lo sabes, te dejé sin palabras.

—Lo que me dejó sin palabras fue que me metieras la lengua hasta la garganta.

—Puedes decir lo que quieras, pero no vas a engañarme.

—Qué subidito lo tienes, ¿no?

Divertido, Hugo torció el gesto.

—Exactamente, ¿a qué parte de mi anatomía te refieres? Porque si es en la que yo estoy pensando, todavía le queda un largo camino para ascender.

Ella lo miró extrañada al principio, y luego entendió sus palabras, provocando que sus mejillas se tiñeran de color.

—Eres un... —Apretó los dientes con rabia—. Apuesto a que la dueña de este sitio no tendría ningún problema con eso.

Él le guiñó un ojo.

—Ya te aseguro yo que no.

—Bueno, ¿vas a soltarme, o vamos a pasarnos todo el día pegaditos como lapas? —Hugo apartó las manos de ella y permitió que diese un paso hacia atrás—. Al final no me has contestado. ¿Tampoco has visto al sospechoso?

Él sacudió la cabeza con una sonrisa entre compasiva y burlona.

—No he visto a nadie que se le parezca, pero sí a muchos hombres que no han dejado de mirarte desde que hemos entrado. —Paula se sonrojó, lo que provocó en él un intenso ramalazo de deseo—. Voy a fumar un cigarro, avísame cuando nos tengamos que ir.

Satisfecha por el tono seco de la última frase de Hugo, ella lo persiguió con la vista, consciente de que lo había hecho enfadar a pesar de no entender bien por qué.

—¿Qué ha sido eso? —Libertad llegó a su lado—. Parecáis una pareja de verdad.

—Estábamos fingiendo.

—¿Por qué te desagrada tanto su compañía? Se ve que él está muy entregado a la causa.

Paula se mordió el labio, dubitativa. Susurró:

—No lo está. Hugo trataba de desembarazarse de las atenciones de la dueña de la tienda y me ha utilizado para ello.

—¿Te lo ha dicho él?

—No hacía falta que lo hiciese, he podido verlo en su cara.

Libertad sonrió sin creerla.

—O puede que tú no quisieras que recibiera esas atenciones y por eso te le has acercado haciendo que ambos se apartasen.

—Pues no me he dado cuenta.

Su voz había sonado incómoda y Libertad prefirió cambiar de tema. Era difícil luchar contra la terquedad de Paula.

—Ya he grabado todo, por mi parte he acabado mi trabajo. Por cierto, deberías quitarte las gafas de sol.

—He dicho que tengo los ojos mal.

—Intenta que te pongan unas pestañas postizas. Seguro que pueden hacer algo.

Paula asintió, aunque en ese momento estaba más atenta a la dueña, que también se dirigía hacia la salida. Gruñó furiosa.

—¡Vámonos, ya hemos terminado por hoy!

No sabía quién me ponía de peor humor, si la propietaria del local que había salido a compartir un cigarrillo con Hugo, o él por darle conversación.

Tenía que reconocer que esa mujer tenía el don del descaro. No había dejado de perseguir a mi supuesto novio desde que habíamos llegado y eso me había cabreado bastante. De hecho, creo que ella se dio cuenta cuando salí a buscar a Hugo para decirle que nos marchábamos. Por suerte me había pagado hacía un rato y no tenía nada que perder.

Sara y Libertad se estaban acomodando en la parte trasera del Fiat cuando le pregunté a Hugo:

—¿Te ha dado su teléfono?

—Una tarjeta.

—¿Vas a llamarla?

—No es asunto tuyo. —Se encogió de hombros—. Pero tranquila, no lo haré mientras dure nuestro noviazgo.

Para nada me consolaron sus palabras. Estaba celosa y esa sensación de proteger lo que era mío sacaba la peor parte de mí. Aunque, obviamente, Hugo no me pertenecía.

A mi enfado se le sumaba algo que no podía entender, él había regalado a Sara una preciosa caja de música, y yo me moría de la envidia.

—Ojalá no dure mucho —murmuré entrando en el coche.

—Parece que estamos de mal humor —comentó con burla.

—¡Pues sí! —respondí, quitándome por fin las gafas. Él ya me había visto sin ellas y me daba igual lo que pensase—. Esa tía quería liarse contigo delante de mis narices.

Sara y Libertad, que iban hablando algo, guardaron silencio para prestarnos atención.

—Que ella quisiera, no significa que yo también.

—Para lo cínico que te muestras algunas veces conmigo, podrías haberte puesto así con ella también.

—Ha sido amable —respondió poniendo el coche en movimiento—. En cambio, no puedo decir lo mismo de ti. ¡A ver si ahora no voy a poder hablar con ninguna mujer!

—Haz lo que quieras, tú siempre lo haces.

—¿Podemos dejar de discutir? Con Libertad y Sara no tenemos que continuar actuando.

Observé a mis amigas, ellas se miraban entre sí con una complicidad que me resultó ofensiva. Era como si, en verdad, creyeran que Hugo y yo nos llevábamos mal porque nos deseábamos.

¡Sí, joder! ¡Lo deseaba! Me atraía un montón y cada día que pasaba, más, pero él no sentía lo mismo; hiciese lo que hiciese, jamás llegaría a caerle bien, ni siquiera para ser simples amigos. Cabreada como una mona, respiré profundo y revisé el teléfono. Me llevé la mano a la frente, cerrando los ojos.

—Ese hombre ha estado aquí.

Con velocidad, Hugo me miró con sorpresa, sin apartar mucho tiempo la vista de la carretera. Le enseñé la pantalla del móvil. Era una fotografía en la que aparecía yo, entrando en la tienda, agarrando una mano que no tenía cuerpo.

—¡No sé por qué todo el mundo se empeña en recortarme! —se quejó—. ¿Te dice algo?

Afirmé con la cabeza y leí en voz alta:

—«Hoy estás tremenda.»

Hugo arqueó las cejas.

—No sé cómo te ha mirado, estás como un día...

De refilón, vi la mano de Libertad que golpeaba el hombro de él con fuerza.

—¡Ya es suficiente, los dos! Vais a hacer que nos duela la cabeza, ¡madre mía! Os metía juntos en las mazmorras más frías y oscuras que encontrase, y veríais como aprenderíais a convivir.

—Fijo que uno de los dos muere —respondió Hugo haciéndose el gracioso.

No pude callarme.

—Tú antes que yo, después, a lo mejor, alguna vez, llevo flores a tu tumba.

Él sacudió la cabeza, no podía ocultar que disfrutaba tanto como yo de nuestras discusiones, aunque a mí, en ocasiones me hicieran daño sus palabras. ¡Joder, debía de ser masoca porque me encantaban!

Capítulo 12

Acudí a un especialista que valoró el tema de mis pestañas. Por suerte encontró una raíz milimétrica y pudieron colocarme unas extensiones.

Cuando me vi por fin con ellas, estuve a punto de romper a llorar. Fue algo parecido a cuando me salió uno de los primeros dientes que se me había caído con cinco años y no asomó hasta casi los siete. En esa época no podía pronunciar la *e* y ceceaba todo el tiempo, por lo que había ganado un montón de bromas a mi costa.

Al mirarme al espejo y verme de diferente manera de lo que me había visto días atrás, me encontré guapa. No sabía si por el tamaño y el espesor de las pestañas nuevas o porque la noche anterior me había untado varios potingues en la cara y una mascarilla exfoliante.

Me solté el cabello. Una melena bastante más ondulada que rizada cayó por la espalda hasta acariciar mi cintura.

Llevándolo así me sentía extraña. No estaba acostumbrada, pues en el internado siempre me habían obligado a llevarlo recogido. Y después, quizá por no cambiar, continuaba haciéndolo.

—¿Qué te parece?

Sara me contempló sorprendida al presentarme ante ella maquillada y con el cabello suelto.

—Tendrías que llevarlo siempre así.

—¿Me veo mejor o peor que con los moñetes?

—Distinta. Así pareces una mujer más madura y más sexy.

—Podría hacer un directo así esta tarde. Hoy quiero hablar de fútbol femenino.

—¿Qué sabes tú de fútbol?

—Que es un deporte en el que hay un montón de gente corriendo detrás de una pelota. Lo importante es que ahora comienzan a televisarlo, igual que el de los hombres, y quiero que mis seguidores apoyen a estas mujeres.

—Me encanta la idea. —Sara estaba satisfecha con mi decisión—. Pero, Paula, recógete el cabello. Estaría bien que dejaras intacto el personaje que usas en las redes y que puedas diferenciarlo del utilizado en el ámbito privado. Tal vez así —me señaló con el dedo— no te reconozcan tanto cuando salgas a la calle, a menos que te guste que lo hagan.

—¿Algo así como tener dos personalidades?

—Dos aspectos diferentes. Tu carácter no serías capaz de cambiarlo ni aunque te lo propusieras.

Mi intención no era hacerlo. No me sentía muy orgullosa cuando soltaba las cosas sin pensar, pero prefería eso a tener que morderme la lengua solo por ser correcta. A parte de eso, si me callaba algo, no hacía más que darle vueltas a la cabeza hasta que me dolía de arrepentimiento.

—Sería como Superman. No está mal pensado. Por cierto, ¿te ha comentado Libertad lo de su fiesta?

—Lo hizo hace tiempo, pero creí que se le había olvidado. ¡Una fiesta sobre la década de los ochenta! ¡Por Dios! ¿Qué escucharía esa gente en esos años?

—No lo sé, pero parece divertido.

Sara frunció el ceño, sus ojos azules chispeaban.

—Tendremos que buscarnos ropa.

Mi amiga estaba entusiasmada porque volvería a ver a Quique, eso estaba más claro que el agua, y a mí no podía engañarme. En cambio, yo me hallaba un poco nerviosa. Esa noche entre amigos, Hugo y yo no debíamos simular nada y, para ser honesta, él me gustaba más cuando me trataba como a su novia. Me hacía sentir especial.

Sara y yo esos días nos impusimos deberes; investigar la, para mí, arcaica década ochentera. Bueno, también la noventa para poder abarcar más terreno.

Cuando mi compi había dicho que iban disfrazados, me había reído por ser tan exagerada. Pero, ¡hostias!, esos pelos cardados que parecían haberse quedado así tras meter los dedos en un enchufe, las abultadas hombreras más propias de los jugadores de rugby, las melenas largas, los pendientes grandes y atrevidos, los vaqueros lavados con ácido...

—¡No había móviles ni Internet! —¡No podía creérmelo!

Sara se sorprendió tanto como yo.

—Alguno habría, digo yo.

—¡Qué va! Son unos supervivientes, y si hablamos de corrientes musicales, ni te cuento.

—Ya, pero si no había móviles, ¿cómo se comunicaban?

Supongo que las dos pensamos lo mismo. Con señales de humo. Me encogí de hombros.

—La señora de abajo, Prudencia, tiene más de cincuenta años, ¿verdad? Podíamos ir a preguntarle.

—Uf, qué pereza, puede ser muy cansina si se le da coba.

—Pobrecilla, lo que le pasa es que está muy falta de atención... en todos los sentidos. ¿Te imaginas si le regalo el satisfacer?

—Estás deseando deshacerte de él y no sabes cómo. —Asentí. Más que nada, tenía miedo de que la curiosidad me venciese y me atreviera a probarlo en el lugar adecuado—. Lo sorprendente sería si Pruden tuviese uno igual.

Me eché a reír. De ser cierto, me habría impactado, pero Prudencia era divorciada y, según

ella, sin compromiso, y tenía edad, y supongo que ganas, para poder tener uno.

—Voy a ir a charlar un poco con ella, ¿te vienes?

Sara dudó por unos minutos y terminó negando con la cabeza.

—Prefiero seguir mirando por aquí. —Señaló su portátil.

—Podías venir por si hay que anotar algo. —Los apuntes de Sara comparados con los míos solían ser obras de arte. Mis rompecabezas no había un dios que los entendiera.

—Ve tú sola y así sales un poco de casa, que eso es lo que te ocurre, estás agobiada.

—Más que agobiada, aburrida. Si tuviera un exnovio le desbloquearía para discutir cosas que hubieran quedado pendientes.

—Ve a ver a Hugo.

—Lo haría, pero cuando está trabajando es como hablarle a un muro de ladrillo. Yo no podría trabajar con él. Es tan perfeccionista que coloca los botes de pintura por tamaños, y las brochas, también.

—Yo tiendo la ropa por colores y no me considero perfeccionista.

Ella lo veía así, yo no.

—Sí, tú también tienes lo tuyo. —Recogí el cuaderno de notas donde, cuando me acordaba, apuntaba ideas sobre el contenido que podía subir a las redes. La temática sobre la fiesta de Libertad me podía dar para hablar durante un par de semanas—. Por cierto, en el baño vi una araña pequeña... —No me dio tiempo de terminar la frase cuando ella se armó con un insecticida y corrió hacia allí disparando a bocajarro—. Iba a decirte que la aplasté, pero para que no salgan más.

—¿Estás segura de que la has matado?

—Cien por cien. —Le mostré la yema del dedo índice—. Aquí aún tengo sus restos.

Los azulados ojos de mi pelirroja favorita miraban aterrados mi dedo. Había perdido la cuenta de las veces que le había dicho que era imposible que un bichillo insignificante pudiese hacerle algo. Sin embargo, su fobia a los arácnidos y a un montón de cosas más le impedían cavilar con claridad.

Salí de casa sin pensar en ningún momento que podía encontrarme con Hugo. Sin embargo, al cerrar la puerta y darme la vuelta, lo hallé parado junto al ascensor.

Él me miró y por su expresión me di cuenta de que al principio no me había reconocido. Después, sus ojos oscuros parpadearon con sorpresa y recorrieron todo mi cuerpo de arriba abajo hasta volver a anclar su mirada en mi rostro.

Incómoda, me vi obligada a saludarlo. Él abrió la boca varias veces, sin saber qué decir. Me encogí de hombros y caminé hacia la escalera.

—¿Dónde vas? —preguntó al final, como si tuviera el derecho de saberlo todo sobre mí—. No irás a salir sola a la calle, ¿verdad?

—No voy a hacerlo, tranquilo, me bajo a ver a mi vecina.

Él volvió a observarme con atención, recordé que llevaba algo de cara en mi maquillaje y que

el pelo rodeaba mi cabeza al estilo que lo hacía el de Beyoncé.

—¿Vas a ir así?

—¿Así? ¿A qué te refieres? —Con una mano, eché hacia atrás un grueso mechón de cabello que caía sobre uno de mis hombros. Me moría por saber lo que pensaba de mí al verme tan... diferente. Iba a decir guapa, pero no está bien que lo diga yo.

—Paula, existen dos clases de mujeres; las que se ven bonitas y dulces con el cabello suelto. —Pensé automáticamente en Libertad. Ella era guapísima—. Y las que parecen una combinación de la Llorona, la niña del aro y un nido de pájaros.

La sangre empezó a fluir por mis venas a tal velocidad que mis músculos amenazaron con colapsar, sobre todo aquellos que conformaban las mejillas y la mandíbula.

—¿Y yo soy...? —susurré, con los dientes apretados hasta el dolor.

Hugo sonrió y entró en el ascensor con aire de suficiencia. Antes de cerrar la puerta me miró otra vez y contestó:

—Dejaré que tú lo digas.

No había entendido muy bien qué había querido decir con eso, pero como era tan mal pensada, grité:

—¡Una no puede estar perfecta las veinticuatro horas!

Por supuesto, yo tenía que llevar siempre la última palabra.

Pruden no era cansina, sino que estaba a otro nivel. Para ella, la década de los ochenta fue una época inolvidable marcada por los videojuegos, la moda, el cine y la música. Esta última, se escuchaba sobre todo en *cassette*, que al mismo tiempo grababan.

—Siempre rezaba para que el locutor de la radio no hablara y poder grabar entera mi canción favorita, y cuando iba por la calle, llevaban mi *walkman* para ir escuchando la música a todo trapo.

—Sus cantantes preferidos, ¿quiénes eran, Pruden?

—Por supuesto que Madonna, con su «Like a Virgin»; Michael Jackson, con «Thriller», y también estaban Cyndi Lauper o The Police.

Algunos me sonaban. ¿Quién no había oído hablar de Madonna y de Michael Jackson? Otros grupos fueron Mecano, Hombres G, Leño, Alaska y Dinarama... Alaska seguía siendo cantante y continuaba apareciendo en la tele.

De cine me habló sobre *Regreso al futuro*, una saga conformada con tres o cuatro pelis —yo había visto alguna en televisión—, *ET*, *Los Cazafantasmas*, esta última, en su época, no estaba protagonizada por el guaperas de Thor. Ahora es que habían hecho una reposición nueva.

—Vestíamos todos en colores más fuertes, minifaldas muy minis. —Prudencia sonreía—. Vestidos con brillos, cinturones enormes tamaño XL. Tules, mallas ajustadas, que es como ahora

llamamos a los leggins. Aquí en España fue una edad de oro, y precisamente aquí nació la *movida madrileña*.

Todo esto, cada frase y cada fragmento, me lo repetía varias veces seguidas, a veces sin cambiar ni un solo punto, ni una sola coma. Obviamente, las cosas habían cambiado mucho.

—Sigo pensando que no sé cómo podíais vivir sin Internet, yo me hubiera vuelto loca.

—Eres demasiado joven, querida, pero te habrías acostumbrado.

Salí de casa de Prudencia tres horas más tarde, estornudando como una posesa. Acababa de descubrir que su gato, llamado Cobertura, que nadie me pregunte por qué ese nombre, me daba alergia.

Encontré a Hugo tomando café con Sara en el salón.

—¿Y? —Mi amiga alzó las cejas, intrigada, al verme llegar arrastrando los pies.

—Saturada del todo.

Hugo se había quitado el mono de trabajo y vestía ropa de calle. Intenté no mirarlo mucho. Sin embargo, sus ojos actuaban sobre los míos como si se trataran de fuertes imanes imposibles de despegar.

—¿Te apetece que salgamos? —inquirió él.

No tenía ningunas ganas, pero tampoco tenía ganas de dejar de verlo, y si le decía que no, él se marcharía en cuanto acabara su café. Ya había sido bastante revelador darme cuenta de mis propios pensamientos, tiempo atrás, como para expresarlos en voz alta. Pero era la verdad, no quería que se fuera.

Volví a estornudar y me froté la frente.

—Debería ir a comprarme ropa para la fiesta.

Hugo puso los ojos en blanco.

—¿Quieres meterme en otra tienda?

Me encogí de hombros.

—Si no voy hoy, tendré que ir mañana.

—De acuerdo —masculló entre dientes—. ¿Te sirve el centro comercial? —Afirmé con la cabeza—. Mientras miras tus cosas, yo aprovecho para comprar algunas herramientas.

Había bastantes tiendas en el centro comercial, pero Hugo me llevó directamente al híper, donde vendían de todo, desde electrodomésticos y televisores, hasta filetes de ternera.

Para la moda femenina había dos largos pasillos con un apartado para el calzado y otro más pequeño para ropa de premamá. La variedad donde poder escoger era escasa y muchas de las prendas ni siquiera estaban colocadas, encontrándose la mitad de las perchas por el suelo o en lugares distintos.

De todo lo que vi, cogí solo una cazadora fina de cuero negro. En realidad, era de un material que lo imitaba.

Cuando ya no tuve más que mirar, fui a buscar a Hugo. La zona de ferretería, herramientas, accesorios para coche, carpintería y pintura, abarcaba más de la mitad del híper. Lo encontré

junto a unos listones de madera.

Él me vio.

—Esto viene muy bien para hacer mosquiteras. —Sacó varios de ellos para ver el grosor y el ancho. Como yo no estaba en mi terreno, no dije nada—. ¿Has cogido tú algo? —Le mostré la chaqueta y el la tocó valorando el tejido—. Es de muy mala calidad. Lo sabes, ¿verdad?

—Por lo que me cuesta y para lo que la quiero, me interesa.

—No hace falta que te ofendas.

—No lo hago. —Mentí. Me había sentido mal su comentario, porque yo sabía que el género no era muy bueno y no hacía falta que él me lo advirtiese, como si fuera tonta.

Hugo suspiró y volvió a sus listones de madera. De ahí pasó a una sección dedicada a las lijas de pared y espátulas. Asombrosamente, él las miraba una por una con interés. Al principio yo no prestaba mucha atención a los productos, al final, luego tampoco, porque me aburría más que estar en la sala de espera del médico. Sin embargo, traté de ser paciente.

Puntas para taladradora, alcayatas, bisagras, llaves que, según Hugo, todas eran diferentes y a mí me parecían las mismas. Tacos...

No sé el tiempo que aguanté caminando a su lado y parándome cuando él también lo hacía. ¡Madre mía, y decían que nosotras éramos unas pesadas cuando estábamos de compras!

Llegó un momento en que empecé a resoplar y hacer ruiditos con la lengua. Miré a mi alrededor. No era fin de semana, pero vi a otras parejas de la misma guisa. ¿Eso es lo que hacían los novios y los matrimonios cuando iban juntos a comprar al híper?

¡Una y no más, Santo Tomás, como habría dicho sor María!

De repente alguien se cruzó por nuestro lado. Un hombre. Yo ni siquiera lo miré, pero Hugo se quedó parado, fulminándolo con la vista, sin soltar la llave inglesa o la que fuera que tenía en las manos.

—¿Qué sucede? —Comencé a preguntar, curiosa. Afectada por la expresión en los ojos de Hugo.

Observé al hombre, que continuó su camino por el pasillo.

—¿No lo reconoces?

Sacudí la cabeza.

—No me he fijado bien.

—Es el de la foto.

Forcé la vista y lo perseguí con la mirada.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

Estuvimos esperando a que volviera la cabeza hacia nosotros. Eso nos hubiera terminado de confirmar que nos estaba siguiendo, pero no lo hizo ni una sola vez. Me toqué el pelo, nerviosa.

—Puede que no me haya reconocido.

—¿A mí tampoco? Lo dudo mucho.

De modo automático, sin pararme a pensar, me enganché de su brazo de tal modo que nuestros costados quedaron completamente pegados.

—¿Podemos irnos ya, por favor?

—No te va a pasar nada, Paula.

—Por si acaso, y suelta esa llave. Creía que se la ibas a estampar en la cabeza.

—Si se hubiera acercado, sí.

Hugo me obedeció y la soltó sin decir nada más.

Incómodos, no por la inmensa cercanía que teníamos en aquel momento, sino porque entre mi agarre y que me negaba a soltarlo, caminábamos fatal.

Fuimos a la caja a pagar mi cazadora, sin dejar de vigilar a nuestro alrededor. Yo tenía la sensación de que ese hombre nos estaba mirando desde algún lugar escondido o por cualquiera de los espejos que pendían del techo, para que los empleados del híper pudieran ver si los clientes les robaban.

Solo cuando fui a sacar mi monedero del bolso me di cuenta de que tenía el brazo de Hugo tan apretado a mí que lo llevaba aplastado contra uno de mis pechos. Le solté sin atreverme a mirarle a la cara.

—Paula, tranquila, estando contigo, él no se atreverá a acercarse.

—Lo ha hecho antes al pasar a nuestro lado.

—No ha intentado hacer nada.

—Ahora estamos seguros de que es él, ¿verdad?

Los labios de Hugo formaron una mueca poco convencida.

—Es sospechoso, pero también puede ser coincidencia.

Yo quería pensar que era él, necesitaba poner cara a mi acosador.

Seguramente por los nervios, me sucedió algo bochornoso a la hora de meter el pin de la tarjeta de crédito. Me olvidé del número. Se me había quedado la mente en blanco.

Hugo sacó la suya.

—Me lo cobra a mí —le dijo a la cajera.

—No sé cómo me puede pasar esto. ¡Si pago todos los días con ella!

—No te preocupes, me lo das cuando lo tengas y ya está. Tampoco hagas un drama de esto.

Me sentía ridícula. Esa misma mañana la había utilizado para pagar la extensión de las pestañas.

—¡No, espera! Vuelve a intentarlo con la mía —le insistí a la mujer.

Conclusión, al final mi tarjeta terminó bloqueada y Hugo me pagó la cazadora.

—No me extraña que digas que no quieres tener novia.

Habíamos salido del híper y caminábamos hacia el *parking* subterráneo. Era bastante grande y silencioso y no había mucha gente. Cada vez que notábamos algún movimiento o ruido, mirábamos enseguida.

—Y menos una famosa —dijo él, abriendo la puerta del Fiat—. Estoy en un estado de tensión

que no es normal.

—No soy famosa, si lo fuese de verdad, habría contratado guardaespaldas.

—En este momento me siento así.

No sé si lo decía porque era verdad, aunque por su expresión no lo parecía, o solo para intentar bromear conmigo; como Hugo era así de raro, no lo tenía muy claro.

Capítulo 13

Hugo se miró en el espejo y lo primero que hizo fue quitarse la peluca. La idea de que llevara una melena larga sobre los hombros y la espalda era de Samuel. Pero él pasaba de ir haciendo el ridículo.

Sobre los ajustados vaqueros negros no ponía ninguna objeción, a pesar de hacerle las piernas más delgadas, ni sobre la camiseta ancha sin mangas de color negro, donde resaltaba el nombre de un grupo musical heavy, Metallica. Pero la peluca... Casi prefería hacerse una cresta. Por otra parte, con cresta y con las botas de combate era fácil que casi llegase a los dos metros de altura.

Optó mejor por revolverse el pelo y que fuese cada mechón por donde le diera la gana. Al menos al mirarse en el espejo se sentía un poco más él.

La idea de la fiesta ochentera era de Libertad. Era una buena elección, ya que podía haber hecho que todos se vistieran con ropas de los príncipes y las princesas de cuento, temática que a ella le chiflaba desde cría.

Dejó de observarse en el espejo, porque si continuaba mirándose, al final se iba a arrepentir de salir así de casa.

Les había dicho a Paula y a Sara que pasaba a buscarlas. Pero ellas habían rechazado su oferta, ya que Samuel iba a ir a por ellas un poco antes, para que ayudasen a su mujer con los preparativos.

Cuando Hugo llegó, fue Quique, el primo de Samuel, quien le abrió la puerta. Vestía una camisa bastante psicodélica en tonos marrones y amarillos, y pantalones anchos tobilleros con unos calcetines de rombos negros y dorados. Se peinaba con la raya en el medio.

—Parece que te han dado un hachazo.

—Tú, en cambio, estás bien, cabrón. —Se apartó para que entrara.

Desde el vestíbulo se escuchaba música y bastantes voces.

—¿Quién hay? Creí que estaríamos solo el grupo.

—Algunos más, Libertad ha invitado a varias personas del gimnasio y se han apuntado unos cuantos vecinos. Dice que es para que la fiesta esté más animada.

Si Quique no hubiera vestido más extravagante que él, Hugo se habría dado la media vuelta y

habría salido por patas.

Libertad fue a saludarle con unos horrorosos leggins rosas y calentadores hasta las rodillas en verde botella. Se había hecho un moño alto y rodeaba su cabeza, desde la frente hacia atrás, con una cinta elástica multicolor.

Al final iba a ser él el menos ridículo, pensó.

—Líber, como hay más gente, ¿va a hacer falta que siga con el paripé de ser el novio de Paula?

—¡No! —Ella rio—. Esta noche podéis relajáros los dos.

La verdad es que a él no le habría importado, de ese modo hubiera tenido excusa de pasar más tiempo charlando con alguien, pues no era muy hablador si no le sacaban conversación.

Libertad y Samuel vivían en un ático bastante chulo, con unas vistas espectaculares a las praderas y los bosquecillos de las afueras de la ciudad. Las puertas de la terraza se hallaban abiertas y la gente deambulaba por todos los lados.

En cuanto penetró en el salón, descubrió a Paula. Su leonada melena oscura era inconfundible.

Verla le produjo un pequeño *shock*. Llevaba un diminuto vestido de leopardo y la cazadora que se había comprado en el híper.

—Va de Tina Turner —le susurró Samuel, entregándole una cerveza—. Oye, ¿y tu peluca?, ¿dónde está?

—¿De verdad pensabas que iba a ponérmela? No me conoces bien.

Samuel llevaba ropas de aviador, pero sin casco.

—Lo sabía, pero tenía una ligera esperanza. Me habría gustado reírme un rato. —Le palmeó el hombro—. ¿Qué tal te va con Paula? Dice Libertad que tenéis una idea más o menos de quién es el acosador.

—Pensamos de uno que ya hemos visto un par de veces. —Se encogió de hombros—. No es seguro, pero tengo ganas de que dé la cara ya, Paula está acojonada.

—No lo parece.

—Todo lo que tiene de bonita, también lo tiene de orgullosa, necia y terca.

Samuel pestañeó con sorpresa.

—¿Te parece bonita?

Mentalmente Hugo se dio un puñetazo en plena cara.

—No quería decir eso, me refiero...

—No hace falta que te expliques, Paula es guapa. Nunca me había fijado en que tenía unos ojos verdes tan lindos y unas pestañas tan largas.

—Son postizas. Hasta hace poco no tenía.

—Ah, ¿no? —Samuel se la quedó mirando, muy fijo.

Hugo suspiró, no sabía por qué se lo había dicho. Quizá porque no le gustó que dijese que era guapa. Gruñó. ¡Si a él le daba igual lo que pensarán de ella, sobre todo si era Samuel o alguno del grupo! El resto ya no le quedaba muy claro.

—No seas descarado, macho, te lo he contado en confianza. —Aunque se estaba arrepintiéndolo de ello.

Paula vio a Hugo conversando con Samuel en la entrada del salón y, de un modo inexplicable, el corazón comenzó a tronar en su pecho.

Esa pinta de macarra lo volvía atractivo y malote. El pelo revuelto le confería un aire entre pícaro y peligroso que conseguía removerle por dentro un montón de cosas. Hugo le gustaba, y además le gustaba una barbaridad.

Él la miraba con disimulo. Samuel era más descarado e intuía que estaban hablando de ella. Tenía la mesa de las bebidas cerca y, aprovechando que Julián estaba sirviendo, le pidió que le pusiera una copa.

—¿Whisky con cola? —Le ofreció echando varios hielos en el vaso.

—Vale, pero no lo cargues mucho, que no estoy acostumbrada a las bebidas alcohólicas.

Ella se había puesto de espaldas a Hugo, resistiéndose a mirarlo otra vez. En ese momento alguien alargó el brazo cerca de su costado y dejó un botellín de cerveza sobre la mesa. Se apartó un poco.

—Buenas noches, Paula.

La boca de la muchacha se secó de repente al escuchar la voz aterciopelada y ligeramente rasposa de Hugo junto a su oído. Tragó saliva intentando apaciguar los nervios que parecían asaltarla desde todos los ángulos de su cuerpo.

—Hola, Hugo. —Por fin se enfrentó a esos ojos negros como el pecado. Lo contempló de arriba abajo, fingiendo estar estudiando su disfraz—. ¿Roquero? Te pega.

—Heavy metal —sonrió él con chulería.

Paula también lo hizo, recogió el vaso que Julián le entregaba y, acto seguido, se lo llevó a la boca. Sus labios formaron una mueca de disgusto al probarlo.

—¿Esta fuerte? —preguntó Hugo.

—Un poco.

Él cogió el cubata de su mano y lo probó.

—No está ni fuerte ni flojo, se encuentra en su punto. —Se lo devolvió y sus dedos se rozaron. Ella tenía la piel cálida y suave.

—¿Quieres uno, Hugo? Aprovecha que estoy aquí.

—No, gracias, Julián, tengo mi cerveza —respondió mostrándosela.

—¿Has llegado ahora? —Paula lo contemplaba como si no lo supiera.

Era un intento de iniciar una conversación y Hugo se lo agradeció. Ella podía haber hecho como otras veces y escabullirse para no tener que verlo o hablar con él.

—Sí, podría haber llegado antes, pero estaba deliberando entre ponerme la peluca que Samuel se había empeñado en que trajese o no.

Paula se mordió el labio con una sonrisa divertida.

—Mejor sin ella, aunque nos habríamos reído.

—Por eso no me la he puesto.

—Me parece que eres un poco vergonzoso.

Hugo se encogió de hombros.

—Bastante.

—¿Por qué?, ¿te ha pasado alguna vez algo bochornoso? —Quiso saber ella.

Pensativo, los ojos de Hugo se engancharon en los verdes de Paula. Después acarició el rostro femenino con la mirada. Ella se había puesto colorete en las mejillas con un tono rosado un poco más claro que el carmín de sus labios. Sin embargo, lo que más le llamaba la atención, eran sus tupidas pestañas oscuras y sus preciosos ojos delineados en negro.

—Que yo recuerde, no. Bueno, a lo mejor una vez que vi a alguien conocido de lejos y él hizo un gesto como saludándome. Le devolví el saludo y luego me di cuenta de que no era para mí, sino para el que venía detrás.

—Seguro que te vio alguien.

—Me di cuenta yo, que es lo importante, a los demás no les presto atención.

Paula sonrió mostrando una hilera de dientes pequeños y perfectos.

—Ese día saludaste a tu amigo invisible.

—Algo así —respondió riendo—. ¿Y a ti?, aparte de lo del satisfacer, quiero decir.

Ella soltó una carcajada.

—¡Mira que eres malo!, ¡cómo te gusta recordármelo!

—Es que fue buenísimo, hacía tiempo que no me reía tanto.

—Si te llego a tener a mi lado en ese momento, te estrangulo con mis propias manos.

Se apartaron de la mesa de las bebidas al darse cuenta de que molestaban a los invitados que se acercaban a servirse algo.

—Dime, Paula, cuenta cosas que te hayan pasado a ti.

—Tropezar por la calle y mirar por si alguien me ha visto. Que, ciertamente, siempre hay alguien que te ve. O esperar dos besos al saludar y que te den uno o ninguno. O lo peor de todo, hacer una broma y que nadie se ría.

—Eso sí que es vergonzoso.

—O quedarme sin pestañas y que mi amigo diga que tengo conjuntivitis.

Hugo frunció el ceño sin dejar de sonreír.

—¿Por qué te quedaste sin ellas?

—Me puse unas postizas con pegamento para uñas. No lo hagas nunca.

Ambos rieron.

Hugo no sabía muy bien qué estaba pasando entre ellos. Ni miradas asesinas, ni cuchillos volando. La Paula que tenía esa noche ante él no era la estúpida y orgullosa que siempre le provocaba. Esta era muy distinta y mucho más peligrosa, porque esta era capaz de llegar hasta su corazón y atravesar la impenetrable coraza que había fabricado después de lo de Cristina.

Pensar en su ex apretó un poco el músculo de su pecho. Sentía cómo los últimos vestigios que

quedaban de ella se esfumaban. Como si todo aquello no hubiera sucedido nunca y jamás le hubiese traicionado.

—¿Salimos un poco a la terraza?

—Sí —contestó ella—. Estoy viendo que Libertad nos va a sacar a bailar a todos.

—Conmigo lo lleva chungo, tengo dos pies izquierdos.

En ese momento no había nadie fuera y se acomodaron en un pequeño sofá de mimbre. Sobre sus cabezas danzaban miles de estrellas que refulgían como diamantes. La música se escuchaba en menor intensidad.

Paula aspiró una fuerte bocanada de aire y, muy despacio, dejó que saliera por entre sus labios.

—Se está muy bien aquí.

Hugo asintió.

—Tuve una novia —soltó de repente.

La joven ladeó la cabeza para mirarlo.

—¿Sí? ¿Qué pasó? ¿No funcionó?

—No, yo creía que sí, pero... fue una ilusión.

Sorprendida, Paula carraspeó.

—¿Era algo serio?

Hugo se inclinó hacia adelante y dejó la bebida sobre la mesa.

—Para mí, sí.

—¿Para ella no?

—Sí, también. Nos quisimos mucho. Nos conocimos muy jóvenes y teníamos planes, pero un día, de pronto, me dijo que debíamos dejarlo, que tenía que priorizar las cosas y yo no era una de ellas.

—¿Dejó de amarte de la noche a la mañana?

—No, simplemente pensó que yo estaría allí para cuando me necesitara, pero en ese momento la estaba estorbando. No supo gestionar bien las cosas y decidió que debía sacrificar algo de su vida.

Paula frunció el ceño. Le dolía escuchar que hablase de otra mujer de la manera en la que lo hacía. Era obvio que él seguía sintiendo algo por ella.

—No lo entiendo —dijo moviendo la cabeza con suavidad—. ¿Dejasteis de veros, sin más?

—Continuamos hablando, me enviaba un mensaje saludándome todas las mañanas. Me hablaba de cosas sin importancia que le pasaban y me daba las buenas noches. Yo le preguntaba si podía ir a verla, pero ella no quería.

—¿Se metió alguien en vuestra relación?, ¿conoció a otra persona?

Hugo se encogió de hombros.

—Para ser honesto, la verdad es que no lo sé. Ella decía que no. Yo siempre he pensado que había alguien influenciándola, su familia, alguna amiga... No tengo ni idea.

—¿Lo pasaste mal?

Él asintió y volvió a coger su cerveza. Le dio el último trago.

—Tan mal que, cuando quiso regresar conmigo de nuevo, no me atreví a hacerlo.

—¿Quería volver? —preguntó extrañada.

—Sí.

—¿Por qué?

—Se encontraba arrepentida y me echaba de menos, decía que lo estaba pasando fatal y que yo actuaba como si me diera lo mismo.

—¡Pero eso no es verdad! ¿No le dijiste que tú también estabas igual?

—Cuando quiso retomar lo yo ya estaba algo más tranquilo y centrado, intentando olvidarme de ella. Le pedí que no volviese a hablarme y que se apartara de mi vida.

En la garganta de Paula se formó un doloroso nudo.

—Puede ser que ella se arrepintiera de verdad. Si la querías, ¿por qué no le diste una segunda oportunidad?

—Ya te lo he dicho, no quería volver a pasar por lo mismo.

—Pero a lo mejor todo habría sido diferente.

—¿Y si no? Si lo había hecho una vez, lo podía hacer otra.

—Eso nunca se sabe. —Paula apartó la vista de él—. Si actuaste así es porque no la amabas lo suficiente.

—La amaba, Paula, te lo aseguro.

Ella volvió a mirarlo.

—Entonces, fuiste un cobarde.

Los ojos de Hugo se clavaron en los verdes y tragó saliva.

—Es posible.

Ella humedeció los labios y dio un buen trago de su bebida.

—¿Volviste a verla?

—Se acabó, perdí todo contacto y nunca más volví a enamorarme.

Paula sintió mucha lástima de Hugo y pudo comprender su actitud, aunque no estaba de acuerdo con él. No solamente no le había dado ninguna oportunidad a su exnovia, sino que tampoco se quería permitir ninguna para él mismo.

—Me es muy difícil ponerme en tu lugar porque yo no conozco esa clase de amor, pero si lo hubiera conocido, habría seguido luchando.

—¿Hasta cuándo? —Quiso saber él.

—Hasta el final. A ti te dolió que te humillase de esa manera y que te abandonase, pero no tuviste en cuenta que ella podía haber tenido motivos importantes para hacerlo.

—Intenté que habláramos y no quiso.

—Porque a lo mejor necesitaba tiempo.

Los labios de Hugo formaron una mueca llena de sarcasmo, así como la expresión de su mirada.

—Pensaba que, al contarte esto, me comprenderías y te pondrías de mi parte, pero es obvio que te encanta pinchar donde más duele.

Ella negó con la cabeza.

—No, te equivocas conmigo, si quieres pensar eso, adelante. Sin embargo, estás muy confundido. Yo te aprecio, pero tú eres duro, no escuchas a nadie, solamente a ti mismo. —La voz femenina tembló llena de congoja—. Si tanto miedo tienes de que te hagan daño, no tengas nunca amigos, ni mujer, ni hijos, ni nadie que te pueda romper el corazón. —Se levantó y lo dejó solo.

Hugo dejó caer la cabeza contra el respaldo del sofá y cerró los ojos. Paula tenía razón y había sido muy sincera al decir lo que pensaba. No había habido nada hiriente ni dañino en sus palabras, simplemente a él no le había gustado que lo llamasen cobarde porque, en el fondo, sabía que lo era.

Capítulo 14

Pasé al baño, superangustiada, pensando todo el tiempo en la conversación que había sostenido con Hugo. No podía evitar que las lágrimas se escapasen de los ojos y rodaran por mis mejillas.

Sentía su dolor, pero también sentía el sufrimiento de la chica con la que había salido. De una persona que no conocía y que odiaba porque él la había querido mucho y le había dado todo su cariño y su confianza. Esa mujer había robado todos los sentimientos de Hugo, impidiendo que volviese a amar de nuevo. Ya no solamente a mí, que le había caído mal desde el principio, sino a cualquier otra mujer.

Aunque él hubiera conseguido a Libertad, que era imposible porque ella amaba a Samuel desde hacía mucho tiempo, jamás habría tenido nada serio con ella. No lo hubiera tenido con ninguna.

Empujaron la puerta del baño y carraspeé limpiándome las lágrimas frente al espejo.

—Un momento —dije.

—Soy Liber, Paula. Ábreme, por favor.

La obedecí y ella entró cerrando detrás de sí.

—¿Qué ha pasado? ¿Habéis vuelto a discutir de nuevo? —preguntó, preocupada.

—No —contesté intentando que mi voz no sonara rota de dolor.

—¿Qué te ha dicho? —Ella cogió el tirador de la puerta decidida a ir a buscar a Hugo, pero yo la agarré del brazo.

—No ha sido nada, de verdad.

Me miró fijamente.

—Entonces, ¿qué?

Me encogí de hombros.

—Es una tontería, lo hablamos otro día, no vayamos a estropear la fiesta.

—No, Paula. Te he visto llorar muy pocas veces y sé que ha debido pasar algo.

Me conocía demasiado bien como para poder ocultárselo.

—Él me ha contado cosas de su exnovia y a mí no me ha gustado escucharlas. Solo ha sido eso, te lo prometo.

Ella se tranquilizó un poco, aunque continuaba mirándome preocupada.

—¿Estás enamorada de Hugo?

Aunque no quería que se diera cuenta de que mis labios temblaban no era ninguna tonta y lo notó.

—Sí, me gusta desde hace tiempo, desde que creía que estaba por ti.

—¿Por qué no me lo has dicho nunca?

—Porque le caigo como el culo y quería fingir que él a mí también, pero cuanto más tiempo paso a su lado, es peor. Sé que nunca llegará a interesarse en mí, y mucho menos ahora que sé lo que sucedió con la novia que tuvo.

—¿Qué pasó? Cuéntamelo.

—No, hoy no. Además, no sé si él querrá que lo cuente. De ser así, ya lo habría hecho antes.

—Aspiré una buena bocanada de oxígeno recuperando un poco de aplomo y mi estado normal—. Me lo ha dicho en confianza, Liber. Aunque sé que puedo hablar contigo de todo, por el momento no voy a decírtelo.

—Vale, respira hondo. —Ella también lo hizo—. Y ahora vuelve a la fiesta como si no hubiera pasado nada. Hugo sigue sentado en la terraza y Samuel ha ido con él a hacerle compañía.

Sonreí sin ningún entusiasmo

—¿A hacerle compañía o averiguar qué ha pasado?

—A lo primero, Hugo no suele contar chismes a nadie, ni siquiera a Samuel.

—De acuerdo. —Me froté la frente, intentado liberar algo de presión—. Voy a ir a hablar con Hugo y a pedirle perdón si le he dicho algo que le haya sentado mal.

Lo había hecho y me arrepentía muchísimo. No le tenía que haber dado mi opinión. De hecho, de manera egoísta, me alegraba que ya no estuviera saliendo con esa chica. De otro modo, a lo mejor ni nos habiéramos conocido y él, posiblemente, estaría casado y con hijos.

Me planté decidida delante de Hugo, después de haberme servido otra copa. Esta mucho más cargada que la anterior, porque me la había preparado yo misma y no tenía ni idea de cuánto alcohol debía echar. Así, a lo tonto, había llenado más de la mitad del vaso con whisky.

Tanto él como Samuel levantaron los ojos al ver que les invadía el espacio.

—¿Puedo hablar contigo? —dije con firmeza, controlando mi voz para que ninguno de ellos se diese cuenta de que estaba atacada de los nervios.

Samuel se puso en pie de prisa.

—Yo voy a mirar a ver cómo está todo por ahí.

—Hugo —empecé a decir cuando nos quedamos solos—, necesito disculparme. No tengo derecho a darte consejos ni a decirte mi opinión. Sé que soy la menos indicada.

Él elevó las cejas, alucinado.

—Me sorprendes, no esperaba que vinieras a pedirme perdón.

—¿Podrías olvidar mis palabras de antes?

—Si quieres, lo hago, pero está claro que eso es lo que piensas.

Miré su lado del asiento donde, primero yo y después Samuel, habíamos estado. Él me hizo una señal para que me acomodase.

—Como en verdad no te importa lo que pienso, podríamos olvidar el tema y continuar como hasta ahora. No es que nos llevemos de maravilla, pero me estoy acostumbrando a estar cerca de ti.

—¿Qué te hace suponer que no me importa lo que piensas?

—¿Te importa? —Ahora fui yo quien se quedó alucinada.

—Estamos en el mismo grupo de amigos, yo diría que sí.

Vaya, no había sido eso lo que había querido que dijese, pero me conformé.

—Gracias.

—Dime algo, Paula. ¿Qué es eso de que te estás acostumbrando a estar conmigo? —Su voz sonó un poco presuntuosa.

—Pues eso, que lo paso bien cuando estoy a tu lado. —Sonreí, incómoda—. Aunque discutamos tanto.

—¿Sabes que cuando actúas como ahora eres maja?

—Me lo voy a tomar como un halago.

—Lo digo en serio.

—¿No será que estás bebiendo más de la cuenta? —pregunté. Samuel le había llevado otra cerveza y la tenía medio finiquitada.

—Es posible —respondió.

Sabía que no era eso, pero para él la perra gorda.

—Esta noche necesito divertirme y desconectar de todo. Quizás yo también me emborrache.

Hugo sonrió de una manera que hizo que mi corazón diese un vuelco.

—Pues entonces, vamos a brindar.

Choqué mi vaso con su cerveza y le dimos un buen trago. Enseguida yo me puse malísima de la muerte. Me entró la tos. Me quedé sin respiración.

Hugo retiró la bebida de mi mano, la dejó sobre la mesa y comenzó a darme golpecitos en la espalda.

—Dios mío, ¡que me ahogo!

Él soltó una risilla suave, aunque vi en sus ojos que se acababa de preocupar por mí.

—Se te ha debido de ir por mal sitio.

—Por la garganta, pero esto arde como las mismas llamas del infierno.

—Si no te gusta el whisky, ¿para qué lo bebes?

—No lo sé, antes porque me lo dio Julián. Y ahora, porque no sabía qué coger.

—Hay otras cosas menos fuertes que te pueden gustar más. Ven, que te voy a servir uno de mis cócteles especiales.

Su cóctel se convirtió en tres más y pillé un pedo histórico. El primero de toda mi vida. De

hecho, en aquel baño del ático de Libertad, con la mano de Sara apoyada en mi frente, prometí no volver a beber nunca.

Cuando salí de nuevo al salón tenía un calor horroroso. La fiesta estaba bastante animada, la gente bailaba, reía...

—¿Ya estás mejor?

Hugo estaba esperándome. Creo que se sentía culpable.

—Aún parece que estoy volando en una nube, pero ya no veo doble.

De fondo sonaba una canción de los Hombre G y que hablaba de hacer el amor en un Simca 1000.

«Qué difícil es hacer el amor en un Simca 1000».

No sé por qué en ese momento pensé en su Fiat y me eché a reír.

—¿Qué? —Hugo sonrió—. ¿Qué te pasa ahora?

—Estaba escuchando la canción. ¿La oyes? —Él asintió—. No sé por qué me ha recordado a tu coche.

—Oye, mira, morena, no vayas por ese camino que yo entro al trapo muy rápido.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Vaya, que no soy de piedra y que yo soy un tío y tú eres una mujer preciosa. No me hables de hacer el amor en ningún sitio ahora mismo.

No sé si estaba bromeando o no, pero me pareció que se volvía tímido de repente. Yo, en cambio, gracias a aquellos cócteles, más atrevida que de costumbre.

—¿Tú me harías el amor?

—Sí, ahora mismo.

—¡Estoy hablando en serio! ¿Me lo harías?

—Ven. —Me cogió de la mano y me arrastró hacia la cocina. Me entusiasmé un poco y pensé: «Olé. Hoy va a ser mi día». Pero entonces él me soltó la mano, se fue hacia la cafetera. y me dijo —: ¿Lo quieres solo o con leche?

—¿En serio? ¿Me estás vacilando?

—Paula, no juegues con fuego, que el que juega con fuego, se quema.

—Pues yo nunca he hecho el amor.

—Pues me parece perfecto.

—Ya, pero algún día tendré que hacerlo.

—Sí, pero no creo que tenga que ser hoy, recuerda que has tomado un poco de más. Quizá mañana te arrepientas.

—A lo mejor eres tú el que te arrepientes.

Hugo me entregó el vaso de café, mordiéndose el labio inferior de un modo muy sexy.

—Sí, pero tú me lo agradecerás.

—¿Y si no estuviera borracha? ¿Tú me harías el amor?

Él me cogió la barbilla con dos dedos y me miró muy fijo a los ojos.

—No creo que desees una aventura, Paula. Tú no eres de esas chicas. Y yo no quiero nada serio, mucho menos hacerte daño. Me gustas un montón, no te lo voy a negar. Me pones cachondo... —¡Le ponía cachondo! Esa fue la última palabra que escuché antes de que terminara de decir—: Y mejor será que hablemos de otra cosa, antes de que me ponga nervioso y haga cualquier tontería.

Suspiré profundo. Estaba claro que no iba a conseguir nada de él, pero me hubiera gustado mucho. Me llevé el vaso de café a los labios. Estaba asqueroso. Casi me dieron ganas de volver a vomitar. Se lo devolví con una mueca de asco.

—Tú quieres matarme.

—Qué exagerada eres.

—Hugo, ¿bailarías conmigo o te hacen falta un par de copas más para hacerlo?

Él soltó una carcajada como dándome por imposible.

—Venga, bailemos —me dijo.

Capítulo 15

Durante la fiesta le había dicho a Hugo bastantes chorradas varias y unas directas directísimas. Me habría gustado poder decirles que era más tonto que masticar agua y que no las había cogido, pero no era así, él me había rechazado.

Era mejor, pensé con la mente estrecha, cuando me acosté en la cama. A esas horas se me había pasado bastante el malestar causado por el alcohol, oséase, la borrachera. Era capaz de no enredar la lengua al hablar y de fijar la mirada, sin embargo, al poner el cuerpo de modo horizontal y dejar los ojos en *off*, fue como viajar en una noria y todo me dio vueltas al cerebro.

Un poco después, mientras decidía si era mejor incorporarme, escuché un ruido fuerte contra la ventana y salté de la cama con el corazón desbocado, aunque en realidad decir saltar no era correcto. Abrí los ojos de sopetón, rodé por el colchón y menos mal que pude agarrarme a la cómoda, porque de lo contrario me hubiera desparramado sobre el suelo.

Antes de llegar a la ventana, Sara, igual que un viento huracanado, entró en mi habitación encendiendo la luz.

—¿Qué te ha pasado?

—A mi nada. —Tenía tan seca la boca que parecía que me había tragado un polvorón—. Yo también he escuchado...

Algo se estrelló contra el cristal haciendo que las dos botáramos en el sitio. Nos quedamos inmóviles, con los ojos puestos sobre los visillos.

—¿Qué es eso? —susurró con cara de desconcierto. Debía ser idéntica a la mía.

—Vivimos en el tercero, por lo que no creo que nos esté lanzando cosas. Será que a alguien se le está cayendo las macetas.

Una explicación rara pero no imposible.

—Asómate y mira.

—No, hazlo tú.

—Es tu dormitorio —insistió.

Volvió a sonar otro golpetazo, aunque en esta ocasión se produjo en algún lugar de la fachada.

Como ninguna nos decidíamos a dar el primer paso, cogí aire, envalentonándome, y fui directa

a curiosear. Descorrí el visillo de un solo movimiento. El primer paso lo había dado con facilidad. Quise hacer lo mismo con la hoja de la ventana. La mayoría de las veces se atascaba y esa noche también lo hizo, por lo que tarde unos minutos en abrir.

Nada más sacar la cabeza al exterior, alguien comenzó a gritarme como un energúmeno desde la acera. Por la distancia y debido a que era de noche, a pesar de las farolas, solo pude distinguir la silueta de un hombre. No tenía ni idea de quién podía ser.

—¡Ehhh! —Hacía aspavientos con los brazos—. ¡Baja aquí!, tenemos que hablar —gritaba con voz desagradable.

—¿Quién es? —preguntó Sara situándose junto a mí.

—Diría, por sus movimientos, que es un controlador aéreo, pero por más que lo miro no logro reconocerlo. —Lo que estaba claro era que no se trataba de ninguno de nuestros amigos.

Se oyó el sonido de varias persianas subiendo y el hombre hizo el amago de marcharse. Unos segundos después fue el timbre del telefonillo el que comenzó a sonar con insistencia.

—Voy a llamar a la policía —dijo Sara con decisión.

Salió del dormitorio y yo caminé como un robot detrás de ella. Cogió su teléfono y, nerviosa, se puso a hablar con alguien.

El timbre no dejaba de sonar.

Insuflándome valor, que en ese momento no sabía dónde se había metido, fui a la entrada y descolgué el portero automático:

—Oye, estás molestando a todo el mundo. Estas no son horas de visitar a las personas. ¿Quién eres?

—Paula, si eres tú, baja, o de lo contrario subo ahora mismo. —La misma voz desagradable e irreconocible.

—No voy a bajar, pero estamos llamando a la policía.

Escuché como golpeaba la puerta del portal con más ahínco, tratando de abrirla, y estuvo a punto de darme un *parraque* —esta palabra no aparece en el Diccionario de la Lengua Española, pero su significado es el de indisposición repentina y de poca gravedad—.

Solo podía pensar en que, si entraba, lo siguiente a derribar sería nuestra puerta.

Mi corazón latía más fuerte que todos los ruidos que hacía el individuo. Él no dejaba de montar escándalo y de gritar furioso. Colgué el telefonillo y comprobé que los cerrojos estaban echados.

—Ahora mismo envían una patrulla.

—Sara, estoy que me va a dar algo. ¿Y si logra subir?

Desde la planta, os recuerdo que estábamos en un tercer piso, podíamos oírlo. No cuento ya los vecinos que vivían por debajo de nosotras. Seguro que los había despertado a todos.

Sara se acercó al zapatero que adornaba la entrada y empezó a empujarlo hacia la puerta.

—Ayúdame —pidió.

Obedecí en el acto. En ese momento habría hecho todo lo que ella me hubiera pedido, incluso

que le depilase las ingles.

Yo temblaba de pies a cabeza sin poder controlarme. La sensación de angustia era tan terrible que solo deseaba que fuera una mal pesadilla.

¿Podría el sujeto cruzar nuestra barricada?

Sara hizo que me sentara en el sofá mientras ella revoloteaba desde el salón hacia el vestíbulo y vuelta. Eso me puso mucho más nerviosa todavía.

Me levanté a por el móvil y, prendiéndome el pelo con una pinza, regresé enseguida a sentarme en el mismo lugar.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó mirándome—. Te acabo de decir que la poli va a llegar de un momento a otro.

—Voy a hacer un directo antes de que me dé un infarto y no me pueda despedir de nadie.

Me conecté a la aplicación y, aunque era tarde y no había mucha gente despierta, unos pocos de mis seguidores se conectaron.

—Tengo que deciros algo. Hay un tipo siniestro que me persigue desde hace días y pretende entrar en casa por la fuerza. —Hablabajo, rápido y temblando, no para darle más emoción al asunto, sino porque era así como me salía—. Hemos llamado a la policía y dicen que ya vienen, pero ese loco no deja de chillar. —Fui hasta la puerta, guardé silencio y descolgué el portero para que mis seguidores pudieran escucharlo.

—«No abras la puerta, Paula».

—«Busca un lugar para esconderte».

—«Vuelve a llamar a los pitufos».

—«Podría ser un asesino».

Ningún comentario lograba tranquilizarme, mucho menos el último que, a mi parecer, se había pasado tres pueblos. O, quizá, ¿esa gente a la que nunca había visto la cara, iban a ser testigos de presenciar mi muerte en directo? Me estremecí.

Entró una llamada, sobresaltándome. Era Hugo. Tras varios intentos de descolgar porque los dedos me temblaban más que una cucaracha en un gallinero, lo conseguí.

—¿Qué ocurre, Paula?

—Ese hombre está aquí. Quiere tirar la puerta abajo. Sara y yo estamos aterrorizadas.

—¿Hace cuánto que llamaste a la policía?

—Hace un poco, no sabría decirte. No sabemos qué hacer.

—Estoy yendo para tu casa. Si consigue entrar, que lo dudo, meteros en el baño que es la única puerta que tiene cerrojo.

Mis seguidores podían verme, pero no escucharme.

De repente hubo un gran estruendo en el ascensor y chillé al darme cuenta de que había conseguido subir a la planta y pretendía entrar por la fuerza bruta.

Lo demás fue todo un caos. Sara y yo gritábamos como cochinos en una matanza y escuchábamos voces que discutían y que llegaban desde la escalera, así como persianas que se

levantaban y, sobre todo, los estallidos en la madera de la puerta.

Hice caso a Hugo y arrastré a Sara hasta el baño, olvidándome del móvil que dejé sobre la mesa, sin haber cerrado el directo.

Nos acurrucamos como pudimos debajo del lavabo, ambas llorando en silencio para que nadie pudiese descubrirnos.

—Creo que he escuchado sirenas —murmuró Sara al cabo de unos segundos, concentrándose en oírlas otra vez.

Entre el miedo y un fuerte dolor de cabeza que empezó a pincharme en la sien, perdí la voz en el fondo de la garganta. Me sentía muy culpable de que Sara estuviera viviendo todo eso... Si ella estaba metida en ese lío, era solo por mi culpa.

Estuvimos un buen rato escondidas hasta que ella se percató de que los ruidos habían cesado, y me lo hizo notar con un movimiento de cabeza.

Suspiré, aunque no aliviada del todo. Sara quería salir del baño, pero yo no.

—Entonces no te muevas de aquí —me dijo—, yo voy a mirar qué está pasando.

—No vayas. Espera a que llegue la policía.

—Metidas aquí no los vamos a escuchar, y tenemos el zapatero delante de la puerta.

Quise levantarme para no dejarla sola. No me lo permitió y salió del baño.

Había dejado la puerta abierta y traté de oír lo que sucedía fuera. Al principio todo estaba en silencio, después sentí arrastrar un mueble. Deseé poder ir a ayudarla, sin embargo, eran incapaz de salir del hueco de debajo del lavabo. Entre que mi cuerpo se saltaba a la torera las órdenes de mi cerebro y que me había quedado encajada, un poco, entre la pared de la ducha y la tubería, no me moví del sitio.

Lo siguiente que vi fue a Hugo entrando en el baño. Bueno, en realidad fueron sus largas piernas y no pude verle la cara hasta que no se agachó delante de mí.

Rompí a llorar y llevé los brazos a su cuello.

—Tranquila, tranquila —susurraba ayudándome a salir de allí.

¡Unas narices, tranquila! No podía estar tranquila. No cuando había un loco que había montado todo ese escándalo, sin importar llamar la atención del vecindario.

—La policía ya está aquí —dijo tomándome en brazos.

En ese momento entró un señor uniformado y salió al pasillo para que Hugo también pudiera hacerlo. El baño era demasiado pequeño para todos.

Sé que ellos intercambiaron algunas palabras, aunque solo entendí que Hugo decía:

—Está muy nerviosa.

Me aferré a él con más fuerza, sin poder dejar de llorar como una tonta. Porque yo no era ninguna llorona, aunque en ese momento estaba tan aterrada que no podía controlar nada, ni mi llanto, ni los temblores, ni los alocados latidos de mi corazón, que parecían querer atravesar mi pecho.

—Quiero que se acabe todo esto, por favor —rogué con la boca pegada a su cuello. Sabía a

colonia.

Él me dejó en el sillón y sentí que otras manos me obligaban a soltarlo.

En cuclillas, ante mí, había una muchacha joven que vestía una chaquetilla amarilla fosforito con bandas blancas, reflectantes, y pantalones oscuros. Empezó a decirme que era del SAMUR y a hacerme preguntas sobre mi estado.

Sin dejar de temblar, contestaba gesticulando con la cabeza de forma afirmativa y negativa. Alcé los ojos más allá de ella. Hugo me observaba preocupado. Le señalé mi teléfono con la mano.

—Apágalo, por favor.

—Lo haré, tú estate tranquila y haz caso de lo que te digan.

¡Qué fácil para ellos decirme que estuviese tranquila! Sin duda, aquella palabra iba a ser la predominante esa noche. ¡Cómo se notaba que no habían pasado por lo mismo que Sara y yo!

Busqué a mi amiga. Estaba de pie hablando con la policía. Entonces me di cuenta de que todo el salón estaba lleno de agentes y de efectivos del SAMUR.

—¿Qué ha pasado? ¿Han cogido a ese hombre? —pregunté con voz temblorosa.

—Te voy a poner un calmante, ¿vale? —Sin darme tiempo a reaccionar, me pincharon en el brazo—. Con esto te vas a sentir mejor. ¿Quieres que te llevemos al hospital?

—¿Para qué?

—Si te encuentras bien, para nada, pero tú decides.

Sacudí la cabeza.

—¿Lo han cogido? —insistí. ¿Por qué nadie me contestaba y evitaban mirarme directamente a los ojos? Aquello me olió bastante mal—. Hugo —Lo contemplé desesperada—. ¿Lo han detenido?

Negó con la cabeza.

—Lo están buscando.

—Pero ¿cómo no lo van a coger si estaba en la puerta?

Él se encogió de hombros. La chica que me atendía respondió:

—Cuando vio a la policía salió corriendo y logró huir.

—¡Si estaba aquí, en la puerta! —Volví a decir, exasperada.

—No. Ya estaba otra vez abajo cuando hemos llegado. Al parecer comenzaron a salir los vecinos y le obligaron a marcharse. Intentaron retenerlo, pero les fue imposible. A ver, respira profundo varias veces.

Me puso un tensiómetro. Cerré los ojos y la hice caso.

—Menuda noche —musité. Notaba como poco a poco me iba calmando. Lo que me habían pinchado era maravilloso. Pasé la lengua sobre los labios, los tenía ásperos y secos—. ¿Puedes darme algo para el dolor de cabeza? Creo que me va a estallar.

Ella asintió.

—La tensión está bien. Un poco alta, pero es normal.

No sé cuánto tiempo estuvo a la policía pululando por mi casa, me hacían las mismas preguntas una y otra vez. Menos mal que Hugo estaba allí, acompañándonos a Sara y a mí todo el tiempo.

—¿Cómo te encuentras ahora? —La misma muchacha que había revisado mi estado de salud se acercó de nuevo. Se estaba preparando para marcharse y había colgado de su hombro una bolsa en forma de maletín.

—Tan cansada que solo tengo ganas de echarme una larga siesta, de esas en donde la gente me lleva flores y reza por mi alma.

Ella sonrió.

—Va a ser que no. De momento no vas a morirte.

Solté aire muy despacio por entre los dientes y enfilé a mi dormitorio buscando mi cama. Necesitaba recostarme y dormir.

—Yo me voy a quedar aquí.

Escuché que Hugo le decía a alguien. No me detuve para saber a quién era y continué adelante. En ese momento ya se podía caer el mundo, que me importaba una mierda.

Capítulo 16

Al día siguiente, cuando desperté, era muy tarde. La puerta de mi habitación no estaba cerrada del todo y un murmullo de voces que no sabía lo que decían flotaba hasta mí.

No sentía deseos de ver a nadie, ni de hablar con nadie. Me encontraba molida, como si la noche anterior me hubieran dado una paliza y una apisonadora hubiera pasado por encima de mi maltrecho cuerpo varias veces.

Tuve que hacer algún ruido sin darme cuenta, porque en un pis pas Libertad entró en el dormitorio como una tromba. Yo, que todavía estaba con los nervios a flor de piel, le lancé la almohada a la cabeza.

—¡Soy yo, cariño! ¿Cómo estás?

—Deja de darme esos sustos. ¿No puedes entrar como una persona normal y no como un elefante? Casi haces que se me salga el corazón por la boca.

—Perdón, es que estaba deseando verte y no quería despertarte. —Recogió la almohada del suelo, tomó asiento sobre la cama y se echó sobre mí, abrazándome—. Dime cómo te encuentras. Ya nos ha contado Sara y Hugo lo de anoche. ¿Por qué no me llamaste?

Se incorporó hasta quedar sentada y yo me levanté un poco para apoyar la espalda en el cabecero.

—No quería asustarte, Liber, además no podía reaccionar. He pasado un miedo de cojones.

—Sí, pues tenías que haberlo hecho. Hugo avisó a Samuel esta mañana y yo casi me desmayo de la impresión. ¿Tú estás bien?

—Agotada, y me duele la cabeza, pero creo que es por la resaca. No dejes que nunca más pruebe un cóctel de Hugo.

—Vale.

—Mejor que no pruebe el alcohol.

—De acuerdo.

—Bueno, pensándolo bien, el vino sí, que me gusta.

Sonrió.

—No sé cómo puedes bromear.

—Yo tampoco, la verdad. Solo tengo ganas de morirme.

—Quédate hoy en la cama, de relax. No pienses en nada.

—Sí, creo que te voy a hacer caso. Estoy escuchando voces fuera y no me apetece salir.

—Están Quique y los demás. Se han enterado esta mañana, como nosotros. Quique y Hugo quieren ir a buscar a ese tío. Samuel y Julián casi seguro que los acompañen.

—¡No! —Me asusté. No quería que les pasara nada a ninguno—. Además, no saben quién es.

—¿No es el de la foto?

—No pude verle bien, pero creo que no. Este era un hombre más mayor y más gordo. —Pensé en que no se parecía al tipo del que Hugo y yo sospechábamos—. Tampoco estoy muy segura, pasó todo muy rápido.

—Algunos vecinos sí que lo vieron. Si les enseñamos la foto que tienes, pueden confirmárnoslo.

—Sí, eso sí.

—Voy a decírselo a ellos.

—La imagen está en mi teléfono. Ahora mismo no sé dónde lo dejé. Creo que por el salón.

Libertad fue a buscarlo, tanto ella como Sara sabían desbloquearlo.

Me recosté de nuevo y de sopetón recordé que no solo no había recortado a Hugo en la fotografía, sino que había editado una nueva donde salía él en primer plano, quitando al otro.

¡Mierda y mierda! Se iba a dar cuenta de que las tonterías que le había dicho la noche anterior no habían sido tanta tontería.

—¡Espera! ¡Espera! —grité mientras salía pitando de la cama. Se enredaron mis pies con la colcha que estaba en el suelo y caí de rodillas sobre el piso. Gracias a Dios que no con los dientes.

Al llegar al salón ya era tarde. Samuel, Hugo y Libertad se habían marchado.

Hugo esperó a que Libertad desbloquease el móvil y entrara en la galería.

—Aquí tiene que estar. —Bajaban las escaleras y le entregó el teléfono—. Búscalos tú, que sabes quién es.

Comenzó a pasar fotos. En ningún momento sintió que estaba invadiendo la privacidad de nadie hasta que comenzó a ver *selfies* de Paula y una fotografía de él. Se sorprendió bastante de que le tuviera.

—¿Lo has encontrado?

Cambió rápido de imagen y asintió. Ella le quitó el teléfono de las manos y acercó el zoom de la cara del sospechoso.

—¿Qué sucede? Te has quedado muy serio —preguntó Samuel.

—No, igual que antes.

Samuel no objetó nada. Hugo llevaba preocupado desde que había ido la noche anterior a casa de las chicas.

Pero descubrir que Paula le tenía en el teléfono le inquietaba mucho más. Sobre todo, después de la conversación de hacer el amor y el arrepentimiento. Le daba miedo saber que él podía gustarle, ya que corría el riesgo de enamorarse de ella.

Por un momento se le pasó por la cabeza: ¿Y si...? Pero no. Paula llevaba un rollo diferente al suyo. Estaba obsesionada con las redes sociales, mientras que él las evitaba a toda costa. Por otro lado, ambos tenían un carácter muy fuerte y siempre querían quedar uno por encima del otro. Vamos, que ni de coña se veía con ánimos de acompañarla a cada evento que ella tuviera, pensó.

Con un poco de suerte, algún vecino identificaba al acosador y él recuperaba su vida normal. Sin embargo, pedir que lo acompañara la suerte era como esperar un milagro.

—No, estoy seguro. Ese hombre no era el de anoche.

Dos vecinos dijeron lo mismo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —Quiso saber Libertad—. No puede volver a ocurrir otra vez.

—Tal vez puedan venirse las dos a nuestro piso. Deberemos apañarnos con el sofá —contestó Samuel.

—También podrían venirse a mi casa, pero si yo voy a pasar más tiempo cerca, lo más factible sería que fuera yo el que me quedase con ellas aquí.

Samuel movió la cabeza afirmativamente.

—Todavía tienen un dormitorio libre.

Libertad miraba Hugo con ojos agradecidos y él fue incapaz de desdecirse de sus palabras. Estas habían salido de su boca sin haber sido apenas consciente.

Entraron de nuevo en el salón de las muchachas. Quique charlaba con Sara sobre novelas de misterio y Julián veía la televisión. Los tres levantaron la mirada al verlos llegar, esperando conocer las nuevas noticias.

—No es él —dijo la muchacha soltando el teléfono de Paula sobre la mesa pequeña de café—. Hugo se va a quedar unos días con vosotras para que estéis más seguras.

—Si queréis, yo también puedo venir. —Se ofreció Quique.

—No hace falta que estemos los dos. Total, yo trabajo al lado.

—Me da pena que tengáis que cambiar vuestras costumbres por nosotras —expuso Sara con tristeza—. Me siento como si fuéramos unas niñas pequeñas a las que tenéis que cuidar todo el tiempo.

—Esto no es algo que pase todos los días, ni va a durar toda la vida. Mientras vosotros estáis aquí —Hugo miró a Quique—, iré a casa a recoger algunas de mis cosas.

—Yo te ayudo. —Samuel regaló una sonrisa tranquilizadora a su mujer. Era conocedor de lo preocupada que estaba, pues Paula y Sara eran como hermanas para ella—. Como él dice, esto no va a durar toda la vida. Es más, no creo que la policía tarde en dar con ese payaso.

Libertad afirmó haciendo que el recogido flojo que peinaba se agitará de un modo muy

atractivo.

—Rezaremos para que pase lo más pronto posible.

Otra persona habría dicho que cruzaría los dedos, mas ella provenía de un internado religioso y las prácticas eran imposibles de dejar a un lado.

Paula asomó por el pasillo caminando muy despacio. Evitó los ojos de Hugo y miró a Samuel.

—No era él, ¿verdad?

—No.

Paula se encogió de hombros.

—Anoche tenía que haber bajado a hablar con ese... canalla. Que me diga directamente qué es lo que quiere.

Hugo frunció el ceño.

—Con los regalos que te ha hecho, si aún no lo sabes es porque eres algo cortita.

Paula alzó la barbilla y clavó la vista sobre él.

—Al menos hubiera podido verle la cara. Y no soy cortita. Habría bajado armada con un cuchillo.

—Estás loca.

El tono de Hugo no fue agradable en absoluto.

—Lo que tú digas, pero en el fondo sabes que llevo razón.

Los ojos de ambos, enfrentados, eran igual de fríos.

—De acuerdo, Paula, si quedas con ese tipo, avísanos y te acompañamos —masculló. Las manos de Hugo se cerraron en dos puños que apretó contra sus piernas al tiempo que se dirigía hacia la puerta—. Samuel, ¿vienes a por mis cosas?

—Sí —repuso él, volviendo a mirar a Libertad—. No tardaremos en regresar.

Samuel notaba la furia de su amigo y se vio en la necesidad de disculpar a Paula cuando bajaban en el ascensor.

—No sabe lo que dice. Sigue en estado de *shock*.

—Lo sé, pero pensar que hubiera sido capaz de bajar a hablar con ese hijo de puta me enerva —respondió exasperado.

—No lo hizo.

—Porque no lo había pensado todavía. Sin embargo, ahora sé que sí lo haría.

—Hugo...

—Ella es tan joven e inocente que me parte el corazón.

Samuel asintió, sabía lo que era eso porque él había sentido lo mismo por su mujer al poco de comenzar a salir con ella.

Capítulo 17

Aunque de vez en cuando me daba una vuelta por el salón para estirar las piernas, me pasé la mayor parte del día en la cama.

Los chicos, así como Samuel y Libertad, se habían marchado a sus casas, pues también estaban cansados. Primero por la fiesta de la noche anterior y después por haber pasado toda la mañana, hasta bien entrado el mediodía, acompañándonos.

El único que quedaba era Hugo, que se había instalado en la habitación de al lado.

Esa noche tuve unos sueños escalofriantes. Mi vida peligraba por un hombre con máscara de lobo que me perseguía muy de cerca, sin darme ninguna tregua. Nunca encontraba escapatoria y él siempre sabía dónde me escondía.

Desperté con un grito y, en ese momento, una sombra oscura se inclinó sobre mí. Estaba dispuesta a chillar de nuevo cuando la lámpara de la mesilla iluminó el dormitorio.

—Solo es una pesadilla, Paula.

Hugo me habló con voz muy baja.

Di un repaso rápido con la mirada por el cuarto. Allí no había nadie más, solamente él y yo.

—Por más que huía no podía escapar y ese hombre me encontraba todo el tiempo —relaté, con la respiración de lo más agitada.

—¿Quieres agua?

Se apartó un poco para coger la botella pequeña que todas las noches dejaba en mi habitación. Me daba mucha pereza tener que levantarme a esas horas a la cocina.

Hugo estaba sin camisa y solo vestía un pantalón ancho de tela muy fina en color negro. Su cabello se encontraba revuelto e iba descalzo.

—Te he despertado, lo siento —dije, disculpándome.

—No pasa nada, ¿estás mejor? —Me entregó la botella. Le di un trago y se la devolví para que la pusiera de nuevo donde estaba.

—Sí, es que era tan real...

Me tocó la mejilla con suavidad y colocó uno de los mechones que caían sobre mi hombro, detrás de la oreja.

—Aquí no hay nadie, será mejor que vuelvas a dormirte.

—Estoy muy asustada, no sé qué habría hecho si no te hubieras quedado con nosotras.

—Lo habría hecho Quique, tranquila, no os vamos a dejar solas.

Pero yo me alegraba de que fuese él. Era verdad que teníamos muchos encontronazos, sin embargo, me hacía sentir segura. Además, se preocupaba por mí.

—¿Por qué te portas tan bien conmigo cuando soy una gilipollas?

Me miraba fijamente. La piel de su torso era dorada y se le marcaban todos los músculos del pecho, los del vientre liso y los de los brazos.

—Alguien tiene que cuidar de ti. —Le faltó decir que era la única opción, ya que yo no lo hacía. Había fanfarroneado cuando comenté esa tarde que había tenido que enfrentarme a mi acosador.

—Gracias.

Se sentó junto a mí en la cama y, antes de que supiera qué era lo que iba a hacer, acarició mis labios con los suyos.

¡Joder, olvidé la pesadilla echando hostias! Solo podía pensar que la sensación que produjo sus labios sobre mi boca era muy verdadera y lo más delicioso que había probado.

El fuego me invadió. El calor de su mirada abrasaba.

Sentía la necesidad de decir algo, pero las palabras se negaban a salir por miedo a romper aquel momento, que me pareció de lo más tierno y, a la vez, de lo más sensual.

Al no decir nada, Hugo volvió a besarme. En esa ocasión su lengua se abrió paso en mi interior y, por intuición, aunque sabía que no podía caerme de la cama, le rodeé el cuello con un brazo y le insté a que continuara con ese maravilloso beso.

Con la otra mano acaricié su hombro, rozándolo con mucha suavidad, explorando su piel lisa. Fui bajando poco a poco, tocándolo con las yemas de los dedos hasta detenerme en el pecho. Sus pectorales eran fuertes como una roca, pero su tacto, sorprendentemente cálido y suave.

Hugo me sujetó la cabeza por debajo del pelo y me sostuvo contra él, haciendo mucho más profundo ese beso que estaba volviéndome loca. Sus labios eran firmes y poderosos, tanto que me robaban el aliento. Aun así, no me importó. Era demasiado placentero, dulce, caliente, exquisito.

Cuando nuestras bocas se separaron unos centímetros, percibí que él respiraba como si hubiera estado buceando o inmerso en una carrera de resistencia.

Nos miramos. De manera lenta, deslizó la mano que agarraba mi cabeza hasta cubrir uno de mis pechos.

Me estremecí con fuerza y, sin darme cuenta, dejé de respirar.

Sin apartar la palma, estudiándome, él se quedó quieto.

—Continúa, por favor —le rogué, alzando mi boca hacia la suya para que me besara otra vez y no pudiera pensar en nada más que en mí.

Mi plan funcionó. Empezó a tirar de mi camiseta de tirantes hasta sacarla por la cabeza.

Terminó de recostarme sobre la cama y, de pronto, su boca y su lengua comenzaron a recorrerme la mandíbula, iniciando un lento viaje, bajando por la garganta, hasta llegar al valle entre mis pechos. Sin saber qué hacer con mis propias manos, hundí los dedos en su cabello. Mechones gruesos y sedosos que desprendían el aroma del champú. Entonces noté que mordisqueaba uno de mis pezones.

Ahogué una exclamación. Era la primera vez que sentía algo parecido. Como si mi cuerpo produjese corrientes eléctricas que iban en todas direcciones y terminaban justo entre mis piernas. Pero no solo torturaba esa parte de mi anatomía, sino que me tocaba las caderas y los muslos, por dentro y por fuera, hasta instalarse en donde, sin yo saberlo, deseaba que llegara.

Cerré los ojos porque no podía soportar el fuego y el placer que me causaba. Gemí y me retorcí como un gato en busca de caricias. Ardía. Cada poro de piel y cada músculo de mi cuerpo clamaba por sus manos.

Arrastró mi pijama de pantalón corto junto a mis bragas y me dejó desnuda ante sus ojos.

No me di cuenta de que él también se había desnudado hasta que no se introdujo dentro de mi cuerpo.

Algo se rompió en mi interior. Algo que dolió apenas unos segundos y se convirtió en unas deliciosas contracciones que terminaron en una explosión tan fuerte que creí que iba a morir. Esa hubiera sido la muerte más maravillosa del mundo.

Caí en un estado de relajación total, casi de inconsciencia, con el corazón latiendo fuertemente, sin embargo, Hugo continuó embistiendo con la respiración agitada. Salió una última vez y se quedó sobre mí, dándome besos cortos y húmedos, entre jadeos.

Pocos minutos más tarde, o puede que fueran segundos, cuando ambos yacíamos laxos, Hugo medió gruñó y se apartó. Vi de refilón como se limpiaba su pudorosa magnitud en el pantalón que se había quitado.

—Tenía que haberme puesto un preservativo, pero te prometo que he tenido mucho cuidado.

Estaba alucinada. No sabía qué decir. En ningún momento se me había pasado por la cabeza ese detalle. Era la primera vez que lo hacía. Es decir, la primera vez que hacía el amor.

—He oído decir que existen unas pastillas —susurré, incomoda, evitando su mirada.

—Si te quedas más a gusto, mañana a primera hora voy a buscarlas. Vuélvete a dormir. —Se puso en pie y caminó hacia la puerta.

—Hugo, quédate.

—Es mejor que no. Avisa si de nuevo tienes pesadillas.

—Hugo. —Lo llamé.

Él me ignoró. Salió de la habitación cerrando la puerta despacio.

Lo sé. La culpa solo fue mía. Él ya me había advertido que sus relaciones eran únicamente aventuras. Pero si habíamos follado era porque no se había podido contener, y esa sensación de poderío sobre él me satisfacía. El poder de provocar su deseo.

A diferencia de lo que Hugo pensase en ese momento, yo no me arrepentía. El sexo había sido

excitante, fantástico y brutal. Una pasada. Aún persistía en mí la sensación de haber tocado el cielo con las manos.

«El infierno», decía la voz de Sor María en mi cabeza. ¡Anda y que la den! Ella nunca sabrá lo que se está perdiendo.

Hombre, no voy a decir que lo que hizo Hugo, marcharse de esa manera, no me jodió. Lo hizo y me provocó bastante dolor. Sin embargo, algo dentro de mí decía que si había sucumbido una vez a mis encantos, o a lo que fuera que yo tuviese, podía ocurrir dos y más.

Si él quería una aventura, yo también. No necesitaba complicarme la vida. Pensaba decírselo cuando lo viera al día siguiente.

Con pereza, busqué mi pijama entre las sábanas y, aunque tardé un poco en dormirme rememorando el increíble cuerpo de Hugo, al final lo hice.

Al despertar, me llamó la atención encontrar sobre la mesilla una botella de agua y una pequeña pastillita. Sonreí presuntuosa, porque no se puede decir que lo hiciese con maldad. La sonrisa se debía al significado de lo que acababa de descubrir: Hugo no había podido dejar de pensar en mí.

Recorrí el pasillo bostezando y me detuve unos segundos en la entrada del salón. La luz del sol penetraba a raudales por las ventanas, bañando los muebles con tonos brillantes y dorados. Los visillos se inflaban con la brisa que corría ese día.

No había nadie a la vista.

Aproveché ese momento para desayunar acompañada del silencio y del gorjeo de los pájaros que volaban muy cerca de las ventanas. Desde algún lugar del edificio también llegaban, ahogados, los golpes de un martillo. Sabía exactamente de qué lugar provenían.

Necesitaba con urgencia darme una ducha y entretenerme con algo. Después pensaba contestar los preocupados comentarios de los seguidores. Hubo quien preguntó si me había muerto.

¿Había tenido alguna vez tantas dudas? Hugo llevaba toda la mañana pensando en ello. Había estado tan enamorado de Cristina que creía que nunca iba a volver a tener ese sentimiento por nadie. Sin embargo, Paula se negaba a salir de su cabeza. Era como un molesto mosquito en las noches de verano, que insistía en incordiarlo.

Evocó unos ojos verdes adornados por tupidas y largas pestañas oscuras. La melena revuelta, negra como el tizón, en torno a un rostro pequeño y desafiante. Y ese maravilloso cuerpo, de tallo esbelto y piernas torneadas. Todavía podía sentir los senos que habían perfectos en las palmas de sus manos, y el exquisito sabor de sus pezones del color y del sabor del melocotón maduro.

Hugo picaba el azulejo de la cocina desahogando la rabia que tenía por haberse dejado arrastrar por la lascivia. Con cualquier otra mujer habría reaccionado igual, se decía una y otra

vez, tratando de convencerse. Pero ¿por qué entonces continuaba escuchando los gemidos de Paula, que le excitaban hasta el punto de querer buscar una excusa para regresar a su lado?

La pregunta que más se hacía era: ¿qué iba a pasar después de aquello?

Consciente de que ella nunca se había acostado con otro hombre —perfectamente había notado la rotura del himen y la tensión que, por unas décimas de segundo, les había rodeado a los dos—, le preocupaba bastante. Pero también era consciente de que no soportaría de nuevo una traición.

«Por eso, lo mejor es no encariñarme demasiado con ella. Aunque nos hayamos acostado y, aunque vuelva a suceder, Paula no es mi prioridad, ni mi mundo, ni siquiera mi novia».

Con ese pensamiento siguió picando, arrancando baldosas que dejaba caer al suelo, donde se hacían añicos. Necesitaba concentrarse en la reforma.

—A mí me gustan los azulejos tipo metro —le había dicho una vez la influencer, al poco de enterarse de que él era jefe de obra de su propia empresa.

—Como a todos —había respondido—. Todas las casas parecen clones unas de otras. ¿Qué pasará cuando se acabe la moda?

¿Qué pasará cuando Paula se canse de mí?

Expulsó ese último pensamiento de la cabeza. Lo mejor era aclarar las cosas y, si era necesario poner punto final, por mucho que le jodiese, aunque no hubieran llegado ni a una coma, lo haría.

El discreto timbre de la campanilla lo dejó inmóvil por un momento. Conocía ese sonido desde que había comenzado a seguir a Paula en las redes sociales.

Se resistía a entrar en el directo. Ya lo había hecho hacía dos noches, cuando saltó la alarma de que alguien quería entrar en la casa. Los seguidores que en ese momento estaban conectados habían podido ver su cara apagando el teléfono.

Capítulo 18

—¿Que tú y Hugo habéis... habéis...? —Los ojos de Sara, abiertos como platos, me miraban con sorpresa.

—Hemos follado, sí. Anoche tuve una pesadilla y él vino a mi habitación.

—¿Eso ahora qué significa? ¿Sois novios de verdad?

—¡No! ¡Para nada! Él continúa haciendo sus cosas y yo las mías. Los dos somos adultos y, si nos apetece echar un polvo, pues lo echamos.

—¿Y si a él le apetece hacer... eso... ya sabes... con otra?

Me encogí de hombros, no se me había pasado por la cabeza que pudiera acostarse con nadie mientras estuviera conmigo.

—¿Por qué habría de hacerlo? Yo sé que le gusto. De todas maneras, si pasara eso... —Tragué con dificultad. Imaginar a Hugo en la cama con otra no me gustaba en absoluto—. Bueno, pues estaría en su derecho. En realidad, no hemos hablado de ese tema. Tal vez se enamore de mí y no piense en irse a ligar. Tengo la esperanza de que estos días me haya cogido un poco de cariño. Él es muy atento conmigo. —La noche en la que creía que el tipo horrible entraría en nuestra casa, Hugo se había presentado allí superrápido—. Si no le importara un poco, no se preocuparía tanto.

—Paula, cualquiera de nuestros amigos habría venido corriendo.

—Ya, pero todos ellos estaban muy cansados para conectarse al directo de ese día y Hugo lo hizo.

—Pudo ser casualidad.

Podía ser, aunque yo no lo creía. De hecho, más bien pensaba que él había entrado para ver si me quedaba algo del pedo que sus cócteles me habían provocado.

—Si fue casualidad, entonces es por cosa del destino.

—Yo siempre he pensado que hacéis buena pareja, pero como también estáis siempre con un tira y afloja, en plan cabezón permanentemente, sobre todo tú...

—Sí, bueno, admito que he sido muy capulla con él. Lo hacía porque me gustaba y no quería que lo supiera.

—¿Ahora ya lo sabe?

—¿Que me gusta? —Sara afirmó con la cabeza—. No se lo he dicho, pero no es tonto y tiene que notarlo. A mí tampoco me ha dicho: *Oh, Paula, me encantas*. Sin embargo, sé que hay *feeling* entre los dos. Supongo que hay cosas que no hace falta decir. Es como a sor María, en el fondo la aprecio, pero nunca se lo he dicho.

—Ella nos cuidaba y, de una manera u otra, después de tantos años, hay mucha confianza. Ella no nos va a traicionar nunca.

—A Hugo también le conocemos desde hace tiempo y se preocupa, y Quique y los demás también. ¿Tú dudarías de ellos?

—No. Pero creo que no es lo mismo. Ellos tienen sus vidas y sus inquietudes. ¿Qué sucede si lo tuyo y lo de Hugo no funciona?

—¿Y si sí? Eso no es algo que podamos saber si no lo intentamos. Él no quiere nada serio y podemos seguir como hasta ahora, solo que follando de vez en cuando. —Por la cara de Sara, sabía que mis palabras no la estaban convenciendo—. Si no probamos, nunca lo sabremos.

—Imagina que algún día quieres casarte y formar tu propia familia. ¿Qué pasa si él no quiere?

¿Casarme? Hombre, algún día querría hacerlo, y si era con Hugo, pues mejor. Ese hombre me gustaba de verdad y, al pensarlo bien, no me imaginaba estando con otro.

—Todavía falta mucho tiempo para eso. Cuando llegue el momento le daré un par de vueltas. Sabes lo que dice Libertad, ¿verdad?

—Sí, que no atravesemos el río antes de llegar al puente. O algo así. ¿Y qué vais a hacer? ¿Dormiréis en la misma habitación a partir de ahora?

—Te confieso que me gustaría, pero no, mejor cada uno en la suya. No quiero agobiarlo tan de repente. Deseo que me conozca más. Soy una tía maja, ¿no?

Sara arqueó las cejas e hizo una mueca extraña con los labios, me sorprendí y de pronto sonrió.

—¡Qué sí, boba! Te estaba tomando el pelo.

Suspiré aliviada.

—Me estabas dando que pensar. De todas formas, no le digas que lo sabes ni que te lo he contado. A lo mejor él todavía no se lo quiere decir a nadie. Ya le conoces, es un poco callado para estas cosas. Hugo no suele decir nada. —Todavía me seguía preguntando por qué, entonces, él me había hablado de su exnovia.

Rápidamente me quité ese pensamiento de la cabeza. Prefería no acordarme de eso. Como si Hugo no hubiera tenido nunca nada serio con nadie. Era una chorrada estar celosa de una persona que había estado con él mucho antes que yo, sobre todo cuando llevaban tanto tiempo sin verse y sin saber nada el uno del otro.

Sara, ese día, se encargó de hacer la compra online y de la comida y yo limpié la casa y el baño, haciendo un hueco en una de las baldas para que Hugo pudiera meter sus cosas.

En realidad, no había nada en el apartamento que indicara que él se había trasladado allí. De hecho, con algo de remordimiento y culpa de que me pillasen, abrí la puerta de su dormitorio

para echar un vistazo. No pensaba hacerle la cama si no se la había hecho. Solo quería mirar.

Hugo era bastante ordenado y tenía todo impoluto; la colcha perfectamente estirada, la ventana abierta aireando el cuarto.... Sor María habría estado encantada con él.

—Paula. —La voz de Sara llegó desde la cocina y me apresuré a cerrar la puerta—. ¿Sabes si Hugo vendrá a comer o lo hará como siempre, con sus compañeros?

—A mí no me ha dicho nada. ¿Quieres que vaya a preguntarle?

—Sí, es para no hacer comida que luego nos vaya a sobrar. Además, parece que lo estás deseando.

Me miré en el espejo antes de salir. Me había hecho los dos moñetes, como siempre. Sin embargo, reconozco que me había arreglado un poco: rímel en las pestañas y brillo en los labios.

Tenía un vaquero ajustado, roto en las rodillas y en uno de los muslos y una camiseta de manga corta, roja como la sangre.

Con decisión llamé al timbre, aunque tenían la puerta un poco entreabierta. Hugo no tardó nada en salir. Lo esperé con una sonrisa de oreja a oreja. Fue algo involuntario que nació solo.

—Buenos días. Sara y yo queríamos saber si vas a venir a casa a comer o... lo vas a hacer aquí?

Él me miró de arriba abajo y clavó sus ojos en los míos con un brillo pícaro.

—Siempre me traigo algo de casa, pero ayer no pude preparar nada. Había pensado bajar al bar a por un bocadillo.

—Nosotras podemos hacerlo. Hay embutido en casa, pero si quieres pasar a comer o a echarte un poco la siesta... Lo que tú quieras, ahora estás aquí. —Como una estúpida, señalé la puerta. No podía dejar de sonreírle. ¿Qué me estaba pasando?

—Vale, ahora voy yo a prepararme un bocata. Tendréis que decirme cuánto tengo que poner para pagar mis gastos.

—No seas tonto, Hugo. —¡Ay, madre, no podía dejar de mirarlo! Hice un esfuerzo sobrehumano y me di la vuelta para irme.

—Paula. —Volví la cabeza hacia él—. ¿Has visto que te dejé eso en la mesilla?

Asentí.

—Me lo he tomado y ya no tenemos que comernos la sesera con eso. —Di unos pasos hacia él y levanté la cabeza tocando su cuello con la nariz—. Otro día lo hacemos bien.

Hugo apretó los labios como si luchase por no reír. Finalmente lo hizo.

—De acuerdo, otra vez lo hacemos bien.

El resto de la semana, os advierto que fue de lo más tonto. Hugo y yo discutíamos por todo, pero lo hacíamos en broma. A veces casi riéndonos de las gilipolleces que soltábamos por la boca. Él sabía que no podía callarme nada y más me pinchaba, e incluso cuando hacía los directos, me

provocaba la risa poniendo unas caras de lo más extrañas. ¡Hasta se me escapó alguna vez llamarle imbécil delante de mis seguidores!

En ocasiones, cuando Sara no miraba o no estaba a la vista, nosotros nos enganchábamos y aprovechábamos para besarnos y tocarnos. Nos creíamos que mi amiga no se enteraba de nada. Sin embargo, lo hacía y se callaba. Me lo decía a mí cuando estábamos solas. No en forma de reproche, sino divertida.

—Sois unos locos encantadores. Hacéis una pareja mejor de lo que yo había pensado. No cambiéis nunca porque parecéis muy felices juntos. Eso sí, intentad no hacer tanto ruido por la noche. Tened al menos la deferencia de esperar hasta que yo me haya dormido del todo.

—¿Quieres mi *satisfacer*?

—¡Que te vayas a la playa! No necesito eso.

—Puedes pensar en Quique mientras lo utilizas.

—¡Que te pires ya, pesada! ¡Déjame en paz!

Era hablarle de Quique y su cara adquiriría el mismo color de su pelo.

Una tarde de la semana siguiente, después de que Hugo, Sara y yo hubiéramos dado un paseo por los alrededores —de momento el acosador no había vuelto a dar señales de vida—, Hugo nos dijo que ese fin de semana, exactamente el sábado, íbamos a ir todo el grupo a una famosa discoteca. Eso significaba disimular toda la noche que entre él y yo solamente había amistad. Más amigos que antes, pero nada más. Y lo de disimular, en verdad yo lo hacía por Hugo, porque entre Libertad, Sara y yo, no había secretos, y Liber con Samuel tampoco los tenía.

Sin embargo, era lo que había. Me había propuesto enamorarle sin agobios de ninguna clase, y hasta que él no diera el primer paso, seguiríamos con nuestra especie de aventura secreta.

Era innegable que me habría gustado que pudiéramos ir de la mano o besarnos cuando surgiera, delante de todos, sin tener que escondernos. En fin, las cosas despacio y bien hechas, bien parecen. O algo así dice el dicho.

Capítulo 19

Hugo volvía a sentir de nuevo esas cosquillitas en el pecho cuando estaba con Paula. No quería ilusionarse. No quería quererla. Sin embargo, ese pesado y molesto mosquito cada vez iba entrando más fuerte en su corazón, con más insistencia. Sentía que lo arrasaba todo, que cambiaba su modo de ver la vida, otra vez. Y otra vez, irremediablemente, tenía miedo de arriesgarse. De entregarse por completo a alguien.

Las dudas solo surgían cuando ella no estaba presente. ¿Estaba traicionándose al pensar en eso? ¿Cómo podía saber si el amor que había sentido por Cristina había finalizado del todo o renacería si la veía de nuevo?

Solamente había una forma de saberlo. Y lo haría el sábado, cuando pudiera ver a las dos en un mismo sitio. A ninguna les iba a comentar nada. Ni siquiera pensaba presentarlas. Su plan era encontrarse con Cristina, como por casualidad, y saludarla. Su corazón ya se encargaría de decidir el resto.

No había sido difícil descubrir los sitios que frecuentaba su ex. Por eso sabía que iba a encontrarla en la discoteca. Si su plan funcionaba y se daba cuenta de que era Paula a quien amaba de verdad, nadie tendría que enterarse de nada. El único, Samuel. Hugo confiaba en él y decidió que debía saber la verdad, contándole todo, con pelos y señales.

—Le romperás el corazón a Paula si descubres que aún estás enamorado de Cristina. ¿Has pensado en eso?

Hugo asintió.

—Lo sé, pero debo hacerlo. Necesito estar seguro de lo que siento.

—Aunque lo estés, no todas las relaciones salen bien. No conozco a Cristina y no puedo opinar sobre ella. Puede que vuelvas y seas el tío más feliz del mundo, o que acabe igual que la otra vez. Y con Paula, puede suceder lo mismo. Nadie sabe lo que nos depara el futuro. ¿Que tú quieres hacer las cosas así porque necesitas estar seguro?, adelante. No voy a decir nada. Eso sí, no humilles a Paula. Si te tienes que enrollar con la otra, no lo hagas delante de ella porque no lo merece.

—Te prometo que no lo voy a hacer. —Sintió un dolor en el pecho de solo pensarlo.

—Más te vale, porque si no, sí que tendrías que vértelas conmigo.

Aunque odiaba que lo amenazaran, comprendía la inquietud de Samuel. Con toda probabilidad, él habría actuado de igual manera.

Hugo sentía que estaba feliz con Paula, que disfrutaba estando con ella como hacía mucho tiempo que no hacía. Que iba a ser muy doloroso dejarla marchar si llegaba el caso. Esperaba que no. Deseaba que ver a Cristina no despertase nada dentro de él. Pero necesitaba estar seguro por su propio bien y por el de Paula. Aunque ella no lo entendiera si se llegaba a enterar.

Había bastante gente en la discoteca y decían que hacia el final de la noche la asistencia del público se duplicaba.

En el centro de la pista, muchos bailaban al ritmo de la música de un famoso DJ.

Paula aquella noche estaba preciosa, con un minivestido rojo que hacía que su cuerpo se viera espectacular. Hugo podía jurar que era la mujer más bonita de la discoteca. Estaba siendo incapaz de mantener las manos alejadas de ella, sobre todo cuando la joven lo miraba como si quisiera abalanzarse sobre él y devorarlo por completo.

Cierto era que él no le quitaba la vista de encima, pero también sus ojos buscaban entre la gente aquel rostro que tanto había conocido, añorado y adorado.

—¡Hugo! —Bajó la mirada hacia Paula, que le observaba intrigado—. ¿Buscas a alguien? Estamos todos aquí.

Él negó con la cabeza.

—Miraba que hay muchísima gente.

Ella se alzó de puntillas hasta rozar su oreja con los labios. Una ráfaga de perfume envolvió a Hugo.

—Luego podemos perdernos un rato —susurró con voz seductora.

Hugo afirmó con la cabeza, mucho más distraído buscando su objetivo que prestando atención a las palabras de Paula. De pronto vio a Cristina entre la multitud. La hubiera reconocido en cualquier lado del mundo, aunque estaba un poco cambiada.

El pulso se le aceleró y un sudor helado estremeció su cuerpo.

—Voy al baño, ahora vuelvo.

Sin pensar en otra cosa que no fuera Cristina, se abrió paso entre la gente. Cruzó por delante de ella fingiendo no mirarla y siguió caminando. Esperaba que ella sí le hubiese visto.

Y lo vio. La joven gritó su nombre y, como él no se detuvo, comenzó a seguirle hasta el otro lado de la pista, llamándolo en voz alta. Hugo entró en el baño sabiendo que lo esperaría fuera.

Se lavó las manos y la cara. Se pasó los dedos por el cabello peinándolo hacia atrás y respiró hondo. Estaba nervioso y su corazón latía desbocado.

«Venga, tú puedes hacerlo».

Salió con el mentón elevado y los ojos mirando al infinito. Le pusieron una mano en el brazo y él se paró, como si no supiera de quién se trataba. Pero sabía bien quién era.

—¡Hugo!

—¡Cristina! ¡Anda! No esperaba encontrarte aquí.

Ambos se besaron en la mejilla, igual que dos auténticos desconocidos que acaban de ser presentados.

—Te vi pasar antes por delante de mí y te llamé, pero no me escuchaste.

—Iría pensando en mis cosas o yo qué sé, con la música y con tanta gente, es difícil enterarse de algo. —La estudió con interés. Seguía siendo una muchacha atractiva, aunque nunca había sido una belleza despampanante. Poseía una nariz pequeña y graciosa, y de no haber sido porque la mandíbula era demasiado pequeña y redonda, habría podido considerarse hermosa. Para él lo fue una vez. Ahora, ya no tanto. Y sus ojos carecían de la risa perfecta y verdadera que embellecía mucho más a algunas mujeres. O tal vez era que el iris azul parecía apagado. Llevaba un vestido holgado de una tela suave y floreada—. ¿Qué haces aquí? ¿Vienes mucho a este sitio?

—Sí, suelo venir con mis amigas todos los sábados por la noche. ¿Y tú?

—Alguna vez que otra —mintió.

—Pues qué raro que no nos hayamos visto nunca en todo este tiempo, ¿verdad? Pero me alegro mucho de verte. —Ella también lo contempló—. Encuentro que estás fantástico. ¿Qué tal te va todo?

—Bien, como siempre, con trabajo y esas cosas.

—¿Has venido solo? —Quiso saber ella—. Te lo digo porque están ahí mis amigas y, si quieres, te puedes venir con nosotros a tomarte algo.

—Estoy con unos colegas.

—Bueno, ven de todas maneras y te presento. ¡Jolines, qué alegría me da verte! Me tienes que contar qué has hecho estos años.

—Nada, poca cosa, estudiar y trabajar, como siempre.

Hugo se dejó llevar hasta la mesa donde estaban sus amigas. Desde esa posición podía ver a su propio grupo. Paula sostenía una copa en la mano y parecía buscarlo con disimulo. Unos cuantos mirones no le quitaban los ojos de encima y eso le molestó un poco.

Cristina le presentó a dos muchachas de su misma edad, que estaban tomándose un cubata, sentadas en unas sillas altas alrededor de la mesa redonda de patas alargadas.

La discoteca tenía luces no muy potentes, por lo que todo parecía estar envuelto en sombras. El único lugar más iluminado era la pista.

—Cristina nos ha hablado mucho de ti —le dijo una de las chicas, dándole dos besos.

Hugo miró a su ex arqueando las cejas.

—Espero que hayan sido cosas buenas.

—Por supuesto que sí. Solo tengo palabras buenas para ti. Recuerda que antes de novios fuimos amigos. —Ella sonrió y, al hacerlo, Hugo se percató de que continuaba teniendo el diente

central de arriba un poco roto. Hacía muchos años se había dado contra un mueble y se le había partido. Hugo sonrió al recordarlo.

—¿De qué te ríes? —preguntó Cristina poniendo cara de traviesa. Uno de los famosos gestos con los que le había cautivado.

—Me estaba acordando del día que te diste con la librería y se te rompió el diente.

Ella soltó una carcajada.

—¡Madre mía, creí que se me había partido la boca entera! Menos mal que tú estabas allí, tranquilizándome, calmándome, haciendo que respirase. Jamás he conocido a nadie tan paciente como tú. Espero que sigas siendo igual porque es una de las cosas que más me gustan de ti.

Hugo se encogió de hombros.

—No sé. Supongo que no habré cambiado mucho. ¿Tú cómo estás? ¿Qué tal te ha ido? ¿Te has casado ya?

—¡No! —gritó tontamente—. Estoy soltera y sin compromiso. Y las cosas me han ido normal. Estoy trabajando en una residencia de mayores como cuidadora.

—Te querías dedicar a eso, ¿no? A algo relacionado con la salud.

—Quería farmacia o trabajar en un laboratorio, sin embargo, me salió esto y no podía rechazarlo. —Cristina posó la palma de su mano sobre la de Hugo—. ¿Estás saliendo con alguien? Dime que no, por favor, o me muero.

Sin querer, la vista se le fue a Paula. Ella charlaba con Julián y ambos se reían de algo.

—No, nada serio. Me he vuelto alérgico a las relaciones. —Nada más decir aquello se arrepintió—. Bueno, un poco alérgico. Creo que hay alguien con quien podría intentarlo.

—Yo espero que no, de no ser que esa persona sea yo. —Ella volvió a reír de esa manera y él recordó que esa carcajada, que parecía fingida, nunca terminó de gustarle del todo. En todo ese tiempo no lo había pensado—. Tengo que decirte que estás guapísimo.

Hugo se sonrojó.

—También tú estás muy bien. —Debió admitir que nada que ver con Paula. Ambas eran diferentes, como la noche y el día. Aunque Cristina no había dejado de sonreír desde que le había visto, sabía que no era así de alegre, ni mucho menos. Tampoco era tan encorajinada y enfurruñada como Paula. Era algo intermedio. Tranquila. Pausada. Sumisa—. Oye, voy a ver un momento a mis amigos para que no se preocupen y ahora vuelvo. ¿Qué estáis tomando? —Se fijó en los vasos de la mesa—. Ahora traigo otra ronda.

No entendía qué le pasaba esa noche a Hugo. De repente estaba con nosotros y enseguida desaparecía. Una de las opciones más firmes era que tenía diarrea y por eso se iba cada dos por tres al baño. No iba a preguntárselo. Podía sentarle mal, además esas cosas no se preguntaban. Pero sí que le notaba raro. Estaba contento, alegre... algo parecido a un colibrí dando saltos de un

lado a otro y nunca quieto en un sitio, pero a la vez estaba distante, disperso.

Lo más extraño de todo era que intentaba hablarle y él no ponía interés.

En varias ocasiones, cuando desaparecía, le pregunté a Samuel por él y en cada una de ellas sentía como que se enfadaba. Pero no conmigo, si no con Hugo. Porque cuando este regresaba, se ponían a charlar los dos en plan para que no los escuchase nadie, e incluso creí que estaban discutiendo. Entonces Hugo se quedaba un buen rato con nosotros, haciendo bromas, sobre todo a Julián y a Quique, y ¡pum!, volvía a desaparecer.

En un par de ocasiones traté de seguirlo con la vista, sin embargo, o lo perdía entre la multitud o en ese momento alguno de mis amigos me hablaba. El caso es que yo había ido emocionada a la discoteca y me estaba aburriendo como una ostra.

Para colmo, un tío apoyado en el fondo de la barra no dejaba de mirarme. Lo hacían otros también, mas ese en especial me estaba dando muy mal rollo.

Dos veces traté de decírselo a Hugo cuando se acercó. O Hugo estaba sordo y tenía unos tapones bien gordos en los oídos, o tenía fiebre.

—Hola —se acercó a nuestro grupo una muchacha joven. Como yo era la única que en ese momento no hablaba con nadie, se dirigió a mí—. ¿Sabes dónde está Hugo?

No la conocía de nada.

—Ya me gustaría poder responderte, pero hoy se ha puesto el disfraz del Gran Houdini. Viene y va como una cometa. Habrá ido otra vez al baño. ¿Por qué le buscas?

—Se ha dejado la bebida en nuestra mesa. —Me señaló un lugar por entre el gentío—. Eres su amiga, ¿no?

Libertad y Sara también se acercaron. Creo que para cotillear. Asentí.

—Sí, hemos venido todos juntos.

—Yo me llamo Cristina, soy... amiga de él.

Por unos segundos me quedé de piedra. Fue como si supiese quién era ella.

—¿Su exnovia?

—Sí. Mis amigas y yo vamos a dar un paseo, ¿Le puedes decir que luego nos vemos? Ya le he dado mi número de teléfono para que me llame, pero es por si nos busca. Parece que está un poco despistado. —Dejó el cubata de Hugo al lado del mío—. A ver si nos vemos más tarde y charlamos. —Se fue igual de rápido que vino. Si no me hubiera sorprendido tanto, la habría arrastrado de los pelos por todo el local.

Libertad me miraba fija.

—Es la exnovia de Hugo —dije. De repente me sentía mareada, como si alguien me hubiese dado un puñetazo en la boca del estómago y me hubiera dejado sin respiración.

—Paula, tengo que decirte algo. —Libertad estaba muy seria y supe que, lo que tuviera que contarme, no me iba a gustar nada.

Me quedé alucinada y, sobre todo, muy decepcionada. El plan de Hugo para cerciorarse de sus sentimientos era lo más rastrero, infantil y ruin que me habían hecho nunca. Ahora que lo sabía,

¿qué pretendía él que hiciese? ¿Yo qué era? ¿Su segundo plato?

—Es que no lo entiendo. Si pensaba verse con ella, ¿yo qué hago aquí?

—Puede que él ya sepa a quién de las dos ama de verdad —Sara intentaba animarme.

—Pues entonces creo que está muy claro, se ha pasado más de la mitad de la noche con ella.

—No adelantes acontecimientos, quizá...

—¡Libertad! Me está utilizando. ¿Para qué? ¿Para dar celos a su exnovia? ¡Está claro que le importo una mierda!

En ese momento estaba herida y muy dolida y, por supuesto, ni atendía a razones ni quería hacerlo.

—Vamos a esperar a que venga y hablas con él.

—No tengo nada de qué hablar con él. Una vez alguien, no recuerdo ahora mismo quién, me dijo que los hombres tienen cien pliegues en el culo y cada día se le despliega uno. Eso es lo que le pasa a este imbécil —afirmé, rotunda, sin poder evitar que la voz me temblase. No quería llorar delante de todos ni montar ningún escándalo—. Voy al baño.

—Te acompaño —se ofreció Sara.

—Prefiero ir yo sola, de verdad. Lo necesito. Y si ese gilipollas vuelve y pregunta por mí, decidle de mi parte que se vaya a tomar por el puto culo.

—Espera —insistió Libertad.

—No te inquietes, solo voy al baño, además, ¿ves ese tipo de ahí que no deja de mirarme? —Libertad siguió la dirección de mis ojos y asintió—: Pues me da muy mala espina.

—Entonces mejor que te acompañe. Se lo digo a Samuel...

Enfilé hacia el baño sin esperarla. Lo último que deseaba era encontrarme al despreciable de Hugo cara a cara. ¿Cómo había sido tan tonta de enamorarme de un cabronazo como él? ¿A qué estaba jugando?

Tuve que esperar un poco de cola para poder entrar y Libertad me alcanzó enseguida. No me habló nada. Sabía que, de hacerlo, yo iba a romper a llorar allí mismo. Me dolía el pecho, la garganta, y lo peor de todo, el corazón.

Capítulo 20

—¿Y a te has cansado de seguir haciendo el estúpido, o vas a continuar un poco más?

Samuel miraba a Hugo con ojos duros y semblante serio.

—Hace un rato que dejé de hacerlo.

—¿Y bien?

—He llegado a la conclusión de que nunca lo he pasado bien con Cristina. Tuvimos algunos momentos, pero fueron muy pocos. Ahora estoy seguro de que simplemente estaba tan acostumbrado a estar con ella que, cuando me dejó, pensé que el mundo se había desmoronado. Y también estoy seguro de que no quise volver con ella, no para no pasar por lo mismo, sino porque era más feliz así. Amo a Paula, tío. La amo más que a nada.

—Pues ahora tienes otro problema. Paula lo sabe todo. Cristina vino a dejar tu bebida. — Señaló el vaso sobre la mesa—. Se le presentó y le ha dicho dónde has pasado la mitad de la noche.

Hugo creyó que las piernas no le sostendrían. Buscó a su *influencer* entre sus amigos.

—¿Dónde está?

—Se fue al baño, Libertad también... —Samuel se calló, abrupto, y llevó los ojos al final de la barra. Soltó una maldición—. ¡Joder! Libertad se fue a acompañarla y me avisó de que allí había un hombre que a Paula no le gustaba nada, no dejaba de observarla. —Echó a andar con paso presuroso y Hugo caminó a su lado—. Y ese sujeto tampoco está ahí.

—¡No me jodas!

—¡No me jodas tú! Libertad está con ella.

Recorrieron el trayecto que les quedaba casi a la carrera, empujando sin querer a la gente que se interponían en su paso. Ambos iban con el rostro desencajado. Intranquilos y furiosos al mismo tiempo.

«Que no les pase nada a ninguna de las dos. Si le sucede algo a Paula, me muero», pensaba Hugo apretando la mandíbula con fuerza.

Vieron a Libertad.

—¡Es ese hombre! —les gritó ella, señalando hacia un punto exacto, tocándose el brazo con

dolor.

Samuel dudaba. No sabía si ir tras de Paula o si acercarse a ella primero, pues era obvio que había recibido un golpe.

Hugo no tuvo ni que pensárselo. Se lanzó hacia donde Libertad le indicaba.

Se detuvo en seco. Había doblado un recodo y el sitio se hallaba oscuro y vacío. Estaba a punto de darse la vuelta cuando escuchó un grito ahogado. Observó bien a su alrededor y descubrió un cartel que señalaba una puerta de salida de emergencia. Esta se hallaba oculta tras una cortina negra.

De nuevo se puso en movimiento y comprobó que podía salir perfectamente. Daba a un callejón envuelto en sombras que se iluminaba con debilidad cuando las nubes dejaban que la luna asomara.

Para estar en el centro de la ciudad y junto a una discoteca, el silencio era abrumador.

—¡Paula! —aulló.

Una lata de bebida rodó por el fondo de la calle y un revuelo de movimientos y voces llegaron hasta él. Con el corazón tronando en el pecho, escuchaba los alaridos e insultos que Paula profería a su agresor.

Corrió hacia allí sin prestar atención a otros pasos que resonaban muy cerca de él. En un último sprint, logró alcanzar su objetivo. Paula estaba en el suelo y el sujeto la arrastraba de un brazo.

Hugo arremetió contra el atacante con la fortuna de liberar a la joven. Al comprender que había tenido que vigilarla en vez de comportarse como un cretino, su furia creció, potente y letal. Lanzó un gruñido, igual que un animal salvaje, lo que hizo que el sujeto diera un paso hacia atrás, pero no fue lo suficientemente rápido como para que el puño de Hugo no se estampara en su cara haciendo que cayese sobre unos contenedores de basura.

—¡No te vas a volver a acercar a ella en tu vida! ¿Me oyes?

No llevaba la cuenta de los puñetazos que le estaba propinando. A Hugo solo lo dominaba la rabia.

A Samuel, que era profesor de artes marciales, y a Quique, que poseía un cuerpo fuerte y robusto, les costó Dios y ayuda separar a Hugo del malhechor. La culpa de lo que le hubiese podido ocurrir a Paula lo cegaba.

La buscó con la mirada. Ella se hallaba sentada en el suelo, con la cabeza apoyada en las rodillas que había doblado, y su cabello caía hasta el suelo, como si fuera una cortina de ondas.

—¿Te ha hecho daño, Paula?

Ella no le contestó, ni siquiera se dignó a mirarlo.

—Paula —insistió.

Con un suspiro trémulo, la joven levantó la cabeza y los ojos de ambos se cruzaron.

—Estoy bien.

—¿No te ha herido?

—Me duele un poco el cuello y los hombros por intentar resistirme —susurró con un tono de voz débil y cansado.

Hugo entrecerró los ojos mirando al hombre que Samuel y Quique tenían reducido sobre el suelo. Lo reconocía de la inauguración de la tienda a la que Paula y él habían acudido. Se acercó con paso lento.

—¿Por qué la persigues?

El tipo tenía la cara ensangrentada. Hugo le había roto la nariz y el labio. O bien se negaba a contestar o bien no podía hacerlo.

—No le toques más, Hugo. La policía viene de camino y esta vez no va a escapar —le advirtió Samuel.

Hugo volvió hacia Paula y se agachó delante de ella.

—Deja que te mire si te ha hecho algo.

—Estoy bien —repitió. Echó la cabeza para atrás cuando él intentó tocarla.

—Solo quiero ver...

—¡Que me dejes en paz, Hugo, no me toques! —La mirada que Paula le lanzó era fría como un témpano.

—Lamento mucho lo que ha pasado. Yo...

Ella apartó su mirada y la dejó perdida en la lejanía.

Él se puso en pie al ver llegar a un par de agentes que corrían por el callejón hacia ellos. Al poco tiempo, un coche patrulla penetró por el otro lado de la calle y se detuvo junto a Samuel.

Hugo pensó que ya tendría tiempo después para hablar con Paula y darle una explicación de lo que había pasado, pues aquel no era ni el lugar ni el momento para hacerlo.

A pesar de que me estaba esforzando por no llorar, lágrimas traicioneras comenzaron a rodar por mis mejillas. Todo había sucedido tan rápido que, cuando quise reaccionar, ese hombre me había arrastrado hasta la calle. Fue durante un pequeño lapsus que recordé las noticias de los telediaros, y pensé que debía luchar con todas mis fuerzas. Era preferible morirme allí, resistiéndome al agresor, que permitir que él jugase conmigo y me asesinara de un modo cruel y horrible.

Cuando había visto a Hugo lanzarse sobre nosotros y sentí que me soltaba el brazo, pude haber salido corriendo. Pero no lo hice porque tenía miedo de que él se quedara solo. El atacante podía revolversse y cambiar las tornas. Gracias a Dios, Quique y Samuel llegaron segundos después y el alivio substituyó al terror.

No puse ningún reparo en dejar que Quique me ayudara a levantarme del suelo. Se lo agradecí, me limpié las lágrimas y respiré hondo. Por dentro temblaba como un flan, sin embargo, no quería que nadie viese que era débil. No lo era. Nunca había salido huyendo en los

enfrentamientos que había tenido con algunas de las chicas en el internado. Ni me había acobardado cuando algunas de las hermanas me castigaban. Solo cuando había aparecido ese tipo asomaron mis primeros miedos verdaderos. Aun así, los días pasados en compañía de Hugo, estos me habían dejado respirar. Él había sido capaz de mantenerme tranquila mientras estaba a su lado. Lo que no entendía era por qué había tenido que poner a prueba sus sentimientos, y si necesitaba hacerlo ¿por qué de ese modo? Debía haber quedado con Cristina a solas y yo no me habría enterado nunca.

—¿Por qué no te vas a la cama, Paula?

Sara sostenía mi mano, las dos estábamos acurrucadas en el sofá. Era muy tarde y no había ni un alma por la calle. De vez en cuando, el sonido de un coche que pasaba por la vía principal se dejaba escuchar en el salón. Teníamos la televisión apagada y nos iluminaba de un modo muy tenue la lámpara de pie, situada en el rincón que había detrás de nosotras.

No me iba a acostar porque, ahora que había terminado todo, necesitaba sacarme la rabia que llevaba por dentro, con Hugo. Él, sin embargo, se había metido en su dormitorio despidiéndose de nosotras y había cerrado la puerta. También había dicho que al día siguiente recogería sus cosas y regresaría a su apartamento.

Sara tenía razón, yo no pintaba nada en el salón, pero sabía que si me iba a la cama no podría cerrar los ojos.

—Me voy a hacer una infusión y me voy a dormir.

—Yo la hago.

Sara se levantó antes que yo. Me trataba como si fuese una enferma. Cuando ella había estado mal, algunas veces, yo siempre estaba a su lado, aunque las monjas me echaran de la habitación, regresaba cuando no me veían, pero en ese momento lo que más necesitaba era estar sola, o gritar, o lanzar cosas al suelo. Necesitaba que se despertara Hugo para hacerle daño con palabras y reproches. Para decirle que nunca iba a encontrar a nadie que lo quisiera tanto como yo.

Sí. Deseaba hacerle daño, provocarle un dolor más grande de lo que él me había provocado.

¿A quién habría elegido? Yo no había vuelto a ver a Cristina después de lo ocurrido. Tampoco recordaba que Hugo se hubiese vuelto a marchar.

Cada dos minutos los ojos se me escapaban hacia el pasillo, vigilando por si a él se le ocurría salir. Me daba rabia que se hubiese dormido como si nada.

Sara puso la infusión sobre la mesa y se sentó en el sillón de enfrente, mirándome.

Echando furtivas ojeadas al pasillo, me incliné hacia adelante con voz baja:

—¿Tú sabías lo que estaba haciendo Hugo en la discoteca?

Negó con la cabeza. También se inclinó para acercar la cabeza.

—No tenía ni idea —susurró—. Me enteré porque Libertad le preguntó a Samuel qué era lo que estaba pasando con Hugo. Era un poco sospechoso que de repente desapareciese. En un par de veces le oí a Samuel decir que no pasaba nada, pero ya sabes cómo es Liber, le dijo que no se lo tragaba y que él tenía que saberlo. Unos minutos antes de que viniera esa Cristina, fue que

Libertad me lo contó.

—Me siento como una imbécil. Ahora entiendo por qué él no me prestaba atención cuando le hablaba. Estaba tonteando con ella.

Sara movió la cabeza de arriba a abajo.

—Yo me sentiría igual. —Señaló con los ojos el lugar por donde estaba Hugo. Las dos nos habíamos acomodado mejor, pero continuamos hablando en susurros—. ¿Él te ha dicho algo?

—No. En el callejón me dijo que lo sentía. Supongo que se sintió culpable por dejarme sola y por no escucharme, cuando le advertí que ese hombre me estaba mirando mucho.

—Nos lo tenías que haber dicho a todos.

—Lo sé, pero... no podía imaginarme que quería sacarme de la discoteca, mucho menos si estaba acompañada. Liber y yo estábamos juntas.

—Ya, eso ha sido muy fuerte.

—El tío iba a piñón fijo, estaba obsesionado porque quería que estuviese con él. La gente está muy zumbada.

—¿Por qué crees que me gusta escribir novelas de misterio?

—¿Por qué? —Bueno, a mí no me gustaba escribir nada, pero es verdad que no terminaba de comprender el motivo por el que Sara prefiriera ese tema entre otros, sobre todo cuando ella era un poco miedosa.

—Me gusta redimir a los malos. O que acaben entre rejas o asesinarlos.

De pronto se abrió una puerta en el pasillo y nos llamamos. Sara sí miró en aquella dirección, yo escondí la cara tras el vaso y aproveché para dar un trago.

—¿Todavía continuáis despiertas? —Hugo atravesó el salón por detrás de Sara y se fue a la nevera.

—Ya no tardaremos en irnos —respondió mi amiga—. ¿Qué tal la mano? ¿Te duele?

Era la primera noticia que tenía de que se había hecho daño.

—No, ya se me ha pasado.

Seguí con el vaso en la mano y la mirada baja. Apretaba los dientes porque quería decirle un montón de cosas y no sabía ni por dónde empezar. Casi todo eran insultos que me rondaban la cabeza.

Noté que él se demoraba sirviéndose un tazón de leche. Con los ojos le hice una señal a Sara para que nos dejase solos. Sabía que él no iba a hablarme si yo estaba acompañada.

Sara asintió y se puso en pie, bostezando.

—Me voy a dormir, que estoy rendida.

—Buenas noches —murmuré.

—Que descanses, Sara. —La voz de Hugo, ronca y aterciopelada, flotó en el salón.

Nos quedamos solos. Él me miraba fijo desde detrás de la encimera. Podía notar sus ojos. Tragué saliva y entonces lo observé.

—No sabía que te dolía la mano.

—¿Podemos hablar, Paula?

Durante toda la noche había deseado eso, pero yo, en realidad, no quería hablar. Solo hacerle daño y echarle en cara el modo infantil en el que se había comportado.

Él vino a ocupar el lugar que Sara había dejado, con el tazón de leche en las manos.

—Sé que te enteraste de lo de Cristina. —Encogí los hombros y también dejé la infusión sobre la mesa. Recogí las piernas en el sofá, en la postura de los indios, y lo miré fingiendo que no me importaba en absoluto lo que dijera. No dejaba de masajearme las manos y de retorcerme los dedos—. Tenía un motivo para hacerlo.

—Sí, reírte de mí.

—No.

Hugo sacudió la cabeza y yo sonreí con ironía. ¿Acaso se pensaba que era tonta?

—Para saber de cuál de las dos estás enamorado —dije sarcástica—. Pues espero que te haya funcionado, y enhorabuena para ti. —Me crucé de brazos mirando hacia otro lado.

—He sido un imbécil, no esperaba que nadie se enterase.

—¿Cómo no íbamos a hacerlo? —Le enfrenté la mirada—. Pensaba que estabas mal y que por eso ibas todo el tiempo al baño. Estaba preocupada por ti. Y, sin embargo, tú estabas pasándotelo bien con tu ex. —Me tembló la voz—. Eres un cabrón, Hugo. No creo que yo me mereciese hacer el ridículo de esta manera. ¿Te has divertido mucho?

—¡No! No me he divertido nada, porque me sentía culpable dejándote sola.

—Pero lo hiciste.

—¡Y no sé por qué! Supongo que cuando vi a Cristina me apetecía charlar con ella. Hacía un huevo que no la veía.

—¿Por eso debías hacerlo en secreto? ¿No hubiera sido más fácil contarme la verdad?

—Sí, pero no te quería hacer daño.

—Eres un mentiroso. Lo que no querías era perderme, por si acaso Cristina te rechazaba. Esta noche he sido tu segunda opción. ¡Qué bonito! ¿verdad? No me creo que un hombre de verdad pueda hacer eso.

Vi como Hugo tragaba saliva. Sus ojos oscuros brillaban llenos de arrepentimiento y tristeza.

—No, Paula, no eres la segunda opción. Nosotros no estábamos saliendo en serio, te dije que no quería volver a comprometerme.

Cogí aire y, aunque sabía que se me acababan de empañar los ojos, logré controlar que no escapara de ellos ni una sola lágrima.

—Podías haber esperado que no estuviera contigo, total, llevabas un montón de tiempo sin verla. —Descrucé las piernas y me levanté.

—Paula, espera, por favor, no me hagas esto.

—¿Que no te haga el qué, Hugo? —De la garganta se me escaparon varios lamentos que ahogué tragando con fuerza—. Yo no te he hecho nada. —Alcé un hombro y lo observé apenada—. Has sido tú. Tú eres el que necesitaba saber cuáles eran tus verdaderos sentimientos. A mí no

me hacía falta averiguarlo. Sé cuándo... —Volví a coger aire, tenía los ojos encharcados—... Cuando quiero a una persona o no. Lo que no sabía es que para romper con alguien había que humillarlo primero.

Caminé hacia mi habitación y en el pasillo dejé de luchar contra las lágrimas.

—Te elegí a ti, Paula.

Lo escuché, pero no me volví. Sus palabras me satisfacían. Yo había sido la elegida, pero era demasiado tarde. Ya no servía de nada.

Capítulo 21

Sabía que Hugo se marchaba ya. Sara había entrado a avisarme por si quería salir a despedirme. No lo hice. Odiaba las despedidas y me daba una pena horrorosa eso de saber que no iba a volver a colarse en mi cuarto por la noche. Ni íbamos a ver juntos la televisión turnándonos el mando a distancia...

Por lo menos me consolaba saber que él continuaba trabajando en el piso de al lado. Le quedaba un poco para acabar la reforma, por lo que podía seguir viéndolo algo más, aunque desconocía si eso iba a ser bueno o malo.

No había podido dormir en toda la noche. Las pesadillas no tuvieron la culpa en esta ocasión, sino que mi cabeza no dejaba de rememorar lo que Hugo había dicho sobre que la elegida era yo. ¡No había participado en ninguna tómbola para merecer tal premio u honor! Ser la afortunada no eliminaba la rabia que sentía. Llegué a la conclusión de que tenía dos opciones: pasar olímpicamente de Hugo o perdonarle. Todas las personas tenían derecho a confundirse, y él no iba a ser la excepción.

Sé que algunos pensareis que soy tonta. Es posible que el amor nos vuelva un poco ciegos y gilipollas, pero al contrario de él, tenía muy claro mis sentimientos.

¿Si soy rencorosa? No sé, me apetecía verlo sufrir. Por supuesto, se lo iba a tener que currar si quería solucionar las cosas. Una también tiene su orgullo.

Conté hasta diez después de oír cómo se cerraba la puerta de la calle y reuní el valor suficiente para enfrentarme a Sara, que había sacado su portátil al salón y se preparaba para escribir. No sabía si era algo de su blog, apenas lo leía nadie, o alguna de sus novelas.

—Se ha marchado.

Al hablar, no se molestó en mirarme. La observé unos segundos.

—¿Te has enfadado?

—No —respondió un poco seca.

—¿Piensas que debía haber salido a despedirle? —Se encogió de hombros sin levantar la vista —. Tendrías que estar enfadada con él, no conmigo.

—También lo estoy con él.

Obstinada, apreté los dientes.

—¿Conmigo por qué?

—A lo mejor te olvidas de que Hugo fue el primero en llegar a rescatarte anoche.

Olvidarlo, lo que se dice olvidarlo, tal vez un poco. Me dejé caer en una de las banquetas colocadas frente a la isla de la cocina.

—Le di las gracias.

—Qué menos que despedirle, ¿no? Te salvó la vida.

Por fin me miró. Suspiré.

—Voy a seguir viéndolo, justamente mañana cuando venga a trabajar.

—Paula...

—No soy de las que vuelve a poner la mejilla, ¿vale? Con una vez me basta. Además —bajé la voz hasta convertirla en un susurro—, puede que le perdone.

—¿De verdad?

Me encogí de hombros.

—No lo sé, esto va y viene por momentos. En unos, pienso que sí, y en otros, que no, pero en realidad va ganando el sí.

—Todo el mundo merece una segunda oportunidad. Reconozco que lo de Hugo es de traca, pero podéis continuar siendo amigos, esta vez sin derecho a roce, aunque...

—¿Por qué sin derecho a roce?

—No sé. —Me contempló con asombro—. ¿No ha vuelto con su ex?

—No.

—¿Ella lo rechazó?

—Quiero pensar que Hugo no llegó a decirle nada. Solo pretendía conocer su propia reacción cuando la viese. —Sara arqueó las cejas sin comprender—. Anoche me dio a entender que quiere estar conmigo.

—Se podía haber dado cuenta de eso antes.

Me encogí de hombros dándole la razón y otra vez, de repente, me volví a sentir dolida. Si Hugo se hubiera decantado por Cristina, me habría dejado sin ninguna clase de remordimiento. ¿Yo debía hacer lo mismo y no volver a pensar en él nunca más?

—¿Qué vas a hacer hoy? —Sara cambió de tema entrelazando los dedos de una mano con otra, estirándolos. Parecía un pianista que iba a comenzar a tocar un importante tema.

Se había peinado una trenza gruesa que caía sobre uno de sus hombros. Ella era pelirroja. No del tono chillón, zanahoria, sino más oscuro, como el de bronce. Me fascinaba el modo en el que se veía según cambiaba la luz, unas veces con destellos dorados, y otras más oscuros. Lo mismo pasaba con sus ojos almendrados. En ocasiones eran de un azul vívido y profundo, y en otros, tan cristalinos que se asemejaban a los antiguos azulejos de los fondos de las piscinas. En ese momento llevaba las gafas que usaba para ver la televisión, leer y escribir. Un modelo de cristales redondos, un poco grandes para su cara, de montura delgada en color plata.

—Voy a hacer un directo especial.

—¿A qué te refieres? —Había captado toda su atención.

—Hablaré de lo que pasó anoche con ese hombre y cómo lo apresaron.

—¿Si te preguntan por Hugo?

Él merecía que contase su juego absurdo sobre sentimientos, pero no iba a hacerlo. La mayoría de mis seguidores me aconsejarían que no volviese a mirarlo a la cara, sobre todo las mujeres. Y yo no quería escuchar eso, no necesitaba ánimos, ni compasión, ni mucho menos consejos.

—Evitaré tocar el tema —dije, decidida. Aunque pensé que si a él se le ocurría meterse en mi directo, era posible que se me escapasen algunas cosillas. Estaba en mi naturaleza no poder morderme la lengua.

Sara suspiró, indicándome que ya no iba a seguir hablando, al tiempo que se colocaba unos auriculares con su música preferida. Le gustaba escuchar ópera y melodías clásicas cuando escribía.

Picoteé algunas galletas saladas mientras preparé un rincón de la casa para hacer mi directo.

Coloqué el portátil y el smartphone sobre la mesa pequeña junto al aro de luz. Me gustaba ir variando de filtros, así como de la intensidad de la luz. Pero uno que solía usar mucho era el «teenage look filter» y él «clarendon». El «bold glamour» en la app del Tik Tok, menos, pues me hacía parecer tan joven que me confundían con una quinceañera.

Ese día pasé de los moñetes y me recogí el pelo con una pinza, permitiendo que varios mechones rodeasen mi cara. Me pinté los labios con un brillo rosa y me hice unos pequeños rabillos en los ojos. Nunca me quedaban igual que a Sara, que cuando se maquillaba le hacían una mirada muy bonita y dulce, como si hubieran estado allí toda la vida. A mí, en cambio, se me veían bastantes artificiales y me daba cierto aire de agresividad, de mujer peligrosa y ruda.

Lo tenía todo preparado, la ventana estaba cerca y la claridad del día iluminaba el salón junto a mis lámparas.

Miré hacia la cámara de mi smartphone, colocada en el centro del aro. Le puse un tono cálido para que la cara no me brillara como un fantasma. Sin encenderlo aún, respiré hondo varias veces. Para mí lo difícil siempre era empezar.

Bebí un trago de agua de mi vaso especial con pajita. Fue un regalo de promoción que llegó con varios colgantes, uno de ellos con una cruz de piedras brillantes. Lo acompañaba un pañuelo palestino en tonos verdes, un láser potente de esos con los que juegan los gatos y un llavero en forma de navaja. Algunas cosas no las había utilizado nunca, nada más que para mostrarlo en las redes. Los colgantes daban el pego, pero me dejaban el cuello verde e iban perdiendo el brillo. Me lo habían enviado todo por la nueva apertura de una tienda que no conocía ni el Tato. Con la calidad de los productos dudaba mucho que llegase a triunfar. Lo único que me venía bien era el vaso marrón con purpurina dorada y tapa negra con el agujerito para la pajita transparente.

Enderecé los hombros y me incliné para pulsar el botón e iniciar el directo. Seguía sorprendiéndome cuando veía que la gente comenzaba a conectarse enseguida.

—Hola —dije con una gran sonrisa. Leí los perfiles de las personas y nombré a algunos dándoles la bienvenida. Intenté saludar a todos, pero siempre había alguien que se me escapaba y pedí perdón—. Hoy quiero charlar de algo que me ha sucedido. Vuestra *influencer* preferida ha vivido toda una aventura. Sí, estuve de marcha en una discoteca. —Contesté una pregunta—. ¿Sabéis qué pasó? Por suerte, detuvieron a la persona que me seguía desde hace semanas. —Volví a leer en la pantalla—. Todos estamos bien. —«¿Y tu novio?»—. Hugo está bien, de hecho, si no es por él, no quiero ni pensar lo que hubiera pasado.

De hecho, me dijo una voz en mi cabeza, si él me hubiera querido escuchar cuando comencé a sospechar de ese hombre, Libertad no tendría en ese momento el brazo dislocado, ni a mí me habría arrastrado fuera de la discoteca. Pero claro, Hugo había estado más preocupado por otras cosas.

Conversé con los seguidores y contesté preguntas. A veces tenía que repetirlo porque algunos se iban incorporando un poco tarde.

Libertad se acababa de conectar. Vi la imagen de su perfil. Era Cenicienta, una princesa de cuento de Disney con un pomposo vestido azul. ¡Qué diferente del tigre dorado y negro que utilizaba Samuel!

—Quiero dar las gracias a Liber por estar acompañándome e intentar impedir que el agresor me hiciera daño. Por mi culpa, ella está ahora lesionada pero, afortunadamente, se encuentra bien de salud.

Libertad me contestó que no se arrepentía de haberlo hecho y que era capaz de hacerlo las veces que hiciese falta. Dio las gracias a los que se preocuparon por ella. Después de todo, aún seguía bailando en una de mis aplicaciones y a la gente le encantaba verla.

De pronto vi que entraba Hugo. Se me secó la boca de repente. Mi corazón saltó disparado lanzándose hacia una alocada carrera que dificultaba que respirase con normalidad.

Tragué saliva. ¿Qué hacía? ¿Lo saludaba o no? Si lo saludaba, todos iban a querer hablar con él o, como mínimo, decirle algo.

Tras unos segundos, me di cuenta de que estaba inmóvil y que no sabía qué decir. Me había quedado con la mente en blanco.

Hugo fue el primero en escribir.

—Hola, Paula.

Me temblaron los labios, las manos y hasta las pestañas. Bebí un poco de agua.

—Hola, Hugo. —Esta vez no fue como las otras, que le llamaba cariño, amor o corazón. No sé qué bicho me debió picar, pero comencé a hablar así, en general, para todo el mundo sobre la discoteca: de la música, a la que en ese momento me di cuenta de que apenas había prestado atención; de lo difícil que es disfrutar de un sitio así cuando alguien está preocupado por otra persona... Me percaté de que llevaba un rato sin leer ningún comentario, esperando solamente que Hugo dijera algo, aunque excepto saludar y poco más, nunca lo hacía. ¿Cómo era posible que me hubiese olvidado de que estaba haciendo un directo?

Carraspeé y sonreí. Eso siempre funcionaba para cambiar de tema y empezar a despedirme.

—Por cierto —añadí—, necesito proveedores y artículos nuevos para probar. Podéis enviarme un mensaje si estáis interesados. Ah, y otra cosa, durante este mes, los reportajes que graba Liber se detendrán. La muy gamberra se nos va de vacaciones. Yo también tomaré algunos días libres y espero que vosotros... —me interrumpí. «Yo te grabo», escribió Hugo. Arqueeé las cejas, primero con sorpresa, después, de forma inevitable, sonreí—. ¿Tú? —pregunté inclinándome hacia el smartphone. Apoyé los codos sobre la mesa y la barbilla sobre mis manos—. ¡Esto es increíble! ¿Te atreverías a hacerlo?

—Con tal de estar cerca de ti y poder verte, sería capaz de pedirte una relación formal y seria aquí mismo, para toda la vida.

Se me descolgó el labio inferior, anonadada.

—¿Por formal te refieres a un noviazgo de los de verdad? —No me importaba que los que me escuchaban a mí y le leían a él, no entendieran nada.

Me habría gustado ver la cara de Hugo. Todo el mundo era muy valiente cuando no mostraba el rostro al hablar. Y esas palabras yo necesitaba oírlas de su boca.

Él respondió con un escueto sí, y yo no supe qué decirle.

¡Joder! Quería responderle afirmativamente, pero necesitábamos conversar antes.

No me había planteado todavía comprometerme con nadie a pesar de querer algún día casarme con él. ¿Por qué no podíamos seguir como estábamos? ¿Como lo habíamos estado cuando hablábamos de aventura?

Debía decirle que lo tenía que pensar. Pero no me atreví a hacerlo delante de tanta gente.

—¿No vas a contestar, Paula?

—Todos sabemos que vas a aceptar.

Así varios comentarios más.

—No voy a hacerlo —dije sonriendo, nerviosa—. Me refiero a decirlo delante de todos. Eso es algo que debo contestar en privado, y eres tú, Hugo, el primero que debes saberlo. Por eso —guiñé un ojo a la Cámara—, prometo que el resto os enteraréis llegado el momento. Un besazo dulce a todos. Pasadlo bien este verano, y ya nos iremos viendo.

Capítulo 22

Hugo llevaba un par de horas en casa y todavía no había empezado a sacar la ropa que llevaba en la mochila.

Nada más entrar la había dejado en el suelo junto al sillón. Y él se había echado en la cama. Estaba cansado y le dolían los nudillos. No sabía si llegó a destrozar la cara del tipo que quería llevarse a Paula o si Quique y Samuel lo separaron antes. Algunos puñetazos sí que se había ganado.

Recordaba todo como en una bruma. Se había pasado la noche haciendo el gilipollas yendo de un lado a otro como pollo sin cabeza. Lo más absurdo es que lo había hecho movido por la alegría de darse cuenta de que estaba loco por Paula y de que, por más que conversara con Cristina, no sentía por ella más que un afecto debido a la amistad que una vez habían tenido.

No la culpaba de que se hubiera acercado a Paula. Él había terminado hablándole de ella y la mujer había sentido curiosidad por conocerla. Incluso él mismo, de no haber pasado todo lo que pasó después, había estado dispuesto a presentarlas.

Sin embargo, en ese momento se sentía culpable por no haber prestado atención a Paula y haberla dejado desprotegida.

¿Cómo iba a imaginar que ese loco estaba allí y que intentaría hacerle algo delante de tanta gente?

La había fallado cuando más le había necesitado. Pero no pensaba tirar la toalla con ella. La noche anterior se había negado a escucharle y él comprendía su enfado y su decepción. Sabía que eso podía suceder cuando ideó el estúpido plan de acudir al lugar donde sabía que vería a la otra, y también sabía que, de ser descubierto, iba a tener que convencer a Paula de que la amaba de verdad. No iba a ser nada fácil, no.

Cuando Samuel le dijo que ella y Libertad se habían ido al baño y que el hombre que no había quitado el ojo a Paula en toda la noche tampoco estaba, fue como si hubiera recibido un puñetazo en la boca del estómago y tomase consciencia de repente de todo.

Por fin el tipo había sido apresado y ya podían respirar con tranquilidad. Hugo confiaba en solucionar pronto el problema que le atañía con la mujer que amaba. Tenía fe en ello, porque el

tiempo que habían pasado juntos era el mejor que había vivido en toda su vida.

Descubrió que no le importaba que ella fuera *influencer*. Era así y la quería tal cual, sin desear que cambiara ni un poco.

Salir en sus videos era algo para lo que todavía no estaba preparado, aunque siempre habría algún día para todo. Y lo de acudir a los eventos..., pues dependería de su trabajo, de lo que tuviera planeado hacer y de sus ganas. Sabía que Paula agradecería ese gesto, de ese modo ella no tendría que preocuparse de que él lo estuviera pasando bien o aburriéndose como una ostra.

Luego, imaginó, cuando los dos llegasen a casa —todo esto pensando en el futuro—, iba a hacer que ella se olvidara de todo excepto de él. Le gustaba sentirla entre sus brazos, acariciar su cuerpo perfecto, saborear su piel y sus labios. Le fascinaba escucharla ronronear como un gatito después de haber tenido un orgasmo, o admirar sus ojos verdes al llenarse de fuego cuando sabía que le faltaba poco para correrse.

Paula era muy cabezona, mas Hugo no se quedaba atrás e iba a luchar por ese amor todo lo que hiciera falta.

Sonó la famosa campanilla de su teléfono. Paula iniciaba un directo.

Él tardó un poco en conectarse. No quería que le viera ansioso, aunque en verdad era así como se sentía.

Paula se hallaba preciosa, pero a diferencia de otras veces, su sonrisa parecía tristona y su mirada apagada.

Todo eso cambió de pronto cuando él envió un mensaje saludando. Notó que las mejillas femeninas se sonrojaban.

Convencido con la decisión que había tomado, tenía claro de antemano que Paula sería suya.

Nada más escuchar decir que le iba a contestar en privado, Hugo pegó un salto de la cama y se puso las deportivas a la carrera. No quería esperar a que pasara más tiempo y el tema se enfriara.

En menos de quince minutos se encontraba delante de la puerta de Paula.

Respiró hondo y sonrió pensando en lo cabezona que era. No se había querido despedir de él esa mañana y, sin embargo, ahora no le importaba hablar.

Nervioso, llamó a la puerta. No estaba seguro de si abriría Paula o lo haría Sara. De cualquier modo, tenía el pulso a mil y le sudaban las palmas de las manos.

Se le pasó por la cabeza: «¿y si ella ha dicho que me contestará solo a mí porque su respuesta va a ser negativa y no quiere quedar mal delante de su audiencia?».

Sintió que, con cada segundo que pasaba, perdía valor. Por dos veces, mientras esperaba, llevó los ojos hacia la escalera. Todavía le daba tiempo a marcharse.

Empezó a cambiar el rumbo de sus pensamientos, afanándose por tranquilizarse. «La puerta nueva que he puesto en el piso donde hago la obra ha quedado muy bien. El marco es perfecto y en el momento de terminar voy a decirles que la limpien con un abrillantador especial. Las paredes ya están arregladas, hemos tenido que alisarlas, pero hasta que no pintemos no podemos poner los rodapiés».

Paula abrió la puerta y el corazón masculino se saltó un latido. Se sostuvieron las miradas.

—Has venido muy rápido —saludó ella con voz suave y moderada. También estaba nerviosa.

—Es importante para mí —admitió. Esperaba que hiciera como él y dejase su orgullo aparcado fuera.

—Pasa. —Abrió más la puerta invitándole a entrar—. ¿Es verdad lo que has dicho sobre grabarme?

En el mismo pasillo de la entrada se volvió a mirarla en el momento en el que ella cerraba la puerta.

Iba más en serio lo de declararse a ella, pero si debía grabar, grabaría. Asintió, cada vez más nervioso. Temía que le dijese que no deseaba volver a saber nada más de él.

—Haré cualquier cosa para que me perdones.

Ella paseó la mirada por el vestíbulo: el zapatero negro contra una pared revestida de roble, el jarrón con la flor de pascua que había sobre él —era de plástico, por lo que llevaba en esa casa desde que se mudaron—, el espejo redondo que colgaba sobre el mueble... Por último, clavó los ojos sobre él y Hugo vio que su tierna mandíbula temblaba ligeramente.

—Te perdono —respondió, pareciendo que le costaba decir esas palabras—. Pero no estuvo nada bien lo que hiciste.

Él introdujo los dedos bajo el moño de su cogote agarrando su cráneo, al tiempo que su boca se acercaba a la de ella, despacio.

—No dudaba de lo que sentía por ti, Paula. Solo necesitaba confirmarlo.

—Fue doloroso saberlo —susurró a un palmo de sus labios. Echó la cabeza un poco hacia atrás, lo poco que la sujeción de Hugo le permitía—. ¿Qué opinó ella de lo que hiciste?

—¿Ella? —Sacudió la cabeza—. No lo sabe.

—¿No sabía lo que estabas haciendo? —preguntó, extrañada.

—No.

—¿Por qué?

—¿Para qué iba a decírselo, si nada más saludarla me di cuenta de que tenía a la mujer más auténtica del mundo y no iba a cambiarla por nada?

Hugo rozó la boca de Paula con la suya.

—¿Por qué me ignoraste toda la noche?

—No lo hacía. Te buscaba con la vista todo el rato, pero pensé que necesitaba conversar con Cristina. Dejar zanjado de una vez por todas la ilusión que creí vivir con ella.

—¿Lo hiciste?

—Sí —afirmó—. Todo aquello quedó atrás. Necesitaba empezar contigo de cero, sin remordimientos. —Volvió a darle un beso suave. Le encantaba el sabor de sus labios blandos y el cálido aliento que desprendían—. No deseaba que te enterases, aunque seguramente, con el tiempo, te lo hubiera contado.

—Si yo hubiera hecho lo mismo que tú o algo parecido, apuesto a que no te habría gustado en

absoluto.

—Lo sé. Me habrías roto el corazón porque estoy loco por ti.

Los ojos de Paula chispearon risueños.

—¿De verdad estás loco por mí?

—Desde el momento de conocerte.

—Mentiroso.

Hugo sonrió.

—Bueno, fue un poco más tarde. Pero el día que te vi masajeándote los pies con el *satisfacer*, me di cuenta de lo mucho que me gustaba provocarte. No niego que luchaba contra mí mismo para evitar que fluyeran sentimientos por ti. Temía confesar que me estaba enamorando, sobre todo cuando llevaba tanto tiempo obligándome a no amar a nadie. Sin embargo, te amo, Paula. Quiero estar contigo siempre. Que lo nuestro funcione.

—¿Me amas? —inquirió emocionada, como si no pudiera creerlo.

—Más que a nada en el mundo.

Ella lo abrazó muy fuerte por la cintura y se fundieron en un apasionado beso. Después de unos minutos de devorase la boca, Hugo tiró un poco de su pelo hacia atrás para poder ver su cara.

—¿Quieres ser mi novia?

Paula se pasó la lengua por los labios.

—¿Eso significa que ya no sería una aventura?

—Sí.

—Ahora soy yo quien tiene miedo. —Hugo estudió su rostro perfecto, sin terminar de comprender—. Me gustaba cómo nos iba todo. Yo nunca... he estado con nadie...

Él tocó su nariz con la punta de la suya.

—Llevamos semanas siendo novios.

—Fingíamos serlo.

—¿Qué diferencia hay si lo somos de verdad? No tenemos que cambiar nada.

Ella sonrió y soltó un suspiro. Le observó a los ojos al mismo tiempo que parecía pensar en lo que Hugo acababa de decirle.

—¿No te gusto, Paula? —insistió él, pensando que si no obtenía respuesta le iba a dar un infarto.

—Sabes que sí. Me gustas mucho más de lo que crees y desde mucho antes de lo que imaginas.

Hugo frunció el ceño con sorpresa.

—¿Mucho antes? ¿Desde cuándo?

—Desde que pensaba que eras un capullo que perseguía a Libertad cuando era más que obvio que ella y Samuel acabarían juntos.

—¡Eso fue al principio de conocernos! —Paula asintió—. Además, no perseguía a Libertad,

solo buscaba...

—Una aventura —terminó de decir por él—. Pero estabas tan tonto mirándola todo el tiempo... Era como si fuese la única mujer que había en el grupo.

—No es cierto. Con Sara me llevaba bien. Tú eres quien se mosqueaba conmigo más que un goloso sin postre y siempre me hablabas borde.

—Ahora ya lo sabes.

Los labios masculinos conformaron una sonrisa entrecortada.

—¿Estabas celosa? —La joven se puso tan roja como un tomate y él soltó una sonora carcajada. No pudo resistirse a estrecharla contra su cuerpo y perderse en la fragancia de su pelo al hundir la nariz en él—. No te pongas nunca celosa por eso. Te amo a ti. —Se apoderó de su boca en un beso que sellaba un verdadero comienzo.

Epílogo

Sara me asusta de verdad. No sé qué acaba de leer en su portátil, pero se ha quedado con la boca abierta y los ojos como platos debajo de sus gafas plateadas.

—¿Qué pasa? ¿No me digas que ahora eres tú quien tiene otro acosador?

—No —responde moviendo la cabeza de una forma tan sutil, que parece que no lo hace. Lo que pasa es que yo la tengo enfrente y la veo bien.

En ese momento a mí me entran dos notificaciones en el móvil, pero no quiero leerlas hasta que Sara no me cuente qué es lo que le sucede.

—¡Dime! —insisto—. Me tienes en ascuas. —Me levanto y rodeo la mesa para verlo yo misma.

Antes de leer, me suelta en un murmullo:

—Me van a publicar la novela.

Yo también abro los ojos hasta obtener el tamaño XL.

—¿La que te mandé por correo?, ¿es esa? —Por encima de su hombro leo el correo que le han enviado de una editorial. Dicen que están muy interesados en publicarla. Suelto una carcajada histérica—. ¡Lo sabía! —grito—. ¡Sabía que les iba a gustar!

Ella también grita. De un salto se pone en pie y nos abrazamos dando pequeños botes.

—¡No lo puedo creer! —exclama emocionada.

—¡Ni yo! —Estoy tan feliz como ella y no sé ni lo que digo—. Ahora me dejarás leerlo, ¿verdad?

Se aparta y me observa como si me hubiese quedado sin pestañas otra vez.

—Tonta, podías haberlo leído cuando te hubiera dado la gana.

—Sí, lo sé, qué mala amiga soy. Te prometo que lo voy a hacer.

—¿Mala amiga? Si no es por ti, no envió ese manuscrito ni de coña.

Tiene razón.

—Mandar algo lo puede hacer cualquiera, escribirlo, no. Tienes que llamar a Liber y decírselo.

—Sí.

Sara coge su teléfono mientras yo me siento en el sofá y veo mis mensajes. Uno de ellos es

para avisarme de que tengo un nuevo seguidor. Me muerdo con preocupación el lado izquierdo inferior del labio. Se trata de Cristina, la ex de Hugo.

El segundo mensaje también es de ella, es un privado. Respiro hondo. Prefiero leerlo en alto para no confundirme.

—«Hola Paula, soy Cristina, no sé si te acuerdas de mí. La amiga de Hugo. —Me sorprende. Ha dicho amiga. Sigo leyendo—: Nos conocimos en la discoteca y os marchasteis antes de volveros a ver. Él me dijo que estabais saliendo juntos y me quedé con las ganas de charlar contigo. He visto vuestras fotos de este verano en las redes sociales y hacéis una pareja estupenda. —Eso no hace falta que lo diga, porque yo ya lo sé—. Espero que podamos ser amigas. —¡Y un cojón de pato! No soy tan imbécil de poner la tentación delante de las narices de Hugo, por mucho que él diga... ¡Espera! ¿Hugo le había contado esa noche que estábamos juntos? ¡Entonces era verdad que quería estar conmigo desde el principio! Yo le había creído, aunque me había quedado una cosilla por ahí. Una duda que esa chica acaba de disipar. Pero igualmente no íbamos a ser amigas—. Os deseo que seáis muy felices porque te llevas a una gran persona. Un saludo».

Releo el mensaje un par de veces más. ¡Joder, me lo podía haber dicho antes! Aunque ahora que lo pienso bien, tampoco es tan importante. Hugo y yo lo hemos pasado de puta madre. Hemos estado en Asturias; una preciosa tierra de campos verdes, magníficos acantilados y preciosas y tranquilas playas. Mi reportaje quedó estupendo. Eso sí, admito y debo admitir, que él graba como el culo. Tiene un pulso que como para robar panderetas.

Sara vuelve a gritar y soy capaz de escuchar a Libertad haciendo lo mismo al otro lado del teléfono. Me uno a ellas, pero nos callamos cuando Hugo aparece por el pasillo con cara de haberlo despertado.

Él tiene su apartamento y normalmente estamos allí, aunque yo sigo viviendo con Sara. No pienso dejarla sola por el momento.

Ayer nos fuimos todo el grupo a la presa a bañarnos y Hugo y yo estábamos tan cansados que le convencí para que se quedara a dormir. No es la primera vez que lo hace desde que nos hemos comprometido. Que digo comprometidos por quedar bien, somos novios y punto. Y bueno, también hablamos de futuro. Yo ya sé cómo quiero que reforme la casa que nos compremos algún día. Si Hugo no pierde la paciencia conmigo, por cansina, es del todo seguro que nos haremos viejitos juntos.

—¿Qué os pasa? —pregunta él, desperezándose. Está más bueno que los helados de nata. Lleva camiseta y pantalón porque no es plan de removernos las hormonas a mí y a Sara a estas horas de la mañana. Sobre todo, a mí, que me encanta su cuerpo y todo de él.

—¡Van a publicarla! —digo con alegría.

Los ojos de él brillan y curva los labios en una sonrisa.

—¿Sí?

Sara afirma con la cabeza. Con el teléfono aún en la mano, se abraza a Hugo.

—Enhorabuena, ahora pensarás en la propuesta de Quique. ¿No?

Sara se pone colorada. Quique le ha dicho muchas veces que le encantan las historias de suspense y quiere ser su lector cero.

—No lo sé, me da un poco de vergüenza.

—No seas tonta, lo estás deseando. Ahora mismo le llamo para darle la noticia —digo.

—¡No! Lo llamo yo —contesta.

Asiento conforme y espero que marque su número, pero ella no hace ni siquiera el amago.

—Si no se lo dices tú, ahora mismo hago un directo para que todos nuestros seguidores lo sepan. Vas a vender la novela como churros.

—¡No! —Vuelve a decir, asustada—. Todavía no hagas eso.

—Pues llama a Quique, si no se lo dices...

—¿Quieres dejar de dar órdenes? —Hugo se acerca a mí de modo amenazante.

La sonrisa de sus labios me da más miedo que sus movimientos felinos. Hago como que voy a escapar y me muevo a cámara lenta. Un oso perezoso se hubiera dado más prisa que yo.

—Si no se lo cuenta se enterará por... —continúo insistiendo.

Hugo me pone un dedo en los labios y enseguida lo sustituye por su boca. Me coge en brazos y mira a Sara sobre el hombro.

—Nena, haz lo que tengas que hacer, aunque es verdad, si no te das prisa, se enterará por Samuel. —Me lleva por el pasillo hasta el dormitorio y cierra la puerta con el pie, aunque yo lo supongo, no lo veo—. Se sentirá mejor si no escuchamos su conversación —susurra soltándome de golpe sobre la cama.

Lo contemplo con una sonrisa.

—Te amo —le digo, devorándole con los ojos, prometiéndole mil maravillas si se acerca a mí de nuevo.

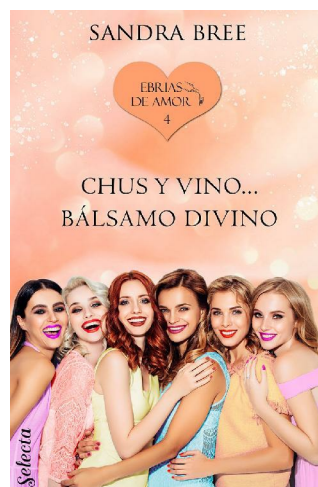
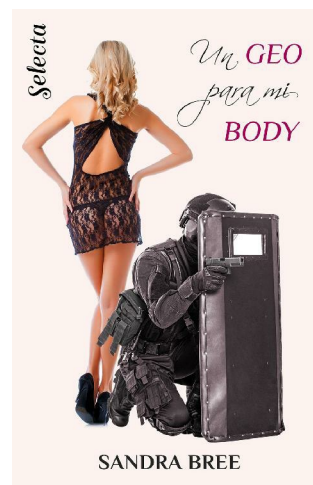
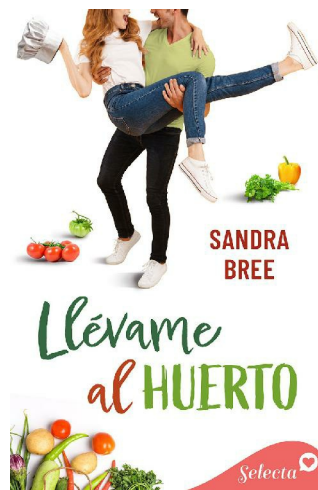
—Nunca más que yo.

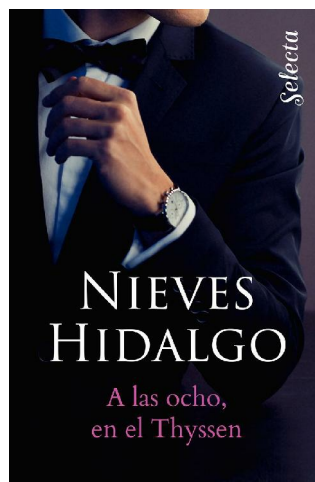
Es una frase que no deja de repetirme cada vez que le digo que lo amo. Eso es que quiere empezar una bronca. Que no me venga con tonterías, que él ya sabe que solemos quedar en empate, o ganar yo.

Fin

Si te ha gustado
No mires tú, que ya miro yo

puedes disfrutar de estas





¿No sería más lógico para Paula huir de alguien con quien se pasa el día como si fueran el perro y la gata? Entonces ¿por qué pedir precisamente a Hugo y no a otro que se haga pasar por su novio?



Experta en redes, Paula es una reconocida *influencer* convencida, además, de estar de vueltas de todo, a pesar de haberse criado en un internado de chicas y ser tan pura como la nieve. Y la verdad es que tampoco es que tenga mucha curiosidad sobre esas cosas, pues el único chico medianamente interesante en su vida es tan guapo como borde, así que ella a lo suyo.

Después de una larguísima relación que acabó fatal, lo último que Hugo necesita es una novia. Se acabaron los compromisos, a disfrutar de la vida con libertad. Pero su mejor amigo se ha casado y ahora tiene que coincidir con Paula, una mujer preciosa a la que, aunque sea por defensa propia, será mejor no acercarse, porque la chica parecerá inocente, pero es dura de pelar. Cuando un acosador comienza a acecharla en su casa, Paula pide ayuda a la persona que tiene más cerca: Hugo, quien está reformando un piso en su mismo rellano. La lógica le dice que, si se comportan como novios, el acosador se rendirá. **Pero poco tiene que decir la razón cuando es la pasión la que manda...**

Sandra Bree (Sandra Palacios) es una ávida lectora desde que era muy jovencita. Sus novelas preferidas son las románticas, ya sean históricas, contemporáneas, paranormales y juveniles. Aunque en su biblioteca personal tiene una amplia gama de géneros, suspense, policíacas... Nació en la primavera de 1971 en Madrid capital y vivió sus primeros años en el castizo barrio de Lavapiés. Luego se trasladó al sur de la comunidad, donde realizó sus estudios. Ahora reside allí con su marido y sus tres hijos. Ama la naturaleza, es adicta a la coca-cola y ha publicado varios libros hasta la fecha.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: septiembre de 2023

© 2023, Sandra Bree

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart

Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18724-48-0

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Índice

No mires tú, que ya miro yo

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Sandra Bree

Créditos